

Nuestras Ideas

	Los intelectuales contra la dictadura.
<i>Fermín OLMEDO :</i>	La nueva poesía española.
<i>José BONIFACI :</i>	Dos direcciones en la Genética contemporánea.
<i>N. JRUSCHOV :</i>	Discurso a los intelectuales húngaros.
DISCUSIÓN :	Carta de Luis Araquistáin y respuesta de Antonio López.

CRÍTICA DE LIBROS — NOTAS

NOVIEMBRE

1958

"NUESTRAS IDEAS" n.º 5 - novembre 1951

F. Olmedo: la nueva poesía española

G. Colunga: Contra Lúria a otra parte

J. Bonfatti: Dos direcciones en la Genética contemporánea

N. Ionesco: Discurso a los intelectuales húngaros

PARÍS. 1951.

Nuestras Ideas

TEORÍA, POLÍTICA, CULTURA

Revista trimestral

Redacción-Administración : 45, rue Sylv. Denayer, Bruselas-Bélgica

Sumario

Los intelectuales contra la dictadura	3
Fermin OLMEDO : La nueva poesía española	13
Gabriel CELAYA : Con la lírica a otra parte	34
J. D. : Acotaciones polémicas a « Las constantes de la política exterior española », de Alberto Martín Artajo	37
José BONIFACI : Dos direcciones en la Genética contemporánea	47
Félix DURÁN : Ricardo Paseyro ante Pablo Neruda	55
Nikita JRUSCHOV : Discurso a los intelectuales húngaros.	70
DISCUSIÓN :	
Corta de Luis Araquistáin	77
Pregunta de Antonio López	79
CRÍTICA DE LIBROS :	
J. IZCARAY : Una novela de Jesús Fernández Santos : « En la hoguera »	98
M. CHARLET : « Antología poética », de Gabriel Celaya	101
NOTAS :	
J. B. : Sobre el origen de la vida en nuestro planeta	107
Mauro NONELL : Las « poéticas » de Juan Ramón Jiménez	111
J. M. OSUNA : Sobre un comentario de « Ya »	113

Western

1932

Published by the Western Publishing Company, Inc., Milwaukee, Wis.

Summary

The first part of the report deals with the general situation of the industry in 1932. It shows that the industry was in a state of depression, with a sharp decline in production and sales. The second part of the report deals with the financial situation of the industry. It shows that the industry was in a state of financial distress, with a sharp decline in assets and a corresponding increase in liabilities. The third part of the report deals with the labor situation of the industry. It shows that the industry was in a state of labor unrest, with a sharp decline in wages and a corresponding increase in strikes.

ADDITIONAL DATA

The following table shows the production and sales of the industry in 1932, compared with the same months in 1931. It shows that production and sales were down by 25% in 1932, compared with 1931. The following table shows the financial situation of the industry in 1932, compared with the same months in 1931. It shows that assets were down by 15% and liabilities were up by 10% in 1932, compared with 1931. The following table shows the labor situation of the industry in 1932, compared with the same months in 1931. It shows that wages were down by 10% and strikes were up by 20% in 1932, compared with 1931.

LOS INTELLECTUALES CONTRA LA DICTADURA

En cuanto se plantea el tema de la misión de los intelectuales españoles en la lucha contra la dictadura, surgen de inmediato algunas cuestiones previas que es preciso esclarecer. Así, por ejemplo, ¿cuál es la misión de los intelectuales en la sociedad en general, y en la española particularmente? ¿Lleva consigo esa misión el participar activamente en la lucha contra la Dictadura, y bajo qué formas específicas? O sea, formulado de otra manera, más sugestiva acaso, y más centrada en los problemas de la situación actual: ¿Cuales son las implicaciones políticas de la función intelectual en nuestra España de hoy?

Cuestiones previas no desdeñables, como se ve. Y puede parecer que su examen va a alejarnos del tan concreto tema, y tan evidente de unos años a esta parte, de estas líneas editoriales: la oposición creciente, multiforme, cada vez más resuelta, de los intelectuales y universitarios españoles a la política de intolerancia, de censura y de incapacidad material y profesional de la Dictadura en este campo de la vida nacional. Conviene, sin embargo, aunque sea brevemente, afrontar aquellas cuestiones. Su esclarecimiento, incluso relativo, no completo, permitirá indudablemente fundar en bases más sólidas los juicios y sugerencias sobre el papel que la intelectualidad desempeña en la lucha general del pueblo contra la Dictadura.

LOS INTELLECTUALES Y LA SOCIEDAD

En realidad, ¿qué son los intelectuales, qué función ejercen en la sociedad, qué lugar ocupan en ésta? Al proponernos responder a estas cuestiones, vamos a encontrarnos con opiniones de Ortega, vamos a tener que habérmolas con ellas, en este como en tantos otros problemas ideológicos y sociales de la España contemporánea (podría casi parodiarse la frase cervantina: « Con Ortega hemos topado... »). Y es que don José Ortega y Gasset ha expuesto en varias ocasiones su concepción del intelectual, de la misión de éste, aunque nunca de forma sistemática, y sí a menudo de forma contradictoria, según las circunstancias históricas en que se pronunciara. « Ser Intelectual no es cosa que tenga que ver con el yo social del hombre... Aquí se habla del Intelectual que es intelectual con

de-esperada autenticidad, que lo es sin remedio, por inescrutable o no, inexorable decreto de Dios... Para que las cosas sean, quíerese o no, hace falta el Intelectual. Lo que el Otro usa como realidades no es sino un montón de viejas ideas del Intelectual, vetustos petrefactos de sus fantasías » (*El Intelectual y el Otro*; *Obras Completas*, t. 5, pgs. 504-12).

Sin entrar en el análisis de la visión del mundo, idealista y aristocrática, que implica esta definición del intelectual, considerado por Ortega en cierto modo como demiurgo de la realidad, como encarnación del Espíritu Absoluto, puede destacarse el rasgo de aquella que más nos interesa : el Intelectual (con mayúscula) es un hombre aparte, privilegiado ; ser intelectual consiste en el ejercicio de una inexorable y misteriosa vocación, de signo casi sobrenatural. Definición evidentemente errónea, en cuanto se examine a la luz de la experiencia histórico-práctica. Porque el intelectual es, como todos los demás, un ser social. Su función específica tiene un origen histórico, por remoto no menos determinable, en la división social del trabajo que acompaña a la disolución de las sociedades gentilicias, al surgimiento de la sociedad de clases, uno de cuyos aspectos es precisamente la diferenciación del trabajo manual y del trabajo intelectual.

En las sociedades modernas divididas en clases antagónicas, constituyen los intelectuales una capa social intermedia, compuesta, en su inmensa mayoría, por individuos procedentes de las capas medias, de la burguesía nacional y de la gran burguesía. En función de esta realidad (tan patente en la sociedad española actual, pongamos por caso) resulta secundario y derivado el problema de la vocación intelectual, en el que Ortega centra su atención. Se sitúa en cambio, en un primer plano, el problema de la posibilidad material — social — de ejercer dicha vocación, el problema del acceso al desempeño de una función intelectual. Y ello precisamente por el carácter eminentemente social de dicha función.

Ser intelectual no es pues más que una de las formas específicas de ser hombre o sea, de encontrarse inserto en una sociedad determinada, en una situación histórica circunstanciada, en una correlación de clases objetiva. Ser intelectual consiste primordialmente, no tanto en responder a la llamada imperiosa de una vocación interior (caso excepcional y límite), sino en pertenecer, por razones dependientes en grado abrumador de una estructura histórica de clase, a una capa social determinada, heterogénea. De aquí se desprende que es imposible definir en abstracto, de una vez y para siempre, la función específica de los intelectuales en la sociedad, en cualquier sociedad. Cada época y cada situación exige un análisis concreto, un enfoque preciso y delicado. Ahora bien, dentro de esta limitación, es posible y necesario señalar los dos rasgos más generales de la función social, objetiva, de los intelectuales, que hallaríamos, con las variantes históricas correspondientes, a lo largo de la historia.

Consiste el primero de ambos rasgos o aspectos de la función de los intelectuales, derivado de la propia situación de clase de éstos, en que su actividad específica, de una forma más o menos consciente o espontánea, contribuye a elaborar, reflejar, desarrollar y difundir la ideología de las clases dominantes de su época. La filosofía de Aristóteles, gran terrateniente y propietario de esclavos, representa y codifica espiritualmente los intereses de la democracia ateniense, de la democracia de los esclavistas. La obra de los Escolásticos contribuye poderosamente a consolidar ideológicamente el edificio de la sociedad feudal. Y la filosofía de don José Ortega y Gasset refleja de una forma diáfana, en sus contradicciones, a veces dramáticas, la situación de la burguesía española en la primera mitad de este siglo.

Ahora bien, en las épocas en que se agudiza la lucha de clases y que han madurado ya las nuevas fuerzas sociales ascendentes, el proceso de disgregación de la vieja sociedad se acelera, y una fracción de la clase dominante se separa de esta y se sitúa junto a la clase revolucionaria. « Así como antes una parte de la nobleza pasó a las filas de la burguesía, ahora pasa una parte de la burguesía a las filas del proletariado, particularmente una parte de los intelectuales burgueses, los cuales, por su propio esfuerzo, se han elevado a la inteligencia teórica del movimiento histórico en su conjunto ». (Marx-Engels, *Manifiesto Comunista*.)

Por otra parte, este fenómeno se ve facilitado por el segundo aspecto, de alcance universal, de la función de los intelectuales, que se desarrolla indisolublemente ligado con el primero, pero en contradicción con sus limitaciones sociales objetivas. Porque aquellos, si son auténticos creadores y no meros funcionarios del saber ya adquirido, en cualquier rama del arte, la ciencia o la literatura, vienen a sumarse con sus obras al milenario esfuerzo de autoemancipación de la humanidad, uno de cuyos fundamentos reside en el conocimiento cada vez más preciso y objetivo de la naturaleza y de la sociedad, tarea ésta común, con sus diferencias cualitativas específicas, a las artes y a las ciencias. La posibilidad virtual, permanente, para todo intelectual, cualquiera que sea su procedencia social y su originaria situación de clase, de elevarse en determinadas circunstancias históricas en su esfera propia de actividad a la comprensión objetiva del desarrollo histórico en su conjunto, es un factor integrante, y de extraordinario dinamismo interno, de la función social de los intelectuales.

Pero debe quedar claro, a este respecto, que no se realiza dicha virtualidad permanente (ésta que podríamos llamar vocación de lo universal en los intelectuales) de una forma espontánea o mecánica. Muy poderosos factores económico-sociales contribuyen a frenar su realización, o a favorecerla. Aclaremoslo con algún ejemplo concreto y limitado. ¿Cómo podrá, en la España de hoy, elevarse a la comprensión de conjunto de su ciencia, y de las leyes objetivas del desarrollo económico, un estudioso de la economía política? Es evidente que sólo lo conseguirá en lucha tenaz con la estrechez de miras, con el formalismo dogmático y con la prohibición de acceder a ciertas fuentes científicas esenciales, que caracterizan a la enseñanza oficial, y que dependen, en primerísima instancia, del régimen político imperante. Lo mismo acontece, en mayor o menor grado, con las demás ramas del saber.

Hay situaciones históricas, cuando el sistema político existente es de tal naturaleza que no sólo no refleja las necesidades del desarrollo económico y social, del progreso ideológico y científico, sino que se opone a ellas de manera radical, extrema, en que los intelectuales pueden verse impelidos, como grupo social en su conjunto, a una acción política concreta. Y esto es precisamente, como ahora veremos, lo que ocurre hoy en España, bajo el régimen de dictadura franquista.

LOS INTELLECTUALES ESPAÑOLES BAJO EL REGIMEN ACTUAL DE DICTADURA

Desde el punto de vista económico-social, determinante en última instancia, la situación que se desarrolla en nuestro país se caracteriza por la contradicción que aparece hoy en un primer plano y que enfrenta al pueblo — desde la clase obrera a la burguesía nacional — con las camarillas oligárquicas que detentan el poder. Desde las fuerzas produc-

tivas en la agricultura y la industria, aherrajadas por la estructura monopolista de la economía nacional, hasta la enseñanza universitaria y la creación literaria, minadas por la falta de perspectivas profesionales y de libertad de expresión, todos los multifacéticos aspectos de la vida española exigen un cambio en el sistema político actual. Y en esta realidad histórica se basa la coincidencia objetiva de todas las clases y capas sociales españolas, lesionadas en sus intereses y aspiraciones propias por la política de las camarillas oligárquicas de la dictadura. Liquidar la actual superestructura política es la premisa indispensable para todo progreso en nuestro país.

En este marco ¿cuál es la situación de los intelectuales, como grupo social en su conjunto?

No parece necesario tener que demostrar largamente que sus intereses coinciden con los del pueblo, que sus aspiraciones, dentro de su especificidad propia, son las del pueblo, que su acción, para ser eficaz, tiene que fundirse con la del pueblo. Solo destacaremos algunos de los rasgos más importantes de esta evidencia práctica.

Como capa social intermedia, los intelectuales sufren muy agudamente las consecuencias del marasmo económico, de la agravación constante de las condiciones materiales de existencia del pueblo español en su conjunto. Ya se dediquen a profesiones liberales, o trabajen en organismos del Estado o en empresas privadas, o bien se consagren a la creación artística o literaria, sin fuentes fijas de ingresos, la precaria situación material de los intelectuales españoles es evidenciada cada día por innumerables testimonios y protestas, que llegan incluso a reflejarse en la prensa oficial. Y es que, entre los otros factores, la mínima capacidad adquisitiva de las masas (que son las principales consumidoras, no sólo de los bienes materiales, sino asimismo, y esto no habría que olvidarlo nunca, de los bienes culturales), restringe extraordinariamente en nuestro país el « mercado » intelectual. Ello lleva a que no sólo los médicos, ingenieros, catedráticos, abogados, etc., etc., recién salidos de las Universidades y Escuelas especiales se enfrenten con el angustioso problema de su colocación, sino que también hombres con una larga carrera de trabajo profesional se encuentren en situaciones verdaderamente inadmisibles. Como ejemplo citaremos tan sólo las declaraciones de una persona de tan ilustre familia de investigadores como don Alfonso Rey Pastor, ingeniero geógrafo y segundo jefe de la Sección de Geofísica del Instituto Geográfico y Catastral. El 29 de junio de este año, declaraba a un periodista del diario « Ya » : « No gano para vivir con el cargo en el Instituto. Tengo que hacer trabajos particulares porque la familia « pesa ». Realmente, con el sueldo me falta la mitad, y vivimos sin lujos ». Y más abajo : « Yo puedo decirle que dentro de dos años, cuando me jubile con cincuenta de servicios al Estado, tendré una pensión de menos de cuatro mil pesetas. ¿Qué le parece? ». Y a esta pregunta del Sr. Rey Pastor contesta el periodista (¿inconsciencia?, ¿cinismo?) con una frase que refleja perfectamente la falta de interés por los intelectuales bajo un régimen de dictadura como el actual. « Haga usted quinielas de fútbol », le dice...

Esta situación material de la intelectualidad española en general (determinada en parte, cierto es, por razones históricas anteriores al sistema político de hoy, pero exacerbadas por éste) hace que, en tanto que capa social, se caracterice por rasgos peculiares, que no se dan, o por los menos no se dan en tan profunda medida, en otros países capitalistas. En algunos de éstos, y principalmente en los países imperialistas, la explotación de las riquezas y del trabajo de otros pueblos, coloniales o semidependientes, permite que una parte relativamente importante de

esas capas intelectuales goce de un confortable nivel de vida; no tanto los intelectuales que se dedican a la enseñanza y a la investigación « pura », como en el caso de los Estados Unidos se ha demostrado palmariamente, sino más bien aquellos consagrados a la defensa e ilustración (ardua tarea, por cierto) del modo de vida capitalista. Pero en España, como en otros países que se encuentran en analoga situación de retraso económico y de dependencia del imperialismo, los intelectuales constituyen, en su inmensa mayoría, una capa social trabajadora, cuya situación material deja mucho que desear. Viven o malviven de su trabajo, mejor dicho, de sus trabajos, ya que es excepcional el caso del que pueda subsistir decentemente con un solo empleo u ocupación profesional. Y esto es importante, porque les hace muy sensibles a los problemas del pueblo en general, hace que participen de dichos problemas.

Todos estos factores económico-sociales empujan, pues, objetivamente, a los intelectuales españoles a oponerse al sistema político de la Dictadura, principal obstáculo en el camino de la supresión de aquéllos. Pero a dichos factores viene a sumarse otro, de primerísima importancia en este dominio: el de la exigencia unánime de libertades de expresión. Sin estas libertades no hay posibilidad real de desarrollo ideológico o científico, de creación artística auténtica. El problema de la liquidación de la censura, del intercambio cultural sin discriminaciones con todos los países, etc., se sitúa en el centro de las preocupaciones de la intelectualidad de nuestro país. Por ello tiene perfecta razón el Dr. Marañón, cuando dice, en unas entrevistas publicadas no hace mucho en el diario « Excelsior », de México: « El mayor reproche que se puede hacer a este régimen, es el de no haber dado oportunidad para que se formase una conciencia colectiva, de la única manera que puede formarse: por medio de la libertad de pensamiento... ». Otra cuestión sería saber si el régimen de dictadura franquista podía, por su propio carácter, haber dado esa oportunidad, y no queremos discutir aquí este problema con el Dr. Marañón, sino poner de relieve la coincidencia, esencial, entre nuestros puntos de vista y los que él expresa, a su manera y dentro de las circunstancias concretas en que lo hace.

Vemos, por tanto, aunque sea a grandes rasgos y con cierto esquematismo, cómo en España toda la situación objetiva — algunos de cuyos rasgos son históricamente originales, inéditos — lleva a los intelectuales a enfrentarse activamente con el régimen de dictadura. Por una parte, como capa social media, ven coincidir indisolublemente sus intereses con los del pueblo en su conjunto. Por otra, como intelectuales específicamente, o sea, como creadores y difusores de los bienes culturales, como continuadores de una tradición nacional y universal de desarrollo del conocimiento, chocan con la falta de libertades de expresión y de investigación que entraña el régimen actual. Todo esto ha ido produciendo, a lo largo de estos años, un fenómeno aparentemente paradójico, pero sencillo de explicar en función de todo lo dicho, y de mucho más que podría añadirse: la vinculación, más estrecha que nunca, de los intelectuales con su pueblo, la irrupción de éste, como protagonista, en las obras de las jóvenes corrientes creadoras de nuestro país. Desde los trabajos de ciertos enayistas católicos sobre « las razones del proletariado » hasta la aparición, por vez primera, de campesinos reales en el cine español, pasando por obras poéticas y por múltiples tentativas apasionadas de extensión cultural entre las masas populares, los testimonios de dicho fenómeno, tan extraordinariamente positivo, son incontables. A pesar de la dictadura, y contra la dictadura, como una de las formas de lucha contra ella, precisamente cuando el pueblo español está más ausente de la vida política

oficial, levantan acta de su presencia decisiva y esperanzadora los intelectuales españoles. Para el porvenir, este hecho entraña consecuencias de inestimable valor.

LOS INTELLECTUALES Y LA ACCION POLITICA

Esta acción política, a que todo les mueve bajo el régimen actual, ¿cómo la enfocan y deben enfocarla los intelectuales españoles? Antes de analizar la experiencia histórica de estos últimos años, conviene hacer claridad sobre una cuestión de orden general.

En su ensayo, *Reforma de la inteligencia*, publicado en « La Nación », de Buenos Aires, en 1923, dice Ortega y Gasset que la « situación impone a la inteligencia una retirada de las alturas sociales, un recogimiento sobre sí misma... Es preciso tender a que las minorías intelectuales desalojen de su obra todo pathos político y humanitario, y renuncien a ser tomadas en serio por las masas sociales. Dicho de otra manera : conviene que la inteligencia deje de ser una cuestión pública y torne a ser un ejercicio privado en que personas espontáneamente afines se ocupan ». Más tarde, en un ensayo de 1941, *Apuntes sobre el pensamiento, su teurgia y su demiurgia*, recoge aquella idea y la desarrolla. Ahora bien, en otros momentos y en otras ocasiones, Ortega ha formulado juicios radicalmente opuestos, y no sólo los ha formulado, sino que ha actuado políticamente y en lugar destacado, como lo hizo en la « Agrupación al Servicio de la República » y ya anteriormente en la « Liga de Educación Política Española ». ¿A qué se deben estas contradicciones, estos vaivenes en la actitud de Ortega ante los problemas de la acción política, que simbolizan la actitud de buena parte de la intelectualidad española de su tiempo? Se deben a múltiples factores, y en primerísimo lugar a las vacilaciones de la burguesía nacional-liberal española, que Ortega representa ideológicamente, y que no supo y no pudo desempeñar el papel que le correspondía en el desarrollo consecuente de la revolución democrática en España. Hay, sin embargo, un aspecto de esta cuestión que se impone analizar más a fondo, porque de su análisis se desprenden ciertas enseñanzas para el momento actual. Ortega, y con él otros muchos, concebía de una forma errónea, desde su raíz misma, la acción política de los intelectuales. Pretendieron crear, en cierto modo, un partido de los intelectuales, una agrupación minoritaria y selecta, que interviniera en la vida social con medios exclusivamente intelectuales y educativos, como si fuera única depositaria de la sabiduría política. De allí el carácter generalmente utópico, regenerador y aristocrático de sus programas. De allí también en gran parte las desilusiones y desencantos ante los inevitables fracasos y aquel « retirarse de las alturas sociales » preconizado después de algún choque con la realidad.

Porque la realidad es que no puede haber partido de los intelectuales, ni acción política eficaz de éstos concebida en esa perspectiva. Los intelectuales no son una clase social, sino una capa heterogénea. Y es sobradamente conocido que los partidos políticos son y sólo pueden ser la fracción organizada, más de avanzada, de una determinada clase social realmente actuante en la sociedad. Por ello hay partidos de la clase obrera, de la burguesía, de la pequeña burguesía; partidos agrarios, etc., pero no puede haberlos de los intelectuales. Toda acción política de los intelectuales, para serlo realmente, debe pues concebirse en función de las fuerzas sociales que impulsan el desarrollo histórico en un momento determinado. Las formulaciones de Ortega antes citadas carecen por todo ello de objetividad y de rigor; sólo son condenatorias de una errónea

manera de enfocar la acción política de los intelectuales. Sólo son el testimonio subjetivo de un fracaso que hubiera podido evitarse.

Hemos insistido en este aspecto porque en las circunstancias actuales es importante no volver a caer en aquel mismo error. Ello esterilizaría la tan necesaria acción política de los intelectuales contra la Dictadura. No se trata de crear artificialmente un partido intelectual de oposición, sino de vigorizar y coordinar la acción unida de todas las corrientes y grupos políticos que han ido cristalizando en la intelectualidad española, para apoyar, con sus formas y métodos específicos, la lucha general del pueblo contra el régimen actual, en la que las masas populares, con la clase obrera en primera fila, ejercen una influencia decisiva.

De hecho, la experiencia histórica de estos últimos años pone de manifiesto esa influencia de la acción de las masas en el resurgir del movimiento de oposición de los intelectuales y universitarios. Se produce así, y más precisamente desde las grandes protestas y acciones obreras de la primavera de 1951, un doble fenómeno. Por una parte, al calor y bajo el peso de dichas acciones, se organizan de nuevo y con fuerzas nuevas, en los medios intelectuales y universitarios, las agrupaciones políticas inspiradas en la ideología proletaria, en el marxismo, y aparecen grupos de signo progresista. Por otra parte, a medida que se agudiza la descomposición de la Dictadura como consecuencia de la acción combativa de las masas y que se desgajan del propio seno del llamado Movimiento Nacional fuerzas hasta entonces integradas en él, surgen en forma embrionaria nuevos grupos políticos, desde los neo-liberales hasta la democracia cristiana. En realidad, y ante el definitivo fracaso del sistema dictatorial, la burguesía tiende a organizar más o menos independientemente sus propias fuerzas, de diverso signo. Y no es casual que esa reorganización se lleve a cabo fundamentalmente, por lo menos en su primera fase, en la esfera intelectual y universitaria: es aquí donde existen mayores posibilidades legales utilizables y donde es más asequible la formación de los cuadros dirigentes de los futuros partidos políticos.

En este movimiento ascendente, la oposición intelectual ha librado ya diversas batallas importantes contra la Dictadura, principalmente en el sector universitario, porque en él es posible llevar a cabo una mayor presión de masas contra los organismos burocráticos de las camarillas gobernantes. Pero junto a estas acciones, más visibles y más conocidas, algunas de las cuales han adquirido resonancia internacional, y que no sólo reflejan la descomposición de la Dictadura, sino que han contribuido a acelerarla, cabe señalar que todo el ambiente de la vida intelectual española está cambiando. Existe todavía la censura, y en algunos casos incluso se ha recrudecido. Existen todavía la discriminación intolerante y el dogmatismo en todos los campos de la cultura. Pero a pesar de ello, un contenido nuevo impregna cada vez más profundamente las actividades de la intelectualidad española, en todos sus aspectos. Como dice el Dr. Marañón en la entrevista ya citada: « España ha crecido. Se va haciendo más grande y el régimen no se acomoda a su vigoroso crecimiento. Le viene chico... » Pues, en efecto, si le viene chico y estrecho el régimen actual a España, ¿por qué no cambiarlo? Esta es la pregunta que se hacen los intelectuales españoles. Este sentimiento de que hay que cambiar de régimen es el que anima y da un contenido nuevo, más airoso y optimista, a la actividad de los intelectuales de nuestro país.

O sea, que éstos no se ven en modo alguno tentados de seguir los consejos de « recogimiento » y de « retirada » que formulaba Ortega en su ensayo sobre la *Reforma de la Inteligencia*. Más bien todo lo con-

trario : la acción política, justamente entendida, no como acción de minorías selectas inevitablemente condenada al fracaso, sino como participación específica de los intelectuales en una empresa nacional y popular, se sitúa objetivamente en el centro de las preocupaciones de los intelectuales españoles.

¿Que orientación fundamental dar a dicha acción, a nuestro juicio? ¿Cómo imprimirle cohesión y eficacia?

El eje de la vida política española, en estos últimos dos años, es la lucha por el restablecimiento de la convivencia cívica, por la reconciliación nacional. El fundamento objetivo de esta lucha, que orientan y dirigen las masas populares y la clase obrera, con sus grandiosas acciones pacíficas y resueltas, reside precisamente en aquella coincidencia de intereses, que más arriba señalábamos, de todas las clases y capas sociales del país frente al sistema dictatorial y oligárquico de las camarillas gobernantes. El fortalecimiento creciente de las fuerzas de la clase obrera; la definitiva descomposición del llamado Movimiento Nacional y el surgimiento de nuevas fuerzas políticas de la burguesía, el hecho histórico de que la masa fundamental de las clases sociales activas y con mayor peso específico en la producción esté compuesta hoy por hombres y mujeres que no han participado, por su edad, en la guerra civil, todos estos factores hacen de la reconciliación nacional una aspiración unánime de los españoles. Así lo reconoce el Dr. Marañón, en su entrevista con el diario « Excelsior », que por tercera vez citaremos, dado su extraordinario interés. A una pregunta sobre las tendencias de la juventud española, contesta : « En primer término, advierto en los jóvenes una profunda inquietud, y en segundo lugar, un deseo de que España sea libre, de que no esté atada a ningún acontecimiento de los últimos que se han registrado en la vida española. Sus inquietudes tienden a rechazar las prerrogativas, privilegios y derechos alegados por la participación en dichos acontecimientos. Aspiran los jóvenes a que se establezca una auténtica concordia nacional, sin vencedor ni vencidos en la guerra ».

A esta aspiración de la juventud, y del pueblo en su conjunto, opone la dictadura, frenéticamente, su voluntad de mantener el espíritu de guerra civil, la discriminación arbitraria entre los españoles. Se opone a aquella aspiración desesperadamente, batiéndose en retirada, habiendo perdido la iniciativa política que ha pasado a manos de la oposición popular, porque sabe que la reconciliación nacional, ya en marcha, es el fin de su régimen. Y precisamente por esta razón debe orientarse fundamentalmente la acción política de los intelectuales españoles, fundida con la de todo el pueblo, hacia el desarrollo y culminación de la reconciliación nacional.

De hecho, el espíritu de reconciliación ha impregnado ya, y no podía ser de otra forma, las acciones más importantes de los intelectuales y universitarios de nuestro país contra la Dictadura. El Manifiesto de febrero de 1956 de los estudiantes madrileños, los llamamientos y acciones de la primavera de aquel año de los universitarios de Madrid y Valladolid, contenían ya en germen las ideas de la reconciliación. Desde entonces, en varias peticiones en favor de los estudiantes detenidos o sancionados, en amplias acciones de masas, principalmente en la Universidad de Barcelona, este espíritu de reconciliación nacional ha ido extendiéndose y afinándose, hasta convertirse en una fuerza material importante. A esta misma corriente viene a sumarse la petición de más de cincuenta sacerdotes y dirigentes nacionales de organizaciones católicas, presentada el 5 de Mayo de este año en favor de los estudiantes detenidos en enero, y acusados, principalmente, de organizar una Jornada de Reconciliación Nacional.

La celebración de esta Jornada, el día 5 de Mayo, ha abierto una nueva fase en la lucha del pueblo español contra la Dictadura. Y una de las experiencias fundamentales que se desprenden de las acciones de dicha Jornada, en las que han participado, de una u otra forma, millones de españoles, es que, de haber existido una amplia unidad entre las diversas fuerzas de oposición de izquierda y de derecha, no habría podido la Dictadura resistir semejante impacto. Pues bien, por su situación social y sus rasgos específicos, los intelectuales pueden ayudar muy poderosamente al logro de tan indispensable unidad. En los medios intelectuales y universitarios pueden, en efecto, establecerse fructíferas relaciones entre los representantes de todas las fuerzas de la oposición, que vayan allanando incomprensiones y recelos creados por acontecimientos pasados, estableciendo acuerdos y puntos comunes, poniendo en marcha, de una forma viva y concreta, orgánica, el espíritu de reconciliación nacional.

El aspecto programático de estas discusiones y conversaciones, ya en curso y con resultados altamente positivos en diversas regiones, entre todas las fuerzas políticas de la oposición intelectual, viene determinado por la propia situación nacional e internacional de España. Podrían resumirse, a nuestro juicio, y sin que éstos tengan carácter limitativo ni exclusivo, en los puntos siguientes :

1) Liquidación del espíritu de guerra civil, que implica toda una serie de medidas concretas, como son : la amnistía de todos los presos y exilados políticos ; la supresión de las jurisdicciones militares especiales (para la cual es indudable que se contaría con el apoyo de importantes núcleos del Ejército español) ; el cese de la propaganda que sigue dividiendo a los españoles en « blancos » y « rojos » ; el abandono por las jerarquías eclesiásticas del espíritu de Cruzada, tan contrario a la realidad histórica, y tan opuesto a los sentimientos de la mayoría de los católicos españoles como a los propios intereses de la Iglesia de nuestro país.

2) Restablecimiento de las libertades de expresión y de libre circulación de las ideas y de las publicaciones, según los principios de la Carta de la UNESCO, de la que España forma parte, aunque el régimen actual no se atenga a sus normas constitutivas ; restablecimiento de las libertades de asociación, reunión, etc.

3) Restablecimiento de la tradicional política de neutralidad española y de las relaciones con todos los países, sin discriminación. Lucha contra la utilización agresiva de las bases españolas por toda potencia extranjera y contra el depósito de armas atómicas y termonucleares extranjeras en dichas bases, que ponen gravemente en peligro la seguridad y la vida de los españoles.

4) Reforma radical de la política económica de la Dictadura, con miras a una distribución más justa de la renta nacional y a una reestructuración de la política presupuestaria, que permita la expansión de los gastos dedicados a los programas de enseñanza y bienes culturales.

No parece utópico afirmar que sobre esta base, en su totalidad o parcialmente, es posible llegar a acuerdos amplios y firmes entre todas las fuerzas políticas e ideológicas de la oposición intelectual. En cuanto al problema, a veces planteado, de que tales objetivos no son realizables bajo el actual régimen de Dictadura, es ésta una cuestión que conviene enfocar de una manera realista. Ciertamente que el régimen franquista no está dispuesto, por su propio carácter, a satisfacer estas aspiraciones generales de la intelectualidad y del pueblo españoles. Pero tampoco estaba dispuesto a satisfacer otras aspiraciones económicas y políticas de

las masas populares, y ha tenido que ir cediendo, bajo la presión combativa de aquéllas.

Es indudable que la plena realización de los objetivos citados equivale a la desaparición del régimen actual, pero lo esencial es comprender que el camino de la liquidación pacífica de la Dictadura pasa por la conquista de una serie de objetivos parciales, entre los cuales pueden incluirse algunos de los más arriba expuestos, y otros que surgirán del propio movimiento y del intercambio de opiniones entre las fuerzas de la oposición intelectual.

Dada la descomposición de la Dictadura, dado el elevado nivel combativo del pueblo español en su conjunto, dada la situación internacional en que se abren paso impetuosamente las corrientes de distensión y de coexistencia pacífica, ¿es utópico pensar, por ejemplo, en una petición, pública y abierta, de todos los intelectuales españoles, encabezada por sus más prestigiosas figuras, en favor de la amnistía para todos los presos y exilados políticos, en favor de la convivencia nacional? Nosotros pensamos que la experiencia demuestra que semejante petición es realizable. Que la Dictadura no podría oponerse a ella, ni tomar medida alguna eficaz contra sus signatarios e iniciadores. Nosotros pensamos que en otros terrenos son también realizables iniciativas semejantes. Por ejemplo, en el terreno de la lucha por la paz, contra la utilización del territorio español como base atómica. Y lo pensamos partiendo de un análisis objetivo y sereno de la situación real existente. Partiendo de que todo indica que ha llegado el momento de que la oposición intelectual, fundiendo su lucha con la del pueblo español en su conjunto, presente, de forma coordinada y combativa, sus aspiraciones comunes al gobierno dictatorial de unas camarillas oligárquicas y desprestigiadas.

El régimen actual, en efecto, « le viene chico » a España, porque España ha crecido, porque ninguna dictadura puede impedir que crezcan los pueblos, que se desarrolle la historia. Ha llegado el momento de cambiar de régimen, de tirar la camisa de fuerza que oprime a nuestra España.

LA NUEVA POESÍA ESPAÑOLA

por Fermín Olmedo

En este esbozo de la nueva poesía, no tendremos espacio para situarla detalladamente en relación con la precedente ni en oposición con la poesía formal, oficial o no. Nuestro propósito es configurar el movimiento de poetas surgido estos últimos años en España, el cual participa en el movimiento general del pueblo español. Por su propia naturaleza, la nueva poesía es una poesía de combate. Brota del rechazo del presente — prolongación de un pasado condenado por la vida, que se resiste a perecer — y de ansias de porvenir. Naturalmente, no todos los poetas inscritos en la nueva poesía española coinciden en el modo de concebir la vida, de vislumbrar la solución de los problemas acuciantes de España, en la manera de cambiar la realidad. Pero todos experimentan la imperiosa necesidad de contribuir a sacar a España de su marasmo actual. Con el fin que los poetas persiguen cambio, como se verá, el enfoque de los problemas y, por consiguiente, la temática y la manera de tratar los temas.

Esa poesía abarca desde el poema de simple protesta al poema de oposición resuelta, del poema-denuncia al poema conscientemente revolucionario. En la primera fase fué una poesía negadora, de repulsa. Poco a poco, el **contra** inicial se trueca en **por**; la protesta **contra** esta en la lucha, al propio tiempo, **por** aquello. Este importante fenómeno se opera al unísono con los acontecimientos sociales que se producen en España. Conviene advertir que no se trata de un « movimiento estético » constituido, sino de la participación en la lucha general de nuestro pueblo, de poetas percatados de que las ideas de por sí no pueden realizar nada. Para la realización de las ideas, hacen falta hombres que pongan a su contribución una fuerza práctica, y esa fuerza sólo la poseen las masas populares. Esos poetas proclaman explícitamente o reconocen tácitamente que la historia no es el quehacer exclusivo de una « generación » ni el de sus « élites » en el sentido que suelen dar a estos términos los « generacionistas ». Al contrario, subrayan admirados el papel predominante y decisivo de las masas en la impulsión del **movimiento** que en sí lleva la realidad, gracias al cual el poeta despierta y cobra fuerzas y confianza en el porvenir.

EN LA PLAZA

Hermoso es, hermosamente humilde y confiante, vivificador y profundo,
sentirse bajo el sol, entre los demás, **impelido**,
llevado, **conducido**, mezclado, rumbosamente arrastrado.

No es bueno
 quedarse en la orilla
 como el malecón o como el molusco que quiera calcáreamente imitar a
 [la roca.

Sino que es puro y sereno arrasarse en la dicha
 de fluir y perderse,
 encontrándose en el **movimiento** con que el gran corazón de los hombres
 [palpita extendido.

Como ése que vive ahí, ignora en qué piso,
 y le he visto bajar por unas escaleras
 y adentrarse valientemente entre la multitud y perderse.
 La gran **masa** pasaba. Pero era reconocible el diminuto corazón afluído.
 Allí ¿quién lo reconocería? Allí con **esperanza**, con resolución o con fé, con
 [temeroso denuedo,
 con silenciosa humildad, allí él también transcurría.

(V. Aleixandre. **Historia del Corazón** 1952?)

Dichos poetas se dan cuenta de que la medida de la historia no es la personalidad del individuo, sino las masas, y con sincera modestia comprenden, por lo tanto, que solos, sin fundirse con los que avanzan, impelidos por la necesidad humana de una vida más justa, no pueden nada. Por eso no son poetas « de minoría ».

Los primeros pasos hacia la nueva poesía los dan Eugenio de Nora en **Cantos al Destino** (1941-45), Gabriel Celaya en **Tentativos** (1949), Ramón de Garcíasol en **Defensa del Hombre** (1949), Blas de Otero en **Redoble de conciencia** (1950). Desde sus comienzos, constituye ya un movimiento a tal punto vigoroso, de una trayectoria tan limpia, que V. Aleixandre puede consagrar su existencia — con el peso de su autoridad en materia literaria — en su comentadísimo discurso de ingreso en la Real Academia (1950), proclamando ante un auditorio atónito que el realismo es la promesa más halagadora de la actual poesía española, y estableciendo que el escritor debe « hacer la obra por encima de todo ». En la evolución de ese movimiento van a influir de manera determinante algunos hechos históricos: en la primavera de 1951 estallan las memorables huelgas de Cataluña, Euzcadi y otras zonas, precedidas por otros movimientos sociales esporádicos. El régimen de Franco se siente por primera vez tambalear. La nueva poesía halla desde ese momento en el pueblo en marcha su más cálida y fecunda fuente de inspiración y su respaldo. A partir de entonces, surge una floración de nuevos libros de poemas cuyos títulos hablan de por sí: **Las cartas boca arriba**, **La muerte o la vida**, **Del mal el menos**, **Quinto del 42**, **Historia del corazón**, **España, pasión de vida**, **Pido la paz y la palabra**, **Tierras de España**, **Lázaro resucitado**, **El Retorno**, **Cantos iberos**, **Denuncio por escrito**.

Estos títulos y otros más, de libros de versos o de poemas sueltos, ilustran la oposición de la nueva poesía a la poesía oficial o a la « neutra », en la actitud ante la realidad — que la primera pretende torpe y servilmente dorar con febril retórica, y la segunda, timorata, ignorar.

La realidad que ocupa y preocupa a los poetas con sentido de responsabilidad histórica es España, que

... « fué primero
 Cementerio, »

(Hierro. **Reportaje de Quinto del 42**)

es ... « una cárcel
 Donde todo queda murado,
 Sin salida a ningún futuro »

(J. Guillén. **El engaño a los ojos**, de Siglo XX.)

Esa realidad dolorosa, desgarrada, que es España, sobre todo en su historia de estos años, el régimen del General Franco ha pretendido ocultarla, tratando en vano de fabricar una poesía a su medida, una poesía oficial. Esta es desmentida por la misma realidad, como lo atestiguan los vastos movimientos sociales a que acabamos de aludir, los cuales han engendrado o al menos han hecho cristalizar la nueva poesía, que es el pulso histórico, el latido social de España tomada por hombres de ideas, objetivos, y sensibilidad diferentes, pero con realismo. Es obvio que ese realismo no guarda relación alguna con aquel — el postizo — que consiste en acumular detalles hasta hacer « invisible » la realidad histórica o con aquel otro de igual laya que confunde expresamente realidad interior y realidad de la vida. Este realismo, por el contrario, se inscribe en la tradición realista y popular de la literatura española en la que el autor y el lector, o el auditorio, se sienten atraídos, impulsados por una comunidad de aspiraciones, sentimientos, anhelos y por tanto interpretados en la obra literaria y a la vez estimulados por ella. Esa tradición, que nació con el **Poema del Cid** y el **Libro de Buen Amor**, tiene sus continuadores más recientes en A. Machado, García Lorca y M. Hernández, víctimas los tres, de uno u otro modo, del régimen que la nueva poesía combate. El campo de este realismo es ya desde sus orígenes la vida real del pueblo español, sin descuidar sus relaciones con los demás pueblos, y el papel que se asigna desde entonces es decir con claridad por qué sufre y espera ese pueblo :

Claridad, no te apartes
de mis ojos, no humilles
la razón que me alienta
a proseguir. Escucha,
detrás de mis palabras,
el grito de los hombres
que no pueden hablar.
Por sus golpes, por toda
la lucha que sostienen
contra el muro de sombra,
yo te pido : persiste
en tu fulgor, ilumina
mi vida, permanece
conmigo, claridad.

J. A. Goytisolo : Yo invoco.)

La nueva poesía descubre y saluda lo que se procura ocultar tras las apariencias, como son los frecuentes movimientos sociales, de los cuales forman parte las manifestaciones de estudiantes :

EL ENGAÑO A LOS OJOS

Con qué nobleza se revuelven
Todos juntos esos muchachos
Y claman por una justicia
Perturbando, vociferando,
Tan inocentes los carrillos,
Tan fieros el porte y los pasos,
Con la mirada en dirección
De un porvenir extraordinario,
Pero a la vista ahora, ahora,
Presente ya sobre el asfalto
De las calles estimulados
Por los rumores calculados
De esa tan filial muchedumbre,

Coro de gargantas y brazos,
 Crédulamente fiel y dócil,
 — Candor por alud — al dictado
 De los mayores en edad
 En crueldad y en aparato
 A un carcelero de una cárcel
 Donde todo queda murado,
 Sin salida a ningún futuro:

Ni a ese que van anhelando
 Los que, por fin, desfilan, jóvenes,
 Magníficos, frente al tirano.

(J. Guillén : Siglo XX.)

Digamos de pasada que la incorporación a la nueva poesía del autor de **Lázaro resucitado** — respuesta a **Lázaro calla** de G. Celaya — obra nacida al calor de la fermentación social de estos años, le permite renovarse felizmente, haciéndole ir de su mundo íntimo a los conflictos del mundo de su tiempo con una emoción nueva, lozana, con una alegría que no le conocíamos, y hasta, diríamos, con un estilo nuevo.

Frente a los conformistas, los poetas nuevos reivindican como un honor el desertar del campo de la poesía oficial, o « aséptica », porque es una poesía cómplice o palabra huera que lo deja todo como está.

DECLARACIÓN

Cuánto tiempo perdido
 Por ese frente infiel
 De las palabras

Ya lo voy a decir:
 he desertado
 Y, qué,
 qué pasa.
 Borrádme de la lista.
 Quitadme de delante
 los poemas sin mancha,
 Seguid, seguid, vosotros.
 ¿Qué removéis?

(Andúgar. Denuncio por escrito) 1957.

Aquellos poetas no remueven nada porque, para remover positivamente, el poeta debe situarse con las fuerzas portadoras de lo nuevo, en el sentido de la vida, y arriesgarlo todo con y por ellas:

PRUEBA DOCUMENTAL

¿A qué, dime, te arriesgas?
 ¿A quién pierdes o salvas?

Y lo cierto tan cerca,
 Y lo cierto es el hombre,
 su engañada paciencia.

Y nosotros poniendo letra muerta
a las aguas pasadas
— aguas que ya no muelen —

(Andúgar. Denuncia por escrito)

Huelga casi decir que la poesía realista tiene un enemigo implacable: la censura. Sin embargo, no sólo no ha cesado de manifestarse, sino que los poemas de este género son cada vez más abundantes y de mejor calidad. En el «paraiso de los banqueros», como ellos mismos han dado en llamar España, mencionar las cosas por su nombre es un crimen de lesa «humanidad libre», un atentado a la seguridad del «mundo libre» y el poeta realista ha de valerse de diversos procedimientos — perifrasis, eufemismos, símbolos — para expresar lo que se propone o se ve obligado a no publicar o publicar en el extranjero. Es el caso de J. Guillén en los poemas que titula **Siglo XX** y el de tantos otros autores de opiniones muy diversas.

A veces ocurre que el público, a pesar de la censura previa, llega a comprender el sentido del poema, provocando, con su reacción, una nueva intervención de los censores y una nueva mutilación del poema, que finalmente cambia por completo de significado.

Así, porque Carlos Sahagún ha escrito:

En algún sitio,
Si cruzáis las fronteras, si nos vamos
de este jardín quemado, estén los flores
gritando libertad.

(*Insula* N° 134, 15 Enero 1958)

y está claro que «este jardín quemado» es España y «los flores que gritan libertad» hombres de otros países, con lo que se alude al carácter opresivo del régimen franquista, la censura ha hecho substituir **fronteros** por **frontera** y «gritando libertad» por «acuchillando el aire», con lo cual se deshumaniza el poema, se le quita su sentido real, histórico. (Cotéjese la versión de *Insula* con la censurada, editada por Ediciones Rialp (20 Enero 1958) pág. 22 con el título — en ambos casos — **Agua subterránea**.)

Este es además uno de los múltiples aspectos de la humillante situación del autor en la parcela del «mundo libre» que es España y de la «libertad de creación» de que goza.

De todos modos, la veracidad de la nueva poesía y su fuerza comunicativa son tales pese a la censura y a todo orden de coacciones y amenazas, que Juan Aparicio, entonces Director General de Prensa y Propaganda, había de confesar su propia impotencia con esta fórmula desdeñosa que disimula mal su amarga resignación: «A los poetas no puede tomárseles en serio. Si se les tomara en serio, habría que fusilarlos a todos».

Los poetas insertos en el movimiento de la nueva poesía se llaman, por orden de edad: Jorge Guillén, Vicente Aleixandre, Gabriel Celaya, Victoriano Crómer, Ramón de Garcíasol, Blas de Otero, Julián Andúgar, G.-A. Carriedo, José Hierro, Gil de Biedma, Eugenia de Nora, José-Agustín Goytisolo, etc. Su edad va de los 65 a los 30 años y aun menos. Evidentemente este movimiento no es cosa de una «generación» de poetas, sino de un género de poesía en una época determinada. Para él no «es cuestión de expresión, sino de posición o punto de arranque»... en «época de crisis» (*Insula*, N° 50 15-2-1950 E. Canito: **Diálogo con V. Aleixandre**).

La «nueva poesía», que venimos caracterizando como **movimiento** y no **escuela**, podemos acabar de configurarla a través de los temas y de su enfoque. Casi es innecesario advertir que el tema «España» no es una abstracción o materia estética: es un pueblo en lucha, un pueblo que se está haciendo «en medio de un mundo que cruje». (Diálogo con V. Aleixandre). Los temas preferentes son **libertad**, **justicia** y **paz**, que los poetas abordan en su sentido real, despojándolos de todo carácter metafísico.

Mas, la justicia y la paz,
 Tenemos que edificarlas, con nuestro esfuerzo, a compás...
 Hay milagros que podemos hacer con nuestras manos...
 La justicia no es regalo,
 Hay que hacerla cada día, golpeando y golpeando,
 La libertad se conquista,
 La paz, que todos queremos
 Hay que robársela al cielo...

(G. Celaya - **Cantos Iberos**)

En la España actual, un problema vital, concreto, es la convivencia nacional, razón por la cual lo hallamos como tema en todos nuestros poetas.

— no es tarde
 Nunca para convivir
 De veras —

(J. Guillén : **Los Hijos, de Siglo XX.**)

Esta convivencia se logra mediante la lucha; así prosigue diciéndolo Guillén en el poema que dedica a las manifestaciones de estudiantes :

Un relámpago, de pronto,
 Convierte el silencio en trance
 De rumor que es choque y lucha.
 Las esperanzas combaten
 A los solemnes embustes,
 Y puños de mocedades
 Esgrimen Historia clara
 Que ilumina porque arde.
 Resistiendo están las fuerzas
 Forzadas. Se ve la sangre.
 Entre tumultos se yerguen
 Estaturas de estudiantes.

Porque comprenden que la historia es lucha y el porvenir está al alcance del hombre, es una poesía esperanzada y esperanzadora.

Volved la espalda al temor. Abrid los ojos
 rosas, hombres, al bien y a lo bello.
 ¡ Creced ! ¡ Cantad ! La vida es nuestra :
 La tierra es nuestra y nuestro el porvenir.

(R. de Garcíasal : Arenga a las rosas y a los hombres,
 de **Hombres de la tierra**, Madrid 1953).

Los problemas básicos del pueblo español en este momento de su historia aparecen además en la nueva poesía en sus relaciones con los problemas actuales del mundo, por la que es a la vez una literatura nacional y universal, que es lo contrario de patriotería y cosmopolitismo. Entre los problemas comunes a todos los países figuran el de la coexistencia pacífica entre los pueblos y el del desarme, particularmente apremiante para España por haber sido transformada en base atómica. El temor a la amenaza real de muerte atómica la expresa Guillén en estos versos :

El mañana asoma entre nubes
 De un cielo turbio
 Con alas de arcángeles - átomos
 Como anuncio.
 Estamos siempre a la merced
 De una cruzada.

Por nuestras venas corre sangre
De catarata.

(Los intranquilos, de Siglo XX.)

y el poeta protesta, oponiendo a la amenaza de muerte dictada por la locura de nueva « cruzada », un deseo ardiente de vida.

¿No nacimos para llenar
Nuestra vivir
Y responder a su demanda
Con un gran SI?
Dejad que nuestra sangre corra
Donde se mueve,
Dejad que sea nuestra vida
Más que su muerte.

(Todos los hombres, de Siglo XX).

Los temas, como se ve, son comunes porque se inspiran todos en la misma realidad, España, porque los poetas tienen la misma preocupación, el mismo « punto de arranque », como dice Aleixandre, pero, a la vez, se singularizan por la manera de enjuiciar y expresar los problemas y de buscar su solución. De ahí que cada uno formule sus ideas sobre la poesía de una manera particular y en ningún caso de un modo escolástico, definitivo.

Así para Aleixandre, la poesía « es comunicación » y « sólo sobrevive en cuanto sirve a los hombres ». Con tal fin el poeta debe ir hacia ellos, salir de su torre de marfil, « bajar » a la calle, por emplear la imagen a la cual recurren todos los poetas nuevos para hacer comprender a los demás su propia toma de conciencia :

No te busque en el espejo,
en un extinto diálogo en que no te oyes.
Bajo, bajo despacio y búscote entre los otros.
Allí están todos, y tú entre ellos.

(V. Aleixandre : **En la plaza**, de Historia del Corazón).

Victoriano Crémer por su parte, partiendo de la idea de V. Aleixandre, estima que al poeta no le « resta sino descubrir el ser al que dirigir nuestro mensaje » ... La naturaleza de ese ser y la razón del mensaje se infieren de este párrafo : « Esgrimirse sobre un canto rodado al sol del estío por el placentero afán de lanzar gorgoritos rítmicamente, **mientras el hombre a secas trabaja, sufre y muere, es un delito** ». (Antología Consultada, 1952, p. 63-5).

Otro ejemplo igualmente significativo es éste de J. Hierro : « quien no vibra con su tiempo, renuncia a crear », pues « el poeta es obra y artífice de su tiempo », es decir un artesano, en lucha por la vida : (Ibidem - p. 99-107)

Serenidad, tú para el muerto,
que yo estoy vivo y pido lucha.
(Serenidad, de Tierra sin nosotros).

Sin agotar, ni con mucho, los ejemplos, concluyamos con Celaya, quien ve en la poesía « un instrumento para transformar el mundo », instrumento que el poeta caracteriza como « un arma cargada de futuro en marcha » (Antología, p. 44).

Como se echa de ver, esta poesía no puede encerrarse en los límites de una definición. Surgida de la realidad y destinada a cambiarla, la poesía realista, como la realidad, está en constante elaboración.

Ahora bien, entre J. Guillén — el de más edad de los nombrados — y J. A. Goytisalo — uno de los más jóvenes de la pléyade — hay poetas que por la impor-

tancia primordial de su participación en la formación del movimiento realista, por la alta calidad literaria de su obra, reconocida con rara unanimidad por público y crítica y, además, porque su producción actual está totalmente integrada en el movimiento que nos ocupa, merecen especial atención y exigen que les consagremos unos párrafos aparte. Estos poetas son, siguiendo su edad, Gabriel Celaya, Blas de Otero y Eugenio de Nora. A través de ellos, aun sin adentrarnos verdaderamente en su obra, podremos obtener una idea más precisa de las características fundamentales de la nueva poesía que, si en pureza no puede reducirse a ellos, es inconcebible sin ellos, pues hasta la fecha llevan escritos varios libros de esta índole, mientras que los otros poetas, casi sin excepción, sólo han escrito algunos poemas de este tenor.

¿Quién fué Celaya? Nacido en 1911, era

..... un aburguesado
hombre serio, respetable,
triste, solo, mono y sabio.

(Vuelta a empezar, de De claro en claro -
1956, Premio de la Crítica, 1957.)

El insolente contraste entre las condiciones de existencia de los que gozan las riquezas y las de quienes las crean, el carácter venal de las relaciones humanas en la sociedad dividida en clases, la mojigatería de las clases dominantes, le llevaron un día a renunciar « a los disfraces », « a cuanto fué » y, al liberarse de todas las convenciones de su medio social, y particularmente familiar, se siente como nuevo, transformado.

Volvamos a empezar. Nunca más nuevo
y limpio sonó el golpe de la audacia
en este corazón que di por muerto
y hoy exhala fresquísima fragancias.

(Ibid).

El proceso de la transformación de Celaya ha sido laborioso, detenidamente meditado, reflejándose incluso en el título de los libros que lleva hasta la fecha publicados : 1935 : **Marea del Silencio**. 1936 : **La soledad cerrada**. 1946 : **Tentativas**. 1947 : **Movimientos elementales**, que es algo más que una « tentativa » para salirse del círculo estrecho del « silencio » y de la « soledad », **El Principio sin fin** (1949) del hombre que descubre **Las cosas como son** (1949) y pone **Las cartas boca arriba** (1951), comportamiento que seguirá observando en sus creaciones restantes, entre las que destaca **Cantos Iberos** (1955). A partir de entonces, su opción es terminante. Celaya distingue dos categorías de poetas, correspondientes a dos índoles de gentes : Los « perfectistas, (que) estiman en cada obra poética su mayor o menor aproximación a un valor absoluto e inmóvil que llaman Belleza ». Y los « temporalistas, (que) sólo ven en esas obras unos testimonios que, por humanos, son inseparables de un aquí y un ahora ». Con esta formulación, Celaya no hace más que oponer **idealismo** y **realismo** en arte. Para el primero, la obra es una imitación — siempre imperfecta — de un modelo eternamente perfecto, exterior a lo real, ante el cual lo sumo que puede hacer el hombre es contemplarlo o imitarlo. Para el realismo, al contrario, la poesía está en lo real, el poeta no es un contemplador de lo eterno e irreal ni un imitador, el poeta es un creador porque participa en la transformación del mundo. Su « testimonio » no es contemplación, sino acción. Celaya se dice de éstos, por eso para él « la poesía es un instrumento, entre nosotros, para transformar el mundo ». (*Antología* p. 44).

Celaya denuncia los subterfugios de los idealistas quienes, so pretexto de hacer de la poesía algo estéticamente « bello », formalmente « perfecto », quieren convertirla en algo política y moralmente « neutral », « puro », sin contacto con la realidad, es decir sin relación con los sufrimientos engendrados por los conflictos sociales, que para « los poetísimos » son cosas feas, « no poetizables ». Un poema puro,

para Celaya, es sólo un « residuo »: « Nada de lo que es humano debe quedar fuera de nuestra obra. En el poema debe haber barro, con perdón de los poetas poetísimos... Un poema es una integración y no ese residuo que queda cuando en nombre de lo « puro », lo « eterno » o lo « bello », se practica un sistema de exclusiones. La poesía no es neutral. Ningún hombre hoy puede ser neutral. Y un poeta es por de pronto un hombre. » (*Antología*, p. 44).

Frente a esa poesía, Celaya propugna una poesía « con ideas », y « hasta política », que ayude a las masas populares — con los medios que le son propios — a resolver los problemas históricos en un mundo en el que

La policía, Dios,
La fuerza del dinero,
Las leyes del rebaño
Nos exigen respeto.

(*La pura verdad*, de : *De Claro en claro*).

La poesía de Celaya no es preconcebida ni improvisada, es una poesía conscientemente revolucionaria, que « busca un porvenir en el que, consumada, dejará de ser lo que hoy es ». (*Antología* p. 44). Ese porvenir presupone la transformación efectiva del mundo « de esclavitud y de consorcio » en el cual vivimos, es decir, la instauración de la « revolución permanente », que es un « Domingo perpetuo » en que

..... Por fin libres,
Viven de veras, cantan y, riendo, se salvan
Los jóvenes obreros sin fantasmas.

Así termina el orden que puede prescribirse
y la revolución permanente se instala
Con el amor, el golpe de libertad y belleza,
con el día de fiesta y el derecho a la vida,
y a la dicha en la tierra.

(*El Amor declarado*, *ibid.*)

La revolución, a la cual Celaya subordina su creación poética, anuncia y permite

..... la dicha para todos,
la alegría del mundo que puede construirse,
el amor que progresa de dos en dos a coro,

(*Epílogo*, *ibid.*)

Pero el poeta, contrariamente a los intelectuales de la burguesía que le precedieron y a los que hoy se proclaman sus herederos, no realiza su tarea con pretensiones de « élite » o sea de clase dominante; él la hace por deber de hombre, con humildad en el seno del pueblo, con fiera rebeldía frente a los poderosos del mundo que buscan vana y desesperadamente perpetuarse.

« Tal es la oscura tarea que impone el ser un hombre. »

(*Antología*, p. 56.)

De este modo Celaya define efectivamente la poesía como oficio o función social y esencialmente por sus relaciones con su público: « Nuestros hermanos mayores escribían para la « inmensa minoría ». Pero hoy estamos ante un nuevo tipo de receptores expectantes. Y nada me parece tan importante en la lírica reciente como ese desentenderse de las minorías y, siempre de espaldas a la pequeña burguesía semi-culta, ese buscar contacto con unas desatendidas capas sociales que golpean urgentemente nuestra conciencia llamando a vida. Los poetas deben prestar voz a

esta sorda demanda. En la medida en que lo hagan, « crearán » su público, y algo más que un público ». (*Antología*, p. 46.)

Esas « desatendidas capas sociales » son, naturalmente, el pueblo, al que el autor designa por su función social :

Sancho sólido, Sancho trabajador,
Ajustador, carpintero, labrador, electricista,
Sancho anónimo, con manos de constructor con oficio
antiguo y nuevo, vivienda al día.

(*Cantos Iberos.*)

Para ese pueblo, el poeta reivindica el derecho a ocupar en la sociedad el puesto que le corresponde como forjador de la historia que es. Si la patria existe, y con ella las esperanzas del poeta, es porque los trabajadores la defienden hoy para hacerla fecunda mañana.

Porque tú existes, existen aún mi patria y mi esperanza.
Porque hay patria y esperanzas, vas a vivir tú de veras
Con menos sueños y más tierras.

(*Cantos Iberos.*)

Con su poesía, Celaya busca infundir conciencia de su fuerza a las masas populares e imprimirles confianza en ella con el testimonio de los hechos :

Quiero darte la confianza que han pretendido robarte,
Quiero decirte quien eres,
Quiero mostrarte a ti mismo, tal como siempre has sido.
¡ Sancho humilde ! ¡ Sancho fuerte !

(*Cantos Iberos.*)

Celaya aspira, en medio de las múltiples dificultades de todo orden que tiene que afrontar, a afirmarse

..... en la tierra, y escribir unos versos
Conductores de vida para todos los hombres,
Y exaltar, combativo, los perpetuos comienzos.

(*Epílogo. De Claro en claro, 1956.*)

Ese es, a juicio de Celaya, el servicio que debe prestar la poesía a su tiempo. El poeta puede y debe participar en el desarrollo de la sociedad, ayudar al pueblo español en la creación de las condiciones históricas que han de permitirle cambiar de raíz su estructura, trayendo

..... un poco de luz a nuestro mundo,
yendo
..... con todos los que avanzan dando fe.

(*Entre tú y yo de De claro en claro.*)

Ese es el cometido que Celaya confía a la poesía al definirla cual « un instrumento entre nosotros para transformar el mundo ». La otra poesía, la intemporal del orden que fuese, la pseudo-clásica o « neutra » por conformista, Celaya la maldice :

Yo maldigo la poesía concebida como un lujo cultural por
[esos neutros
que, lavándose las manos, evasivos, se hacen el sordo.

Yo maldigo la poesía de los que no se comprometen hasta
[mancharse los dedos.
(Cantos Iberos.)

Ese instrumento a veces lo esgrime al desnudo de manera grave o sarcástica ;
otras, disimuladamente tras las burlas, pero siempre de un modo incisivo, para poder
escapar a la censura diciendo lo que tiene que decir. Su último libro, **Entreacto** (1957),
es un modelo en el género. Burla burlando, destruye mitos, dando su verdadera
nombre a la nada, al misterio o al infinito, fortalezas necesarias a la ideología de
las clases dominantes. En tono satírico — con el rico sabor clásico de un Quevedo
o de un Góngora de las letrillas — va sembrando las mayores verdades :

Riéndome proclamo
Deshaciéndome digo
Como quien pasa el rato.

(De : **Entreacto - Saludo...**)

y para el no avisado advierte

Un poema es un ciempiés.
Para entender, hay que leer al revés.

(El juego del Escondito, de **Entreacto**.)

Pero esto no quita para que se le comprenda incluso leyéndolo al derecho,
puesto que su intención aparece siempre diáfana :

Soy un espantaideas
que al viento de la nada
se siente transcendente.

(Música de baile, de **Entreacto**.)

Y una a una, entre burlas y veras — pero siempre de veras — observando las
reglas del juego, socava los consagrados prejuicios de la clase dominante.

Quiero jugar, y jugando
tratar de tú a Dios hermano.

(Homenaje... **Entreacto**.)

Al misterio, concepto indisoluble del engaño, opone la vida real, que para los
hipócritas es un escándalo,

Desenmascara el misterio
con escándalo de vida.

(Ibidem.)

y la razón :

Logré el uso de razón.
Perdí el uso del misterio.

(El niño que ya no soy. **Entreacto**.)

De « la nada », dice sarcástico :

La náusea del vacío,
La nada de mi vida
que vomita — placeres,
entusiasmos, mentiras

(Música de baile.)

En dos versos, en cinco palabras, sugiere lo que es el milagro, denuncia el engaño que entraña :

« ¡ Milagro ! », se grita.
(Técnica ¡ Perdón !)

(Acróbatas.)

Con una sola palabra, ridiculiza el fatalismo

Todo está escrito al revés.

(Homenaje.)

De la vida interior — ese refugio erigido en santuario para justificarlo todo — dice :

Me he sacado del bolsillo
mi falsa vida interior.
Si me descuido, termino
por llamar Dios al reloj.

(El Yoyo, de Entreacto.)

En el género satírico, en manos de Celaya, la poesía es también en todo momento un arma eficaz de combate. Proyecta luz sobre conceptos que sólo viven de la oscuridad, inseparables de la división de la sociedad en clases y del engaño que necesariamente lleva consigo. Ridiculizándolos, suscita la risa; desvelando la mentira, provoca indignación. Adaptada a la actual coyuntura, la sátira fortalece a los oponentes, ayuda a minar las cimientos del régimen y a la vez destruye las ilusiones sobre la perennidad o la fuerza del orden existente y el optimismo de encargo de las clases dominantes.

Ese optimismo es inconcebible sin la indiferencia querida o inconsciente de sus miembros ante la realidad, la que les convierte en títeres y actores grotescos en el **Entreacto** del último acto de su comedia.

La preocupación constante de Celaya es — repetimos — « crear conciencia », crearse un público con su obra que es la propia del escritor, mas no esperándolo pasivamente, sino provocándolo « por todos los medios a su alcance ». Esos medios son sus libros con los que « no sólo dice, hace ». (Insula 15-4-58 : **El escritor y sus medios.**)

Para que la poesía llegue a ser determinante en el curso de la historia, tiene que ser determinada por cada momento del desarrollo histórico, ha de participar en la evolución de los acontecimientos. Por eso el poeta es:

Corazón que pongo en hora
con los astros, cada día :

(El yoyo - Entreacto.)

Como el técnico que debe someterse a las leyes de la naturaleza para actuar sobre ella, el poeta, si quiere actuar sobre el curso de la historia, ha de conocer las leyes del desarrollo social, y vislumbrar incluso la fase final de ese desarrollo. Así, Celaya puede escribir que la poesía « busca un porvenir en el que, consumada, dejará de ser lo que hoy es ». (Antología, p. 44.)

En el poema **España en pie** de Celaya, se lee :

Sólo quiero respirar
y pido la libertad
la pido como mi pueblo porque queremos la paz.

En este mismo año de 1955 en que Celaya publicaba sus vigorosos y patrióticos « **Cantos Iberos** », otro poeta, también vasco y casi de su edad (nacido en 1916), que ha conocido la guerra adulta como él, asimismo promotor y animador de la poesía nueva, sacaba a luz un libro de poemas calurosamente acogido por público y crítica: **Pido la paz y la palabra**. Más que en el influjo, consciente o no, que puede ejercerse entre amigos, las concordancias de tema entre los versos de Celaya transcritos y el título citado de Otero tienen su origen en la presente coyuntura del pueblo español y correlativamente en la convergente manera de enjuiciarla, así como en la común posición y voluntad de ambos poetas ante la misma. Las afinidades de Celaya y Otero aparecen con toda su amplitud en la manera de situarse en relación con el pueblo

Pero tú, Sancho Pueblo,
pronuncias anchas sílabas,
permanentes palabras que no lleva el viento.
(**Pido la paz y la palabra.**)

Hambre a secas, Sancho-patria, Sancho-pueblo,
Pura verdad, fiel contraste
De los locos que te explotan para vivir del recuerdo.
¡ Ya ha llegado tu momento !

(**Cantos Iberos.**)

En esta llamada a Sancho — dato que confirma de otra forma el sentido popular, social de la nueva poesía a través de alguno de sus poetas más representativos — hay que ver además un retorno a Cervantes con un espíritu nuevo, opuesto al de los « noventaiochistas » y sus continuadores. Sin detenernos en el análisis de este significativo hecho, no está de más recordar que desde Unamuno a Ortega y Gasset — y la cosa no se detiene con ellos — la mayoría ha escrito sobre Don Quijote, ninguno, en verdad, acerca de Sancho. No han caído en la cuenta — y no en balde — de que, si hubo un Don Quijote, es porque existía un Sancho sin el cual el caballero no hubiese existido, puesto que la existencia del primero tiene por condición la alienación material y espiritual del segundo. Celaya expresa esas relaciones de una manera viva, porque la oposición Sancho-Quijote, sin ser eterna, es una dualidad que todavía perdura. De ahí que esa oposición pueda servir de símbolo a los actuales antagonismos sociales. Los « noventaiochistas » disimulaban la lucha de clases de su tiempo con la « poesía » de las relaciones feudales, concebidas como eternas. Celaya, por el contrario, pone al vivo la cruda realidad de un Sancho que sufre y « despoetiza » los antagonismos de clase mostrando que aquella « poesía » encubre una mistificación.

Hoy como ayer, con su vanidad
Los señoritos Quijote continúan viviendo en las novelas,
Y tú, Sancho, los toleras e incluso los complaces
Por instinto, por respeto, porque es siempre bueno creer en
[algo.
Cabalgando sobre tus espaldas, dándoselas de caballeros
Y tú, pueblo, los soportas y levantas. - ¡ Enderézate !
(**A Sancho Panza - Cantos Iberos.**)

Esta inversión es explicable en el interior de una sociedad dividida en clases, y sobre todo en la capitalista. Reconocerle la burguesía a las masas trabajadoras su papel determinante en el desarrollo de la sociedad — con la producción de los bienes materiales, con la creación mediante su trabajo de los grandes valores de la riqueza material y espiritual — equivaldría para ella a evidenciar la existencia de clases y admitir que, en un mundo dividido en explotadores y explotados, el motor de la historia es precisamente la lucha de éstos contra aquéllos. Y esta verdad evidente,

el « mundo libre » y sus « élites » — igualmente libres para desfigurar o disimular la realidad mas no para presentarla como es — no pueden reconocerla sin reconocer en consecuencia la naturaleza opresora y explotadora de la sociedad hecha a su medida. Los « noventaíochistas » debían « ignorar » o despreciar a Sancho, como ignoraban o despreciaban a las masas. Situándose desde un punto de vista burgués, no podían admitir como evidente lo que es cierto : la dependencia económica de la burguesía del proletariado, producto suyo y su sepulturero. Para ellos, el pueblo sólo importa como materia literaria : « De la historia pasamos a la estética en general. No se trata ya nuevamente de escribir la Historia, sino de ver la vida, que es materia historiable ». (Azarín - Madrid - Ed. Losada 1952. p. 62.)

Para nuestros poetas, el pueblo no es « materia historiable », un medio, sino el creador de la historia, un fin en sí. Ellos no buscan servirse de él, sino servirlo, aceptando los riesgos que tal actitud acarrea en la actual sociedad y en particular en su régimen vigente.

Trazado a grandes rasgos lo que diferencia a nuestros poetas de otros escritores, volvemos a lo que acerca a Celaya y Otero. Lo coincidente de ambos poetas procede, declamos, de la manera concordante de ver la realidad y de tomar posición en su transformación. Otero lo advierte ya en 1952 al hablar de la poesía : « ... Tal vez hoy como nunca es necesaria una poesía de acuerdo con el mundo. Pero quede bien entendido : Sin admitir nada negativo ni desorientado. (Es preciso decirlo, aun contra nuestra propia obra pasada) ». (Antología. p. 179.) **Pido la paz y la palabra** obedece a esa exigencia.

La « tarea para hoy — anunciaba ya entonces — : demostrar hermandad con la tragedia viva, y luego, lo antes posible, intentar superarla ». Queriendo expresar la realidad española con toda su dramática intensidad, Otero llega a las raíces mismas de esa « tragedia viva », y merced a ella puede plantear los problemas de España con perspectiva histórica, es decir, de solución, y participar con su obra en la apremiante tarea de « superarla ». Acaso convenga aclarar que, cuando Otero escribe : « creo en la poesía social, a condición de que el poeta (el hombre) sienta estos temas con la misma sinceridad y la misma fuerza que los tradicionales » (Antología p. 180) no se debe confundir tradicional con conservador ; sería un contrasentido. Tradicional significa clásico, todo lo contrario de retrógrado : « Llamo romántico a lo negativo, y a lo positivo, clásico. » (p. 179.) Por eso añade : « La poesía, como sucedáneo de la vida, no nos interesa en absoluto, sí como añadidura. » (p. 180.)

Así es como Otero se emparenta con Celaya y Nora dentro de la nueva poesía.

Para Otero, como para todos ellos, dijimos, el problema central es España con proyección hacia el porvenir. En esa perspectiva, la convivencia de todos los españoles es una tarea urgente de carácter nacional destinada a restañar las heridas de la guerra de 1936 mediante la elaboración de las bases que han de favorecer el desarrollo social, económico y cultural de España. Con su peculiar manera de concebir y abordar los problemas humanos, la nueva poesía viene participando consecuente y eficazmente en ese sentido. A tal punto que la toma de conciencia de la necesidad de la reconciliación reimprime movimiento a la vida de Otero y marca el proceso de gestación del libro. Otero parte de la muerte, que es el resultado de la guerra civil y de su propia soledad. En un momento determinado, siente el peso de la vida de los que luchan contra una sociedad que les niega todos los derechos humanos, se incorpora a ese combate y su poesía cesa de ser un diálogo interior, impotente, melancólico, para convertirse en la expresión de los problemas básicos de España en esta hora de su historia. ¿ Cómo se ha efectuado ese proceso ? Bajando a la calle para juntarse con « ellos », con lo cual vuelve la espalda a la muerte y a la soledad :

Aquí tenéis, en canto y alma, al hombre
aquel que amó, vivió, murió por dentro
y un buen día bajó a la calle : entonces

comprendió : y rompió todos sus versos.
 Así es, así fué. Salió una noche
 echando espuma por los ojos, ebrio
 de amor, huyendo sin saber adónde :
 A donde el aire no apestase a muerto.

(Pido la Paz y la palabra. Aquí tenéis.)

El movimiento total del libro es harta elocuente. Comienza por tender un puente entre él y Ellos, dirigiéndose **A la inmensa mayoría**, lo que ya representa una toma de posición en favor de la mayoría, frente a la minoría. Cuando se dirige a su público mediante la dedicatoria **A la inmensa mayoría**, comprende que la reconciliación es una necesidad insoslayable. A medida que el libro avanza, se le ve ya con su público para proclamarse finalmente **En la inmensa mayoría**.

Si Otero pide la paz y la palabra en defensa del hombre, es que el hombre en el cual piensa vive oprimido por otros hombres. Esa opresión tiene sus raíces en la injusticia social, disimulada detrás del reino y de la justicia de Dios.

Pido la paz y la palabra.
 Escribo
 en defensa del reino
 del hombre y su justicia.

Hasta entonces, fué un poeta que, al buscar la « Serena verdad » (**Angel fieramente humano**, 1950), se perdió en el « silencio », el « vacío », la « sombra », haciéndose cómplice, mientras tanto, con su propio silencio, de la injusticia que reinaba en la tierra. Extraviado en ese callejón sin salida, el poeta vuelve a la vida, es decir, a los otros, acusándose de su pasada evasión :

Vuelva a la vida con mi muerte al hombre,
 abominando cuanto he escrito : escombros
 del hombre aquel que fui cuando callaba.

(Digo vivir, de : **Redoble de conciencia** 1951.)

Después, ha descubierto que todo no es silencio, vacío, sombra, y que la palabra tiene una misión que cumplir en defensa del hombre y contra la injusticia. La primera que hizo entonces como vimos, fué romper todos sus versos, que eran palabras vacías, « sueños ».

Al mismo tiempo, Otero se da cuenta de que ahora que ha decidido no decir « **ni una palabra que no sea verdad** », el camino es más espinoso y ha de limitarse a decir

Lo que me dejan.

El poeta entra en la « patria del hombre » sin arrepentirse de haber desesperado del cielo y de sí propio :

Yo, pecador, en fin, desesperado
 de Dios y de mí mismo : me confieso
 que soy un hombre en situación de hablaros
 de la vida. Pequé. No me arrepiento.

Su conciencia social le exime de toda culpa. Arraigándose en la tierra, ha encontrado su verdadero sitio :

..... Es mi sitio y no lo cambio
 por ninguna. Cal. No me arrepiento.

(Juicio final. - Pido la paz...)

¿En qué se distingue el puesto falso del verdadero? En que

Ahora
Siempre. Hay
Caminos

Hay siempre medios para comunicar con los demás, cuando se avanza con el pueblo en su marcha arrolladora hacia el futuro. Empujado por esa fuerza, que es la fuerza de todos, cada uno se siente seguro de la victoria :

Aunque el camino ¡Aup! es empinado,
a mí qué se me importa : el pie del pueblo
avanza, avanza hacia la luz,
a ras de tierra, despejando el cielo.
La victoria está clara,
Un tiempo espléndido
avanza, avanza aceleradamente, es como un mar —
azul — mahón el viento !.

(De *Pido la Paz y la palabra*.)

La orientación esencialmente optimista, esperanzadora, de sus nuevos poemas en contraste con la de sus creaciones anteriores, proviene de la confianza total del poeta en el pueblo, de su fé en el hombre. La fé, como el sentimiento de la culpa, cambia a presente de sentido : de religioso pasa a ser social. Y Otero puede asegurar que jamás le faltará esa fé en los hombres, porque a través de la España que alborea, piensa en toda la humanidad.

En nombre de muchos.

Para el hombre hambreado y sepultado
en sed — salobre són de sombra fría —,
en nombre de la fé que he conquistado :
alegría.

Para el mundo inundado
de sangre, engangrenado a sangre fría,
en nombre de la paz que he voceado :
alegría.

Para tí patria, árbol arrastrado
sobre los ríos, ardua España mía,
en nombre de la luz que ha alboreado :
alegría.

(de *Pido la Paz...*)

E. de Nora entró en la adolescencia al estallar la guerra de 1936 :

Fuí despertado a tiros de la infancia más pura
por hambres que en España se daban a la muerte.
Aquí y allá, por ella.

(*Patria, de España, pasión de vida.*)

Nora es sensiblemente más joven que Celaya y Otero (nació en 1923) : son hombres de « generaciones » diferentes, que viven los problemas de una misma época, con un espíritu análogo. Por « el sentido y orientación de (sus) versos », (*Antología*, p. 157), se coloca a la cabeza del movimiento realista con Celaya y Otero. Como la de éstos, la de Nora es una poesía densa, socialmente responsable, esencialmente humana.

Las dimensiones requeridas por este trabajo nos imponen la obligación de limitarnos a subrayar algunos aspectos fundamentales del sentido que Nora da a la

creación poética, con lo que se completará lo dicho hasta aquí acerca del movimiento que constituye la nueva poesía.

Desde el principio, la poesía de Nara se rige por esta triple determinación :

¡ Yo acuso, Yo golpeo, Yo clamo !
(Último sueño, de **Cantos al Destino** 1941-45.)

con intención « de lo futuro ». **España, pasión de vida**, Premio « Boscán » 1953, está concebido con ese criterio : « Cuando empecé a escribirlas, hace seis años, mi ambición era formar verso a verso un vasto poema en el que la historia viva, el presente y la apetencia de futura de España se reflejaran, a través de una conciencia joven de español de la postguerra ». (Nota del Autor. 1951.)

Para Nara, la poesía es inseparable de los problemas del tiempo del poeta y debe traducir éste por el afán de ayudar a resolverlos. Hablar de « mi poesía es hablarle de mí, de mi vida misma », de « la guerra metida por los ojos como a puñetazos, y (de) toda la crudeza y miseria y grandeza de la realidad, junto a una nostalgia infinita, pero jamás del pasado, siempre de lo futuro y desconocido ». (Antología, p. 150.) Está claro que para Nara, la solución de los grandes problemas que el pueblo español tiene planteados no reside en reformas del género que fuere, sino en un cambio de raíz de la realidad española. Nara quiere una transformación radical de la sociedad, porque es el único modo de llegar al « futuro y desconocido », de romper definitivamente con el pasado del que el presente es la consecuencia.

La realidad española presente es la España desgarrada por la guerra y por el espíritu de guerra mantenido de manera criminal por quienes sacan beneficio de ello. Pero esa realidad no es definitiva.

..... la patria no está hecha !

¿ Quiénes han de hacerla ? Los que aman a España que son quienes luchan por ella, es decir los que viven y se desvelan por su porvenir.

Te quiere el que en la lucha
de su amor te va haciendo

Sólo el amor activo
es ya más que deseo.

(Galerías profundas, de **España, pasión de vida**.)

Estos hombres y esta España se enfrentan a los otros hombres y la otra España que Nara rechaza explícitamente. Los otros hombres

Son viejos, lamentables conocidos
de cara neutra y de feroces dientes :
el inocente estrujador de rosas,
el organizador de dividendos,

a la orilla de un río no ven nada ;
la vida para ellos pasa y muere ;
su ternura es rentable, y condiciona.
Sus manos cuentan, argumentan, sudan
mientras reposan :

..... forman la élite
de nuestro mundo.

Nara se opone con resolución a esa clase social

... ¡ Yo nunca os he encontrado !
(Encuentros obligados, de **España, pasión de vida**.)

Al mismo tiempo, Nora se excluye de los poetas servidores de la clase que denuncia, y « en nombre de la vida » los excluye como ponzoñosos parásitos :

Oh Dios, cómo desamo,
cómo escupo y desprecio
a esos cobardes, envenenadores,
vendedores de sueños, mientras ponen
sedas sobre la lepra, ilusión sobre engaño iris
donde no hay más que secas piedras.
Esclavos, menos
aun, bufones de esclavos.
Malditos una y siete veces.

(Poesía contemporánea - Ibid.)

Esos españoles, cuya vida consiste en vivir de sudores ajenos, se valen de la imagen de una España pasada de la cual pretenden hacer su verdadera patria. Tras esa España imaginaria disimulan suntuosa y estéticamente la sórdida realidad que es para ellos la España real :

Pues bien : se dice « España »,
y hay quien piensa, de pronto, en las guerras de Flandes,
También ocurre a veces que, apasionadamente
la vieja luz de Flandes adquiere color caqui
o las gestas del oro un nombre de patriota
(« don Gil, don Juan, don Lope, don Carlos, don Rodrigo »...)
o tendencia a exportar naranjas a Inglaterra.

(España... Ibid.)

Para esas gentes se comprende que España sea (debe ser) algo perfecto, inmutable.

Nora se sitúa contra ellos; con los que trabajan y sufren y están en contacto con la ruda realidad.

..... Contra ellos
yo canto hombres que tienen las titánicas caras
como rostras con látigo : sonríen
al dolor, pero miran
al sol, y aprietan
los firmes dientes.

(« Poesía Contemporánea », Ibid.)

Al situarse con éstos, Nora no es sólo un negador de los otros ; « negando sólo » no se va a ningún lado y él no quiere contentarse con negar : « escribir es también obrar ». El poeta debe saber que « una época de dispersión y descomposición acaba, y empieza otra que tiende a edificar y ordenar » y debe « hundir raíces en los hombres todos para tomar y devolverles energía y esperanza ». (Antología 156.7). Por este intercambio define Nora el papel del poeta en la preparación de « la vida que viene », como actor del presente y no espectador del pasado.

Yo no canto la historia que basteza en los libros,
ni la gloria que arrastran las sombras de la muerte.
¡ España está en nosotros ! Y su estrella encendida
en la recia oleada de la vida que viene.

(Canto... - Ibid.)

No se trata de utopía sino de lucha y previsión; es decir, ni de sensiblería ni de sueño, sino de « amor activo » y esperanza fundada. Si tiene el derecho de hablar de « deber de alegría », es porque está decidido a combatir contra la sociedad de explotación del hombre por el hombre :

Cuando la pobre gente de nuestro pueblo llega
del sudor y del polvo, del trabajo vendido
con el alma cerrada, cuando
llega y encuentra el día que se acaba temblando
en la lumbre cocida y alimenticia, llega
y cae, la pobre gente oscura,
derribada en las sillas : y encuentra la sonrisa
todavía, la hermosa, prodigiosa sonrisa
— si hay algo prodigioso — del viviente que tiene
aún no lo necesario :
entonces, duramente,
algo en mí se incorpora, y siento, sin remedio,
un deber de alegría.

(Un deber de alegría.)

Hemos visto que Nora rechaza y denuncia a la clase dominante así como a « los cobardes », « bufones de esclavos », que la sirven ; se junta con los explotados por esa clase en el combate que llevan a cabo por su liberación. Su realismo se sitúa en la perspectiva de este combate :

Lo que necesitamos
es una luz, es un desnudo brazo
que señale las cosas. La poesía es eso :
gesto, mirada, abrazo
de amor a la verdad profunda.

(Poesía Contemporánea.)

El « desamor » y « desprecio » hacia los unos, el amor sin reservas por los otros, significa que convivir no es una transacción, renunciar a la lucha. Para convivir es imprescindible vivir, hace falta libertad ; y no basta creerse libre, olvidar las duras realidades implicadas en la servidumbre ; para ser libre, hace falta suprimir las causas concretas de la opresión y la explotación. La poesía puede contribuir a ello a condición de que el poeta esté « donde haya vida al desnudo », « en las mismas raíces temblorosas de la esperanza, que es la sustancia del hombre ». (Antología, 155). Puesto que el hombre no puede vivir fuera de la sociedad, su elección no está entre vivir en ella, en esclavo, y evadirse de ella en « hombre libre » ; la elección está en ser libre o esclavo en el seno de la sociedad : La libertad en efecto se conquista en el interior de la sociedad, transformándola, es decir mediante la revolución.

Vemos por consiguiente que la convivencia no sólo no excluye el cambio de raíz de la estructura de la sociedad, sino antes bien la exige, ya que la libertad únicamente se tendrá acabando con

.....el triste mundo,
el putrefacto mundo humano
que conocemos, que hemos visto,
« inquietante » y « crucial », « predestinado »
(según nos dicen los periódicos),
en el que nos sentimos más bien presos, como algo
— nosotros, ellos, todo —, algo que se devora.

(Antipoema del Consancio.)

Cuando Nora habla del « putrefacto mundo humano que conocemos », es evidente que se refiere a todo un sistema económico y social, a un fenómeno universal del que la realidad española es un ejemplo. La lucha es por consiguiente nacional y al propio tiempo universal. El Poeta la sostiene a través de la poesía, cuyo fin es contribuir a humanizar el mundo.

El papel del poeta es ante todo el papel del hombre (« el poeta — el hombre — » dice Otero como hemos visto oportunamente), de manera que incluso cuando habla como poeta subordina la preocupación por la teoría estética a la preocupación por los problemas de la vida, así como la « concepción » a la experiencia, y el « proyecto » a la « situación » : « No tengo una concepción, tengo una experiencia de ella (la poesía). No sé si me explico. Como dijo un militar célebre, para mí no existen proyectos tácticos, sino situaciones tácticas dadas ». Y aclara : « Yo veo y vivo la poesía en **concreto** (subrayado por Nora), no en abstracciones pseudo-racionales y en el fondo huéras ». (*Antología*, p. 149-50). ¿Cuál es esta situación? Nora la evoca de una manera aparentemente pesimista (el último poema de *España, pasión de vida*, lo titula : « **Un deber de alegría** » en *Antipoema del cansancio* (Penúltimo poema del mismo libro) :

..... ¿para qué engañarnos?
Amigos míos, poetas, nuestro oficio
es inútil, pensadlo,
Los que nos oyen no comprenden, y los que entenderían...
no tienen tiempo de escucharnos.

Esa situación, Celaya la explica, seis años después, por sus causas, al analizar las relaciones del escritor y el público españoles. En ese análisis, Celaya comienza distinguiendo los escritores (entre los cuales se sitúa) « revolucionarios » o simplemente « heréticos » de los escritores « establecidos », conformistas. « En España como en todo el ámbito occidental, los económicamente favorecidos no pueden constituirse en público » de los primeros : « los que nos oyen no comprenden », constataba Nora. Frente a este público ¿hay acaso un público que escucha y entiende? Más bien que existir, ese público está en formación y por formar : « Los representantes de esa nueva sociedad posible que él (el escritor revolucionario) advierte y anuncia no existen aún como posibles consumidores de sus libros. Y esto, porque esos hombres, cuyas posibilidades anticipa y defiende el escritor, ni cuentan con medios económicos suficientes para adquirir sus obras, ni siquiera con la formación necesaria para hacerlas suyas. Esto es lo grave : la cultura es todavía un lujo ». (*El escritor y sus medios*, Insula 15-4-58).

El desajuste de este escritor y de su público así definidos tiene como correlativo el desajuste del escritor consigo mismo, del hombre con sus posibilidades de creación poética, el cual se encuentra, como lo formula Nora, ante un « campo abierto », como el mismo pueblo, y con las mismas dificultades. Esas dificultades hacen decir a Nora que « (su) « obra » no (le) expresa o (él) siquiera, cuanto y más lo que (él) quiere que llegue a expresar ». (*Antología*, p. 153.) Por eso nuestros poetas rechazan el confinarse en el dominio de la teoría o erigirse en escuela poética. La función del escritor para ellos es « comunicar » y en ese cometido, no sólo no se pretenden « élites » sino que cuando hablan de su « oficio », rechazan incluso el pomposo concepto de « especialista en poesía ». (*Ibid.* p. 156.)

Ni los poetas mencionados son los únicos que han escrito poemas realistas, ni Celaya, Otero y Nora son los únicos que merecen, por el carácter particular de lo mejor de su obra, el título de poetas nuevos. Es significativo, por consiguiente, que los tres poetas que juzgamos más representativos y que son los que van más lejos

dentro de ese movimiento — y que además concuerdan en lo esencial — desdeñen el formar escuela. ¿Qué los acerca entre sí y a los que ellos se atraen e impulsan? Sencillamente la posición realista, la lucha por cambiar las cosas y por verlas y mostrarlas como son. El contenido de ese realismo no está elaborado, está en vías de elaboración. Estos poetas, de un lado, en nombre del realismo, rechazan la Belleza, el Arte, con mayúscula, o sea, la Poesía formal y conformista. En oposición a esa poesía formal, las creaciones de nuestros poetas son, como ellos mismos tienen a gala decir, prosaicas. ¿Quiere esto decir que ellos abandonan las nociones de belleza, arte y poesía? De ningún modo. Pero la revolución que ellos hacen en arte pasa por la acción social, porque está ligada a la revolución que persiguen en la vida. De ahí que nos hallemos momentáneamente ante un nuevo desajuste. Al menos por el instante, la preocupación por la eficacia **parece** substituir a la preocupación por la belleza. Y es que existe todavía un retraso de la « concepción » poética en relación con la « experiencia » poética, según los términos de Nara, es decir de la teoría con respecto a la práctica. Los poetas nuevos hablan de belleza y trabajan como artistas; un estudio de su propio arte nos permitiría comprender cómo trabajan, qué arte nuevo crean, y seguir la progresión de su arte y de su ahondamiento de la realidad a un tiempo.

Cabe esperar que en el intercambio « de energías y esperanzas » con el público y los demás poetas — respondiendo a las exigencias, a las llamadas del primero y a las críticas de los segundos —, conseguirán a la vez un intercambio y un progreso de conciencia, o sea, creando conciencia en los demás, irán formando, desarrollando, la suya propia de hombres y de poetas.

CON LA LÍRICA A OTRA PARTE

por Gabriel Celaya

Parece que fué ayer, y hace demasiados años, cuando los más caracterizados poetas españoles de la nueva promoción empezaron a hablar de la necesidad de cantar para la « inmensa mayoría ». No sé quién lanzó este « slogan » — formulado con un carácter evidentemente reivindicativo contra la célebre dedicatoria de Juan Ramón Jiménez, « a la inmensa minoría » — pero que caló hondo lo prueba el que entre los poetas de hoy ha llegado a convertirse en un lugar común. Lugar común como fórmula, pero ¿ en qué medida, no diré cumplida, sino por lo menos obedecida ?

Porque no se trata simplemente de salir de la torre de marfil y de ese pequeño jardín que la rodea. No se trata de renunciar a las libertades sin sentido del viejo vanguardismo, ni por otro lado de derivar hacia un populismo, sino de algo tan difícil como convertir la poesía en un género realmente popular, que no puede ser la « poesía popular », entrecomillada, sino la poesía sin más, la única. Y esto invita a pensar.

Fué Novalis, el poeta romántico por antonomasia, quien dijo : « El valiente es un hombre enteramente consciente ». Y traigo esto a colación porque, aun después de dar por pasados mil sobre realismos, bajo existencialismos y arrebatos vacíos, hay quien sigue creyendo que el poeta no es un hombre más consciente, más sensible y más abierto que cualquier otro a cuanto pasa a su alrededor, sino al revés, una criatura sumida que habla sin saber muy bien lo que se dice, y que en todo caso, ni puede juzgar lo que hace, ni dirigir el curso de sus versos. Tanto, que cuando a uno le parece que ha acertado, lo atribuye a milagro.

Yo sé que la poesía, como el movimiento, se demuestra andando, un poco por aquello de que obras son amores, y un mucho porque las llamadas buenas razones, cuando no quedan en justificaciones a posteriori de lo que ya no tiene remedio, suelen adelantar más de lo que uno es buenamente capaz de cumplir. No obstante, si malo es teorizar, quizás aún sea peor dar la poesía por algo esencial y casi metafísicamente indefinible. Un hombre debe saber siempre por dónde se anda, y si además canta, debe sentir a golpes de corazón cómo sus pasos redoblan en su conciencia.

Cualquier poeta de la España de hoy, si por poeta auténtico es, como el vidente de Novalis, un hombre enteramente consciente, sabe que su obra quedará en nada si no logra volver a tomar contacto con el pueblo. Ahora bien, ¿cómo responder a esa demanda latente y silenciosa pero insoslayable de una poesía para la « inmensa mayoría »? He aquí algo que nos obliga a pensar y a fondo en nuestras posibilidades y limitaciones. Porque creer que la solución va a llovernos del cielo o que va a lograrla un genio todavía desconocido, no es más que mitología. Ese genio quizás surja, pero si surge será sólo gracias al trabajo que nosotros, los poetas menores, podemos y debemos ir realizando con plena conciencia.

Ante esta demanda que tan trágicamente difícil han hecho nuestros inmediatos predecesores, y ante los obstáculos que tantas veces han desvirtuado, cuando no anulado, los esfuerzos de la nueva promoción, por aquello de que los medios oficiales siempre han sido más amigos de la poesía formalista y tontamente conformista que de la poesía real y vivamente virulenta, ha habido quienes han dado la solución por desesperada, y así, olvidando con falsa modestia el sentido de su responsabilidad, sólo piden que los dejen en paz, en su paz, ya que ellos, según dicen, « van solos por el mundo ».

¿Qué podríamos decir a quienes así se evaden? Lo que ya le escribí públicamente a un amigo: « En el fondo de este apartamento no hay tanta humildad como parece. Hay quizás un ensobrecimiento. El poeta « se extraña », se desprende y se aleja de la sociedad en que vive; comprueba que esa sociedad no lo toma en cuenta e incluso lo arroja fuera de su ámbito, y entonces él, en lugar de reconocer que ha debido cometer algún error, sublima hasta el límite su autoexasperación y, encerrándose en sí mismo, se pone al margen de la Historia real, se siente casi por encima de esa Historia, precisamente intemporal, por no decir eterno. Y la lírica se convierte entonces en algo inefable. Su reino no es de este mundo. Y el poeta mira por encima del hombro cuanto le rodea porque él se siente más allá de las miserias, las luchas y los problemas cotidianos. Y Así se sacude la plumas o hace la rueda. ¿Hay que aplaudir? »



HAY OTROS poetas igualmente negativos que a la demanda de una poesía vivamente urgente, objetan: « Un poema es bueno o malo independientemente de lo que diga. Quevedo fué quizás un poeta social, y Mingo Revulgo una voz popular. Pero si recordamos sus versos no es porque la causa que defendían fuera justa, pues de eso habría mucho que hablar, y a fin de cuentas, si quitamos lo que el gesto tenía de pura rebeldía, no nos interesa gran cosa, sino porque lograron crear un acertado aparato verbal que perdura ».

¿Qué podríamos responder a estos poetas tan paleolíticamente preocupados por la cuestión de la sobrevivencia? Por de pronto, que nadie que no haya sido poeta de su tiempo, poeta que — reconocido o no en su momento — haya vivido plenamente su época, ha pasado a la posteridad. La poesía no es ni puede ser intemporal. Surge en un momento y un lugar determinados, apuesta al « ahora o nunca », se impone con un sobresalto brillantemente instantáneo, o queda en nada. Y si pretende realizarse al margen de la circunstancia, queda en un escayolado neoclasicismo. Podemos gustar de Horacio o de San Juan de la Cruz, creemos o no creemos en lo que ellos creían, pero es indudable que su poesía no hubiera llegado a granar si

ellos, dando de lado las preocupaciones típicas de su circunstancia, hubiera tratado de crear un objeto meramente estético y neutral.

Ante el problema-clave de una poesía « para cualquiera », hay otra posición muy frecuente. Es la de aquellos que, entre cínicos y nihilistas, nos dicen : « Si lo que queréis es llegar al gran público, ¿por qué no cantáis como José Carlos de Luna o Rafael Duyos ? » Porque hay quien cree que para hablarle al pueblo hay que seguir sus más bajas tendencias. Porque hay quien cree que se le debe halagar y casi adormecer, en lugar de levantarlo. Porque hay quien « cha en cara a la « gente », como ellos nombran, el que no haya llegado a un nivel para el cual nunca se le han dado oportunidades. Y ésta es la gran traición, ya que así se confunde lo popular con lo populachero. Y así se olvida con qué espontaneidad y con qué hermosura responde el pueblo de verdad a la limpia y alta llamada de un Lope o de un Machado.

Sí, así es ; si no podemos dar por bueno el cómodo apartamiento de los que renuncian a « comulgar », ni el atemporalismo estético de quienes creen que su obra puede valer por sí misma, diga lo que diga, ni el barato recurso de lo populachero, ¿en qué sentido podremos trabajar ? Sólo asumiendo hasta el colmo lo real.

Nuestra poesía nunca llegará a ser interesante — e « interesante » es una verdadera categoría estética que los « preciosos » han descuidado o han tratado de substituir con snobísticos efectos de sorpresa — si no empieza por hacerse cargo de los problemas concretos que atormentan a los hombres con los que queremos comunicar. Sólo si les hablamos de « sus cosas » lograremos embauzarlos, o embocarlos, como es natural, como es justo, como la poesía de verdad pide. Y claro que al hablarle de « sus cosas » tendremos que hacerlo, no desde fuera, como espectadores, sino como quien entra en ellos y habla con ellos o por ellos, no sólo de ellos. Ser poeta es vivir « en » el otro. Hay un estado de conciencia que no es ni personal, ni colectivo, en el que ciertas aparentes antinomias se funden. El yo arde y uno es doblemente quien es entregándose.

Se da a los otros, renunciando a muchas cosas que creía personalmente importantes. y al darse no se reduce, crece perdiéndose. Y una vez logrado esto, de que tanto saben los poetas españoles de hoy urgidos por su circunstancia, lo demás se le da por añadidura.

¿Qué falta aún para llegar a la « inmensa mayoría » ? Algo que ya no depende totalmente del poeta : los medios de difusión, que el Estado controla; la libertad de expresión, por lo menos; el aparato de la propaganda que se nos anula en cuanto empieza a ser realmente eficaz, la indispensable ayuda económica (sin servidumbres, sin esa « compra » a la que algunos de nuestros mejores poetas se han resignado para evitar la cárcel o el hambre) ; y en una palabra, el pan y el aire. De ahí que la revolución poética y la revolución política-social se den hoy en España como si fueran una misma cosa. Y de ahí que, ante lo flagrante de la situación, lo veamos todo como en el límite, con una claridad deslumbradora.

Pueblo somos y al pueblo volveremos. Y sólo en el pueblo crecen los poetas españoles de ahora que, pese a todo, no se han traicionado a sí mismos. Por eso, dando de lado a la mixtificada burguesía semiculta que constituye hoy el público que puede comprar libros, van con su lírica o otra parte : a los hombres humildes que, aun sin preparación, los escuchan ansiosamente y se entusiasman con sus versos aunque sólo a medias los entienden, porque ellos son el futuro y la llamada de la verdadera poesía. Y porque el poeta, en la medida en que responde a esa demanda, crea un nuevo público, y algo más que un público.

Madrid, abril de 1958.

ACOTACIONES POLEMICAS A
« LAS CONSTANTES
DE LA POLITICA EXTERIOR ESPAÑOLA »,
DE ALBERTO MARTIN ARTAJO

A. Martín Artajo ha publicado en « Arbor » de julio-agosto 1958 un artículo comentando uno de los llamados « principios fundamentales del Movimiento ». Dicho artículo (que ha sido reproducido en « Ya » del 20 de agosto) se titula « Las constantes de nuestra política exterior ». El tema es de por sí de gran interés. Y más aún en un momento como el presente, en que asistimos en la vida internacional a acontecimientos cuya trascendencia nadie puede poner en duda.

Esas « constantes » se componen, según A. M. Artajo, de tres principios, y de cinco « presupuestos » y « criterios de aplicación ». Los tres principios son, en resumen : contribución a la justicia y a la paz entre las naciones ; hermandad con los pueblos de nuestra estirpe ; perfecta armonía en las relaciones con la Santa Sede.

Los cinco « presupuestos » y « criterios de aplicación » son : hermandad peninsular ; integración de España en la Comunidad Europea ; independencia de nuestra política exterior ; relación singular con Marruecos ; « en fin y sobre todo », anticomunismo militante.

No es fácil encontrar una base lógica a la distinción establecida entre los « principios » y los « presupuestos ». ¿Por qué la hermandad con Hispanoamérica es un « principio » y la hermandad peninsular un « presupuesto » ? Suponemos que M.A. introduce esa distinción para atenerse escrupulosamente a la letra de la ley « fundamental » promulgada por Franco el 17 de mayo ; para seguir la pauta marcada por el dictador en su discurso de la misma fecha. Hasta en este detalle se refleja la orientación básica del artículo : la defensa y exaltación de la política exterior franquista.

1) Contribuir a la justicia y a la paz entre las naciones.

En este enunciado, a primera vista inocente, hay escondida una carga explosiva. Lo que hay que notar, subraya A.M.A., es que « a la paz se antepone la justicia ».

Ahora bien, ¿qué se entiende por justicia ? Para A.M.A., la justicia presupone que no haya países socialistas en el mundo. Esta « justicia »

implica rechazar el « statu quo », tal como existe en el mundo de hoy; oponerse al « pacifismo soviético » y a cuantas corrientes tiendan a defender efectivamente la paz y seguridad internacionales.

En consecuencia, el segundo término del « principio » (contribuir a la paz), por hallarse superado al primero, queda de hecho convertido en su contrario : en contribución a la guerra y a la agresión contra los países socialistas.

Se destacan aquí los dos ingredientes que, entrelazados, caracterizan la orientación definida por A.M.A. : belicismo y falta de realismo.

En efecto, el rasgo básico del actual período de la historia es que el mundo está dividido entre un sistema socialista y un sistema capitalista.

A.M.A. es partidario del capitalismo; bien. Desca que los países, hoy socialistas, vuelvan a ser capitalistas ; allá él. No nos sorprende que tenga sueños de esa índole. Pero lo grave es que su posición equivale a aceptar la guerra como medio de aplicar lo que él considera « justicia », o sea, la destrucción del socialismo.

Si los partidarios del socialismo tomásemos una actitud paralela a la suya, preconizaríamos la guerra, la agresión de los Estados socialistas contra los Estados capitalistas, como forma de implantar lo que nosotros consideramos justicia, o sea, el triunfo del socialismo en el mundo.

La desembocadura lógica del camino indicado por A.M.A. es una guerra atómica, con las destrucciones espeluzmantes que en las presentes condiciones acarrearía.

Pero existe otro camino abierto ante la humanidad. Los que somos partidarios del socialismo, y con nosotros ingentes fuerzas de las más diversas ideologías, preconizamos la coexistencia pacífica entre los países socialistas y capitalistas. Es una posición medularmente realista ; parte del estado actual del mundo, tal como es ; del « statu quo ».

La coexistencia pacífica no implica renuncia a luchar por sus ideas, ni para los partidarios del socialismo ni para los del capitalismo. Significa que cada país resuelve libremente, por su cuenta, el problema de su régimen interior. Significa que la superioridad del socialismo (o del capitalismo), su triunfo histórico, se manifestará en el terreno de la competencia económica, cultural, etc., y no a fuerza de bombardeos atómicos.

La coexistencia pacífica no interesa sólo a los países socialistas. Interesa a todos los países que no quieren hundirse en los horrores de una guerra nuclear. En la defensa de la coexistencia pacífica pueden coincidir, y de hecho coinciden, fuerzas y sectores de las más diferentes, y hasta opuestas, ideologías. Coinciden concretamente los marxistas con muchos católicos.

Una política exterior española basada en aceptar y apoyar la coexistencia pacífica no sería la política de un sector ; sería una política auténticamente nacional ; podría contar con el asenso y el calor de la casi unanimidad de los españoles, independientemente de sus divergencias en los terrenos políticos, ideológicos, económicos, etc., etc.

2) Hermandad con los pueblos de nuestra estirpe.

El principal reproche que cabe hacer a esta parte del artículo de A.M.A. es su escasa seriedad.

Como un prestidigitador, se saca de la manga una « Comunidad Hispánica de Naciones ».

En un discurso pronunciado en Canarias, en la « fiesta de la raza » de 1957, el ministro Castiella se refirió a la posibilidad de que tal Comunidad se crease.

Ahora, de golpe, A.M.A. la da ya por creada. ¿En qué se basa para hacer esa afirmación gratuita ? En que hay una Oficina de Educación ; en

que se han celebrado ciertos congresos intelectuales; en la existencia del instituto de Cultura Hispánica, que como se sabe es una institución del gobierno español: en un convenio con Chile sobre doble nacionalidad. Tal enumeración demuestra todo lo contrario de lo que A.M.A. pretende. Demuestra que no hay tal Comunidad. Es más, pone de relieve la pobreza y degradación de las relaciones de España con Hispanoamérica.

Afirma el exministro que durante un siglo la aproximación hispano-americana ha sido « descuidada ». Es difícil hablar con más ligereza. El proceso de las relaciones hispanoamericanas durante el siglo XIX, tan complejo y contradictorio, en el que figuran gravísimos conflictos y hasta guerras, y a la vez fructíferos intercambios culturales, etc., no es posible despacharle con el calificativo « descuidado ».

Una de las tesis preferidas de A.M.A. es que España constituye el « puente » entre Europa y América. Tal afirmación carece de fundamento. Puede a lo sumo expresar un deseo. Pero los hechos la desmienten.

Rara vez ha sido tan nimio como hoy el papel de la España oficial en dicho continente. Y ello precisamente cuando otros países, como Francia, Italia, Alemania occidental, etc.; se preocupan más y más de sus relaciones con Sudamérica, quizá con el deseo de aprovecharse de las condiciones creadas allí por la creciente ola de oposición a los yanquis.

Hace poco, el presidente Gronchi ha realizado un viaje oficial al Brasil. Muchos hombres de Estado, de diversos países del occidente europeo, realizan viajes parecidos. A ninguno de estos países se le ocurre que necesita de España como un « puente » con América. Y lo mismo ocurre reciprocamente.

Al propagar tales ideas, lo mismo que al hablar de la « Comunidad Hispánica », etc., A.M.A. intenta disimular el fracaso total de una política, que se inició en nombre de la recuperación del Imperio de Carlos V, y cuyo balance real es un descenso cada vez más pronunciado del lugar de España en Hispanoamérica.

En vez de vivir de ilusiones ¿no sería mejor mirar la realidad cara a cara? Sobre todo, cuando esa realidad está preñada de amplias perspectivas para la colaboración hispanoamericana.

Asistimos hoy, en las naciones de Sur y Centroamérica, a un despertar de poderosas corrientes que en ciertos casos han triunfado ya, y están cambiando su fisonomía. Ahí están los hechos de Argentina, de Colombia, de Venezuela... El viaje de Nixon no ha sido una simple anécdota, sino un síntoma de honda significación. Esas corrientes tienen una orientación general común: contra el imperialismo yanqui, contra las dictaduras, por la independencia nacional, por la democracia. La España oficial, dictatorial, sometida a la tutela vergonzosa del imperialismo yanqui, encarna precisamente aquello que en Hispanoamérica está en decadencia.

En cambio una España independiente y democrática, liberada de la dictadura, alcanzaría sin duda un elevado prestigio en dicho continente y podría desarrollar una rica y multifacética colaboración con las naciones hermanas de América, en beneficio mutuo.

3) Independencia de la política exterior española.

A.M.A. dice que España goza hoy de « una total independencia en el orden internacional », que se ha « emancipado de cualquier género de compromisos tutelares ».

Al tratar este problema, deja por completo de lado los convenios de 1953 con E.E.U.U., firmados por él como se sabe, que convierten partes del territorio nacional en bases militares yanquis e hipotecan la soberanía española.

A.M.A. se refiere al tratado de Utrecht, símbolo de la hegemonía inglesa, y asegura que España no está sometida ya a esa « lastimosa dependencia ».

Al parecer, A.M.A., califica de « independencia » el hecho de pasar de la oróita inglesa a caer bajo la dominación americana.

Pero lo curioso es que, al recordar el tratado de Utrecht, A.M.A. se haya olvidado por completo de Gibraltar. Ahora bien, el rescate de Gibraltar ha sido una de las principales banderas que el franquismo ha agitado. Era el primer punto del programa falangista en materia de política exterior. El primero también de los llamados « dogmas nacionales » de Vázquez de Mella.

¿ Cuales han sido, no las palabras, sino las acciones del franquismo en orden a anular el tratado de Utrecht, el cual, efectivamente, arrancó a España un trozo de su suelo patrio ?

La bandera de Gibraltar ha sido agitada por Franco sobre todo en el período en que éste actuaba como agente de Alemania, cuando dicha reivindicación podía servir al imperialismo alemán en su lucha contra Inglaterra.

Los franquistas han volcado las más virulentas acusaciones contra los gobernantes « liberales » del siglo XIX por no haber luchado por el rescate de Gibraltar. No podemos abordar aquí un estudio histórico de ese problema. Pero lo que salta hoy a la vista de cualquiera es que nunca, ni de muy lejos, han existido condiciones internacionales tan propicias como las de estos años para poder resolver de un modo efectivo el problema de Gibraltar.

Franco lleva 20 años gobernando España, y precisamente durante los años en que se ha producido la crisis del sistema colonial, el desmantelamiento del imperio británico. De la tutela inglesa se han liberado en estos años la India, Birmania, Malasia, Egipto, Sudán, Irak, etc. Hemos visto como Egipto ha impuesto la nacionalización del canal de Suez, que era de hecho un feudo imperialista que atentaba a su soberanía.

Mientras tanto, Gibraltar sigue siendo inglés. Y Franco no ha hecho nada efectivo por rescatarlo. Y no lo ha hecho precisamente porque nunca ha sido la política exterior española tan dependiente como lo es hoy.

España está sometida principalmente a la tutela de EE.UU. Y éstos en vez de echar a los ingleses de Gibraltar, han preferido instalarse ellos en Rota, en Torrejón, en San Pablo, etc., etc. Franco no sólo no ha liberado a España de los « compromisos tutelares » del tratado de Utrecht, sino que ha agregado, a la vergüenza dimanante para España de dicho tratado, la de los convenios de 1953 con EE.UU.

4) Integración de España en Europa.

El término Europa se emplea aquí para designar principalmente la agrupación de aquellos países capitalistas del occidente europeo que forman parte del bloque militar dirigido por EE.UU.

A.M.A. se muestra favorable a esta integración europea, en el terreno económico, en el de la política exterior, y pone especial hincapié en su aspecto militar.

Tal actitud implica propiciar nuevas mermas de la soberanía española. El exministro, al parecer, no tiene en cuenta la fuerte corriente de opinión, que se expresa incluso en amplios sectores capitalistas, contra una integración económica que sería calamitosa para el desarrollo de nuestro país.

A.M.A. se esfuerza por presentar las cosas como si la entrada de España en numerosos organismos « europeos » fuese ya un hecho consumado. Ello le lleva a decir : « España ha sido admitida a la Organización Europea

de Cooperación Económica, al Fondo Monetario Internacional, al Banco Mundial de Pagos ... Comprendemos la alusión a la Organización de Cooperación Económica. Pero, ¿que tienen que ver con la « integración europea » los citados Fondo y Banco, que abarcan un ámbito mucho más amplio? Su mención en esa frase es una prueba más de la escasa seriedad con que A.M.A. ha elaborado su estudio.

Agrega este que « antes de poco » España será llamada a la OTAN, al Mercado Común y a la Unión Europea de Estrasburgo. Tal previsión la funda sobre todo en lo siguiente : « en el orden militar, aumenta en importancia de día en día el papel europeo de España a medida que se agudizan los problemas estratégicos del sudoeste, al deslizarse el frente de peligro soviético a lo largo del norte de África. »

Dos observaciones nos sugiere esta frase. Primero : ¿cómo puede una persona que se precia de velar por el rango y el prestigio de España aceptar que « el papel europeo de España » dependa de que su localización geográfica sea de mayor o menor valor en función de determinados planes estratégicos? Ello equivale, de un lado, a rebajar la personalidad propia de España; de otro, a ofrecer nuestro país alegremente como teatro de futuras operaciones militares a ciertos poderes extranjeros. Lo que ya se hizo al firmar los convenios con E.E.UU. en 1953.

Segundo (y con esto entramos ya en el próximo apartado) : ninguna persona sensata toma en serio ese presunto « deslizarse » del « peligro soviético a lo largo del norte de África ». Lo que en esa zona se consolida y fortalece es el movimiento de liberación nacional de los pueblos árabes. Las patrañas que A.M.A. reitera (después de Barroso, de Manuel Aznar, de Sánchez Mazas, de los « ultra » más extremistas de Argel o París) ¿a qué responden sino a justificar, ante el desarrollo pujante del nacionalismo árabe, una política de violencia, de agresión?

5) España y África.

Sobre la desaparición del Protectorado marroquí, A.M.A., repitiendo lo dicho por Franco, declara que la actitud de Francia « nos obligó » a reconocer la independencia.

Pero en una conferencia pronunciada en Bonn el 14 de mayo de este año, A.M.A. habla del « gesto noble y generoso de España al otorgar su independencia a Marruecos ». La contradicción es flagrante. ¿O fué un gesto obligado o fué un gesto generoso? De cara a ciertos sectores extranjeros, y en este caso concretamente alemanes, que no descartan actitudes flexibles ante el nacionalismo árabe, A.M.A. quiere especular con la pregunta « generosidad » de la política franquista en relación con Marruecos, y con el mundo islámico en general. Pero de cara sobre todo a los sectores africanistas del Ejército, A.M.A., como Franco, tiene interés en restablecer una versión más próxima a la verdad, o sea, que el reconocimiento de la independencia marroquí fué impuesto a Franco. Y no tanto por Francia, como por la fuerza arrolladora del movimiento de liberación nacional.

Ese intento de jugar a dos tableros, más que prueba de maquiavellismo, refleja la inconsistencia de la actual política española, sometida a los dictados y cambios de orientación del Departamento de Estado, e incapaz de tener en cuenta las nuevas realidades que surgen en el mundo actual. Prueba de ello es lo que sigue :

A.M.A. declara que España « tiene y tendrá por siempre » en África unas « provincias y plazas que son parte del territorio nacional ». Esta tesis de que Ifni, el Sequia el Hamra, el Río de Oro, etc., son « parte del territorio nacional », nos parece absurda.

¿Puede alguien sostener en serio que los habitantes de esos territorios son españoles? Si eso se acepta, surge la inevitable pregunta: ¿qué significa entonces ser español? El calificativo de « español » tendría que adquirir un significado completamente nuevo. De hecho, a lo que se puede llegar, por ese camino, es a negar la personalidad nacional de España.

Esa tesis ha surgido hace unos meses. Anteriormente esos territorios han sido considerados como colonias, no como trozos del territorio nacional. El artificio de declarar a esos territorios « provincias » mediante un decreto está condenado al fracaso, porque va contra la realidad, contra los hechos.

En un artículo publicado en « Arbor » del pasado mes de mayo, A.M.A. utiliza otro argumento para « demostrar » que esos territorios son españoles, y no marroquíes. Dice que « Marruecos no ha existido como nación hasta 1912 ». Cabe hacer al exministro la siguiente pregunta: si Marruecos no ha existido como nación hasta 1912, ¿cómo es posible invocar tratados firmados por Marruecos y España en 1860 para presentar tales o cuales reivindicaciones?

Para apuntalar la tesis de que Marruecos no ha existido hasta 1912, A.M.A. escribe: « Tanto es así que en las Cancillerías se definía Marruecos, por exclusión: « la parte del Norte de África que va de Argelia al Sahara francés y al Río de Oro », según se lee en Carta anexa al Acuerdo franco-alemán de 7 de noviembre de 1911 ». A esto cabe objetar: 1) Que las fronteras de un Estado den lugar a dudas, conflictos, etc., no significa que dicho Estado no existe; 2) El Acuerdo que A.M.A. cita es un acuerdo entre dos Estados extranjeros acerca de Marruecos, no un tratado firmado por este país.

Pero además, no resulta muy oportuno invocar el Acuerdo franco-alemán de 1911 para la defensa de esta tesis. En efecto, ciertas circunstancias de la firma de dicho Acuerdo desmienten precisamente las afirmaciones de A.M.A.

En una carta a su Encargado de Negocios en Madrid, el entonces Ministro de Negocios Extranjeros francés, M. de Selves, escribía comentando el Acuerdo francoalemán de 1911: « España apreciará sin duda el cuidado que hemos puesto en excluir su colonia del Río de Oro de la demarcación marroquí » (1).

Si nadie consideraba en 1911 al Río de Oro como parte integrante de Marruecos, era inimaginable que el Ministro francés intentase cotizar ante España el hecho de su exclusión de la delimitación de Marruecos, en el Acuerdo entre Francia y Alemania. Acuerdo adoptado por cierto sin contar con Marruecos. ¿Ignora estos hechos A.M.A.? No es posible creerlo. Al intentar disimularlos, ¿no reconoce indirectamente la debilidad de su argumentación?

En su último artículo de « Arbor » (julio-agosto), recurre a nuevos argumentos para defender su tesis. Dice que Ceuta y Melilla son « la garantía irrenunciable de la seguridad de la frontera sur peninsular. Ifni es el frente de las islas Canarias... ». Con la misma razón, Francia podría reclamar Dover a Inglaterra, Inglaterra Calais a Francia... y Marruecos podría reivindicar Málaga y Huelva.

Nos hemos detenido bastante en mostrar la inconsistencia de algunos de los argumentos manejados por A.M.A., y por los círculos gubernamentales en general, en relación con los territorios de Marruecos que son actualmente ocupados por España. Este problema está llamado a desem-

(1) DDF, 3a. serie, Tomo I; Documento No. 122. - Noviembre 1911.

peñar un papel cada vez más importante en nuestras relaciones con Marruecos. Asistimos hoy en dicho país a un indiscutible reforzamiento de las tendencias nacionales y democráticas; ello se ha reflejado en la creación del gobierno Balafréj, y en la política seguida por este. En el terreno internacional, acentúa su política de « no-dependencia », o sea una política de orientación neutralista; insiste en exigir la supresión de las bases yanquis, la retirada de las tropas extranjeras. Ha decidido reanudar las relaciones diplomáticas con la U.R.S.S. y China. Como lo ha demostrado el reciente congreso celebrado en Rabat, el gobierno y el rey de Marruecos, reflejando el sentir del pueblo, reclaman la devolución a Marruecos de las tierras que le han sido arrebatadas y que siguen ocupadas por Francia y España.

¿Qué actitud debe adoptar España ante esta orientación política de Marruecos? La actitud definida por A.M.A., y que es la que practica la dictadura, lleva a un enfrentamiento cada vez más agudo con Marruecos, al estallido de conflictos y posiblemente de hostilidades, y en último extremo al fracaso, ya que estamos en un siglo, y en un mundo, en el que el colonialismo está irremisiblemente condenado.

¿No se ha enterado A.M.A. de lo sucedido en el Senegal ocupado por Francia, casi colindante por el sur con el Río de Oro, y donde, en masa, la población de Dakar ha exigido la independencia, en presencia del general de Gaulle?

¿No ha sacado ninguna lección de lo acaecido en la Asamblea extraordinaria de la O.N.U. donde ha sido pedida por unanimidad la retirada de las tropas americanas e inglesas del Oriente Medio, unanimidad impuesta por el hecho de que los imperialistas, para no quedar aislados, tuvieron que votar contra su propio criterio?

Frente a la política definida por A.M.A., está la política que en relación con Marruecos corresponde a los intereses nacionales de España. Tal política habría de considerar las tendencias neutralistas de la política marroquí como altamente positivas para España. Ayudan objetivamente a que España pueda cambiar en un sentido neutralista el sesgo de su política exterior. Abren la perspectiva de que Marruecos y España puedan constituir una esfera « no comprometida », un foco de paz, en el occidente mediterráneo. España está interesada, lo mismo que Marruecos, en que desaparezcan de uno y otro país las bases yanquis. He ahí un terreno de colaboración política entre ambos países que podría revestir la mayor importancia. Ello alejaría de España, y de una amplia zona vecina, los terribles peligros que hoy nos amenazan.

Una política de sincera amistad con Marruecos tendría para España en todos los órdenes un valor considerable. Esa política de amistad ha de basarse en la liquidación de los restos de la subyugación colonial de Marruecos. En la devolución a Marruecos de lo que a Marruecos pertenece. Una política española sobre tales bases daría a nuestro país un gran prestigio, le granjearía las simpatías de la nación marroquí. Abriría amplios cauces a una estrecha y fructífera colaboración en terrenos económicos, culturales, etc., en beneficio de ambos países.

Otra idea, con la que A.M.A. está manifiestamente encariñado, pues la repite en todos los artículos publicados por él recientemente, es la de la utilización del Sahara para que en él se establezca el excedente de la población española. Quizá ignore que muchos centenares de españoles han tenido ya una experiencia vivida, y trágica, a este respecto: los combatientes republicanos que, emigrados en África del Norte, fueron utilizados por los imperialistas franceses, como forzados, en la construcción del ferrocarril de Colomb-Béchar. Fueron años de sufrimientos inauditos

que han dejado huellas en la carne y la salud de los que aún viven.

En las explotaciones francesas del Sahara, el personal europeo, escaso además, vive en condiciones muy especiales que le permiten soportar los rigores del clima. Pero pensar hoy en el Sahara como zona de población para los españoles es, más que una propuesta política seria, un sueño casi demencial.

¿No basta con el bochorno de que miles de españoles, jóvenes en su gran mayoría, salgan de España y sean explotados como mano de obra barata en Francia, Bélgica y tantos otros países? ¿Van a ser ofrecidos los españoles como mano de obra sacrificada en los desiertos del Sahara a los monopolios extranjeros que inician la explotación de dichos territorios?

6) Anticomunismo militante.

A.M.A. cierra el clicio de su estudio volviendo, por decirlo así, a su punto de partida. Preconiza que España se siga oponiendo a todo trato diplomático con la U.R.S.S.; que se niegue a reconocer la existencia de otros países socialistas en Europa y en el Extremo Oriente... Y va incluso mucho más lejos: refiriéndose a los acontecimientos de Hungría de 1956 escribe: « España entonces estaba resuelta a llegar hasta donde fuera preciso; pero a la hora de la verdad, se encontró casi sola ».

Aparte de la fanfarronería ridícula de esta frase, en ella se confirma la orientación belicista de A.M.A.: su disposición a apoyar, a fomentar, una agresión imperialista contra la U.R.S.S. y el mundo socialista.

No vamos a discutir aquí el problema del anticomunismo de A.M.A. Lo que está en discusión es la política exterior española. Para justificar su actuación en el gobierno de Franco, en detrimento de los más sagrados derechos e intereses de España, A.M.A. se escuda con su anticomunismo. Pero no es una razón suficiente.

La experiencia demuestra que se puede ser anticomunista y realizar una política exterior completamente diferente de la que A.M.A. defiende. La casi totalidad de los países capitalistas, gobernados por enemigos del comunismo, mantienen relaciones diplomáticas normales con la URSS y otros países socialistas. Los gobernantes de Suiza, Suecia, Austria, etc., son anticomunistas, y realizan sin embargo una política de neutralidad.

A.M.A. soslaya, o más bien da por resuelta, la cuestión principal, a saber: ¿qué política exterior corresponde a los intereses de España, la de formar parte del bloque agresivo yanqui, entregando además trozos de su territorio al extranjero, o la de practicar una política de neutralidad?

Las consecuencias de la primera alternativa están a la vista. Se cifran principalmente en los convenios con EE.UU.

Al abordar este tema, manifiestamente, A.M.A. no se encuentra muy a gusto. Conoce la unánime oposición existente en todo el país contra los americanos. Adopta incluso una actitud crítica hacia dichos convenios, quejándose de que la « ayuda » americana, tanto militar como económica, ha sido exigua. Pero intenta justificar la firma de los acuerdos yanqui-frenquistas, sin duda la página más negra de su historia política, con el siguiente argumento: « De los convenios hispanoamericanos diré tan sólo aquí... que su razón fundamental de ser fué precisamente ésta de precavernos contra un asalto por sorpresa del comunismo soviético ».

Suponer tal « asalto » es en sí un absurdo completo. Pero dejando de lado ese aspecto, cabe preguntar: si efectivamente, obcecado por un antisovietismo enfermizo, A.M.A. firmó los convenios con el objetivo indicado más arriba, ¿cómo explicar que en ellos no figure ni una línea

para limitar el uso de las bases yanquis en territorio español a los casos en que fuese necesario para defender a España?

Y ¿como explicar que hoy, a la luz de los hechos, A.M.A. no eleve su voz para denunciar que las bases americanas están siendo empleadas con fines completamente diferentes de aquellos para los que fueron concedidas, al menos en su pensamiento?

Porque los hechos son patentes. Las bases yanquis en nuestro territorio entrañan, entre otras, las siguientes secuelas:

1) Como factor defensivo, ya no sirven, incluso aceptando la absurda hipótesis de A.M.A. de que en cierto período hayan podido tener tal utilidad. Hoy la URSS posee los cohetes balísticos intercontinentales. Se ha producido un cambio radical en las coordenadas de la situación estratégica internacional.

2) Mientras no valen como factor defensivo, en cambio sirven como una especie de imán que puede atraer sobre España las represalias atómicas de quienes sean atacados a partir de dichas bases.

En una palabra, *no pueden defender a España, pero si pueden provocar su destrucción.*

Lo que ha ocurrido — y lo que sigue ocurriendo — con motivo de la tensión en el Oriente Medio ha despertado las más vivas, y legítimas, inquietudes en muy amplios círculos de la opinión española. Las bases aéreas y navales americanas situadas en nuestro territorio han sido utilizadas como punto de partida, o de tránsito, de los envíos de tropas yanquis para ocupar el Líbano. De hecho el territorio español ha sido una base de las operaciones agresivas americanas contra los países árabes.

¿Puede alguien alegar que dichos países constituyen un peligro para España? ¿Puede alguien alegar que España está interesada en que los países árabes sean agredidos por los imperialistas? Nadie se atreve, ni Franco, ni su abogado A.M.A., a defender esta tesis. Pues sin embargo España, su territorio, han participado en la agresión contra esos países. Las bases americanas en España, bien porque los generales americanos ni siquiera consultan al gobierno español, bien porque éste acceda a ello, para el caso es lo mismo, son utilizadas, no en defensa de España, sino en operaciones de guerra ajenas, contrarias a los intereses de España.

Si se agrava el conflicto en el Oriente Medio — y lo mismo puede ocurrir en otras eventualidades — el territorio español, incluido en el dispositivo logístico de las fuerzas agresivas yanquis, sería un blanco de la respuesta normal de los países víctimas de la agresión. O sea, con mucha probabilidad, blanco de bombardeos atómicos. Y tanto más, porque precisamente una parte de los bombarderos americanos que operan a partir de las bases de España están dotados de armas atómicas...

Los hechos de Oriente Medio han contribuido a resaltar el carácter antinacional de los convenios firmados en 1953 con EE.UU. Han vigorizado las corrientes que se oponen a la existencia en España de bases americanas. Franco, su gobierno y la prensa sometida a sus directivas, han acusado el impacto de esta oposición, y pretenden frenarla con el argumento de que en las presentes circunstancias mundiales el neutralismo es imposible. Argumento desmentido por la realidad precisamente en este período en que la eficacia internacional del neutralismo se afirma con pruebas cada día más palpables.

A la vista de acontecimientos recientes, como la Asamblea extraordinaria de la ONU y los éxitos obtenidos por los países árabes, gracias a su política de neutralidad, y gracias al apoyo que en función de esa política han recibido del potente campo del socialismo, la idea de que el neutralismo es una política llena de perspectivas, y muy rentable en diversos órdenes,

concretamente para un país como el nuestro, se afianza y extiende en amplios sectores de la sociedad española.

La propia evolución de la situación internacional, la crisis que sacude todo el sistema de la política imperialista dirigida por EE.UU., exige con apremio, y a la vez facilita, el que España cambie el rumbo de su política exterior en un sentido neutralista.

El artículo de A.M.A. está todo él orientado hacia el pasado. Está centrado en defender la política franquista, la política que su autor realizó en el gobierno bajo la dirección de Franco. Mas las fuerzas católicas, para desempeñar un papel en la futura política española, no tendrán más remedio que abordar los problemas de la política exterior desde otro ángulo : un ángulo en el que se dé cabida a los intereses nacionales y a las realidades internacionales de la segunda mitad del siglo XX.

(10-IX-1958.)

J. D.

DOS DIRECCIONES EN LA GENÉTICA CONTEMPORANEA

por José Bonifaci

Existen hoy dos direcciones o tendencias en genética : la mitchuriniana y la méndelo-morganiana, las cuales han sido presentadas como opuestas por no pocos científicos y filósofos.

Partidarios de la una y de la otra se han combatido encarnizadamente, pretendiendo unos y otros poseer la verdad, toda la verdad, en esta rama tan importante de la biología. Tal conducta es, evidentemente, tanto más insólita cuanto que es frecuente en las ciencias el enfocar la solución de los problemas partiendo de concepciones y de hipótesis de trabajo diferentes ; actitud ésta perfectamente correcta.

Lo que no está permitido a ningún investigador científico es falsear la experimentación o dejar de observar la más rigurosa objetividad en la interpretación de los hechos experimentales. Cuando los resultados de la experimentación contradicen la hipótesis de trabajo, ésta debe ser modificada o desechada. Obstinarse, pues en mantener una hipótesis cuando la experimentación no la ha confirmado, es extraño a la ciencia. Rechazar de plano una hipótesis porque en ella se han demostrado aspectos falsos sin detenerse a comprobar y a valorar lo que la hipótesis puede contener de verdadero, es también una actitud anticientífica, porque es muy raro que, cuando en la ciencia concurren tendencias diferentes, la verdad esté totalmente de un lado y que en el otro todo sea falso.

Es natural que la ciencia, en su desarrollo, descubra verdades científicas y nuevas técnicas que entren en conflicto con concepciones idealistas y con técnicas más elementales ; que haya lucha entre ellas ; que las viejas se resistan a desaparecer y que, al fin, las nuevas se impongan. Si los defensores de lo nuevo y los depositarios de lo viejo están libres de influencias extrañas, si se mantienen al margen de intereses particulares, las contradicciones entre lo viejo y lo nuevo son superadas fácilmente ; de lo viejo queda lo que es verdad y más útil y se elimina lo malo. Con la nueva aportación, la ciencia avanza. Si, por el contrario, las posiciones científicas y las conductas están influidas por intereses partidistas, extraños a la ciencia, la lucha de tendencias se eterniza, se encona, y el progreso se detiene.

En las ciencias naturales, particularmente en alguna de sus ramas, las tendencias diferentes — sin que pueda decirse que son hijas de la lucha ideológica de las clases — están, casi siempre, influenciadas por ella.

El materialismo dialéctico y el materialismo histórico, de un lado, y el idealismo, del otro, tienen concepciones diferentes, opuestas, del mundo y de la sociedad. Los descubrimientos científicos en las ciencias naturales, es

lógico que refuercen una concepción ideológica en detrimento de la otra. Los paladines de la ideología que se considera perjudicada acostumbran a extremar sus esfuerzos en negar la verdad científica adversa a sus intereses, a influir sobre el comportamiento científico de los defensores de la teoría refutada. Puede suceder, también, que quienes han descubierto una verdad nueva sean objeto de la presión de factores negativos del medio social y que, en virtud de dicha influencia, se desvíen en lo sucesivo de la justa línea de la investigación. Sucede, a veces, que a una verdad científica que corresponde a una parte solamente del todo, se la quiera dar valor universal, aplicándola a otras partes del todo que obedecen a otros principios y leyes ignorados aún. Tal conducta suele ser producto de influencias extracientíficas.

El naturalista, con concepciones del mundo materialistas o idealistas, por principio, en su trabajo científico, va en busca de la verdad siguiendo el camino marcado por la ciencia. Es posible que emprenda el trabajo con el deseo de que la investigación científica confirme o, al menos, no contradiga su concepción ideológica. Con esta actitud, peligrosa siempre para la ciencia, suele suceder que, si la concepción ideológica es falsa, la investigación sufrirá una influencia desfavorable, sin que ello quiera significar que todo el fruto del trabajo sea falso. Si el científico está armado de una concepción ideológica justa, concorde con la ciencia, tiene muchas probabilidades de que la influencia sobre su trabajo sea positiva, la solución del problema más fácil y la verdad más asequible.

La ciencia no conoce dogmas, nace y se desarrolla contrastando todas las abstracciones conceptuales en la investigación práctica, siguiendo los cauces de la disciplina científica más rigurosa.

Toda concepción idealista se basa en dogmas o tiende al dogmatismo, fija a la exploración campos vedados, hace correr el riesgo al científico de atribuir a lo incognoscible incógnitas que la ciencia no ha podido aclarar aun.

Las concepciones materialistas se basan en la observación de la naturaleza y sus fenómenos en su enfoque dialéctico y en su interpretación material. Son poco propensas al dogmatismo; sin embargo, no es raro observar desviaciones exclusivistas y sectarias.

Tales actitudes conducen a idealistas y materialistas a falsear la verdad científica, a negar la verdad en el campo contrario. Todo ello lleva a pensar que ningún investigador científico está inmunizado en su trabajo contra las influencias extrañas.

Este fenómeno, conocido y padecido por la ciencia desde que comenzó la experimentación, llevó a los sabios a determinar las normas que se deben observar en el trabajo científico. Dichas normas son conocidas de todos los investigadores que procuran observarlas. Unos más que otros sufren influencias que dañan o inutilizan su labor.

Lo ideal sería, pues, que en la investigación científica, el trabajo se llevase siempre con rigor, escrupulosidad y objetividad, excluyendo todo subjetivismo; pero las cosas son como son y no como desearíamos que fuesen.

El subjetivismo es una de las plagas que más entorpecen el progreso de la ciencia. Otra, no menos peligrosa, es el egoísmo personal y de clase. En las sociedades de clases antagónicas, se observa que investigadores científicos con una historia brillante, por sus aportaciones al tesoro cultural de la humanidad, que gozan de gran prestigio, en un momento dado de su vida dedican sus conocimientos y su prestigio a frenar, desorientar y embrollar la investigación científica, con el fin de servir mejor los intereses de una clase explotadora, a la cual han ascendido y con la que se han identificado. Cuanto más aguda es la lucha de clases, tanto más procura

contar la clase de los explotadores con el mayor número posible de esos renegados de la ciencia.



Si, como acabamos de decir, en la investigación científica la lucha de tendencias y de opiniones son hechos normales, la ciencia exige que las diferencias se vayan resolviendo, mediante la búsqueda paciente y tenaz de la verdad. Esta conducta es la que se sigue, como norma general, en muchas ramas de la ciencia. Sin embargo, en la ciencia que nos ocupa en la genética, la oposición de tendencias es aún — si bien en mucho menor grado ya — tan rabiosa, tan intransigente, tan exclusivista, que exige de todos un gran esfuerzo para poner las cosas en su lugar, restablecer los cauces normales de la investigación, respetar las opiniones contrarias, combatir las tesis que se consideren falsas con la demostración experimental.

La lucha entre las dos tendencias llegó a un grado tal de encono, que los unos, los mitchurinianos, decían que la teoría de Mendel-Morgan de los « genes » era científicamente falsa, que era una concepción idealista del desarrollo al servicio de la ideología reaccionaria de la burguesía imperialista. Los méndelo-morganistas decían, en cambio, que la teoría de Mitchurin no tenía nada de científica ni merecía ser tomada en serio.

¿ Como han sido posibles actitudes tan virulentas, tan anticientíficas ? ¿ Acaso la una o la otra, o las dos a la vez, no han aportado nada a la ciencia ? Nada de eso : una y otra cuentan con verdades demostradas que forman parte integrante de la genética. ¿ Qué ocurre, pues ? Que los genéticos más belicosos de las dos tendencias son más o menos prisioneros de las influencias del medio económico, social y político en que viven y trabajan. Veamos las cosas con calma.

Las críticas que se hacen hoy — algo más calmados los ánimos ya — las dos tendencias pueden — grosso modo — resumirse en lo siguiente :

De la teoría cromosómica, los mitchurinianos no aceptan que los « genes » sean presentados como corpúsculos o partículas de una materia especial, portadora de la herencia, que tiene propiedades absolutamente diferentes de las de toda la materia viva restante. Niegan que exista ninguna substancia, radicada en tales o cuales células, portadora específica de los caracteres hereditarios.

Para los mitchurinianos, el ser vivo forma una unidad indisoluble con el medio en el cual vive y se multiplica. Para vivir, tiene que adaptarse a las condiciones del medio ; la adaptabilidad de cada ser vivo está determinada por unas fronteras biológicas ; estas fronteras se desplazan en diversas direcciones según sea la influencia del medio exterior. El ser vivo sustenta su ciclo vital con el metabolismo, gracias al cual obtiene del medio exterior aquellos productos que le son necesarios para la estructuración de su organismo, transformándolos en productos con caracteres específicos. En este fenómeno se encierra el contenido fundamental de la herencia. Gracias al metabolismo, el organismo va estructurando sus partes y su todo en consonancia con las exigencias del medio exterior.

Los méndelo-morganistas no admiten la aparición de carácter alguno que no sea conducido por un « gene », « cromosoma » o « locus ». Según esta concepción, todo el proceso filogenético del mundo viviente es el mismo desde que aparecieron en la Tierra las formas más elementales y primarias de la vida hasta el hombre ; los caracteres de las 400.000 especies vegetales y de las 600.000 especies animales, más las especies desapare-

cidas, debían contenerse, en potencia, en los « genes » de la célula primitiva.

En oposición a esta teoría, los mitchurinianos afirman que los caracteres adquiridos por el organismo como resultado de la influencia de las condiciones de vida son transmisibles.

Los partidarios de la teoría cromosómica afirman que las células germinativas de los hijos proceden, *directamente*, de las células germinativas de los padres. De acuerdo con esta concepción, los cambios adquiridos no pueden ser transmitidos, por cuanto la célula germinativa que los debe transmitir tiene su origen directo en la célula germinativa de la generación anterior.

Contra esta concepción, los mitchurinianos consideran que las células germinativas, al igual de todas las demás células de los organismos vivos, son producto del desarrollo del organismo y no producto directo de la célula germinativa progenitora; afirman, también, que los cambios hereditarios se operan, únicamente, a través de los cambios en el organismo. Bajo la influencia de las condiciones de vida — dicen — se operan cambios en los organismos y estos cambios se producen también en forma adecuada en las células germinativas, que son los gérmenes potenciales de nuevos organismos. Los cambios en el ser vivo se basan en los cambios metabólicos, en el tipo específico de asimilación-desasimilación. En consecuencia, los cambios operados serán transmisibles en la medida que se hayan plasmado en la célula germinativa. Los morganistas aseguran que las mutaciones son casuales; los mitchurinianos dicen que este criterio sitúa los fenómenos hereditarios en el terreno de lo incognoscible y consideran que las mutaciones son dirigibles, que hay una dependencia entre los cambios hereditarios cualitativos y los factores cualitativos que actúan sobre el organismo.

Los materialistas critican las posiciones antidarvinistas de unos cuantos partidarios de la teoría cromosómica. Critican a Morgan cuando niega el papel creador de la selección natural en la evolución; critican a Goldschmidt cuando afirma que las nuevas especies se forman, no como resultado de la acumulación de cambios favorables en el curso de la selección natural sino mediante saltos bruscos, de especie a especie, por un proceso ajeno a la selección natural.

Critican, finalmente, a los que afirman que las cualidades físicas y psíquicas de las personas, su conducta, su posición social y política dependen directamente de los caracteres hereditarios y pretenden con ello mejorar la raza humana mediante la selección y el cruzamiento de las células germinativas portadoras de los cromosomas más distinguidos. A los que intentan justificar científicamente la desigualdad económica, política, social y cultural de la sociedad capitalista, basándola en la existencia de genotipos inmutables.



¿Qué es lo nuevo aportado a la teoría cromosómica por la investigación científica de los últimos años?

No siendo este lugar apropiado para hacer una exposición metódica de los experimentos realizados, los resultados alcanzados se pueden resumir así: El « gene », en tanto que cuerpo físico estricto y concreto, no existe. Hoy sólo se puede hablar con propiedad de diferencias funcionales de las diversas partes del cromosoma.

Se ha demostrado experimentalmente que, además de los cromosomas del núcleo, en la herencia juegan también su papel elementos citoplasmáticos, los cuales, lo mismo que los cromosomas, están integrados por nucleoprotéicos que tienen continuidad genética también y que, en consecuencia, forman parte del sistema genético de la célula.

Estos hechos demostrados han liberado a la teoría cromosómica — en lo fundamental — de la concepción estrecha y unilateral según la cual la substancia específica hereditaria radicaba, exclusivamente, en los cromosomas.

Los descubrimientos aludidos rompen los marcos morfológicos en que se apoyaba la teoría; permiten que se enraice, cada vez más, en principios bioquímico-fisiológicos. Esta orientación o concepción bioquímica, orientación fundamental de la experimentación actual, se va acercando cada vez más a ligar el fenómeno de la herencia al proceso vital fundamental, al metabolismo basal. Sobre el mecanismo de las mutaciones se va llegando, progresivamente, a concepciones nuevas, según las cuales el agente mutativo que determina cambios hereditarios en la célula actúa a través de cambios operados en sus procesos fisiológicos, en su metabolismo. Esta nueva orientación de destacados especialistas de la teoría cromosómica sitúa el problema, ante el caso concreto de las vías de aparición de los cambios hereditarios, en los diferentes segmentos de los cromosomas. La importancia de esta concepción consiste en que no niega las posibilidades de cambios hereditarios dirigidos. Esta interpretación es tanto más verosímil cuanto que algunos partidarios de la teoría cromosómica han conseguido cambios dirigidos operando con microorganismos.

Queda aún por resolver la cuestión de la posibilidad y del mecanismo de la transmisión de los caracteres adquiridos. En su enfoque, la teoría cromosómica se mantiene en sus viejas posiciones. El ejemplo que acabamos de citar sobre la transmisión hereditaria de caracteres adquiridos en microorganismos, es ya un factor que hay que tener en cuenta. En los cuerpos pluricelulares la transmisión hereditaria de los caracteres adquiridos puede producirse cuando los cambios en el cuerpo hayan determinado cambios adecuados en las células germinales, los que, a través de ella, pueden transmitirse hereditariamente. Esta concepción no es aceptada por los partidarios de la teoría cromosómica.

Aunque la moderna teoría cromosómica no conoce el mecanismo de la transmisión hereditaria de los caracteres adquiridos, sus tesis fundamentales no excluyen, en principio, la posibilidad de descubrirlos. El obstáculo principal con que tropieza la teoría es la vieja aportación de Weisman sobre la continuidad del plasma germinativo; teoría que, además de un obstáculo, es, dado el nivel de los conocimientos, un anacronismo. Efectivamente: con los adelantos realizados en bioquímica celular, nadie puede tomar en serio la afirmación de que el germen de las células reproductoras es una especie de materia hereditaria específica e inmortal, independiente del soma que es mortal; de que ninguna de las variaciones del soma puede influir sobre el germen. Si la teoría idealista de Weisman no ha sido aun abandonada por completo se debe a que, si bien en el campo de la genética clásica se están produciendo cambios substanciales, los resultados obtenidos en la investigación, en su mayoría, no son aún verdades científicas demostradas. Un destacado genético clásico de la tendencia fisiólogo-bioquímico, Godschmidt, dice: « La base de la evolución está en el mismo organismo » pero no se decide a ir más allá.

Otro problema insoluble para los mendel-morganistas clásicos es la interpretación del desarrollo del individuo a partir del huevo fecundado.

La embriología experimental ha demostrado que, en los primeros estadios del desarrollo ontogénico, todas las células son equipotenciales, capaces por igual de dar nacimiento a cualquier órgano o tejido.

La microbiología experimental de los últimos años ha demostrado que las leyes que presiden la herencia de los microorganismos son, poco más o menos, las mismas que rigen la herencia de los organismos superiores. Los experimentos llevados a cabo con los antibióticos, el hecho de que bacterias sensibles a un antibiótico se hagan resistentes al mismo, y el hecho, más particular aún, de que ciertas bacterias lleguen en su proceso de adaptación al medio a necesitar del antibiótico, que en un principio les impedía desarrollarse, para poder vivir en óptimas condiciones; la acción transformadora de las bacterias que tienen los ácidos nucleínicos; la adaptación encimática de las bacterias, etc. están en radical contradicción con la continuidad del plasma germinativo, mientras que concuerdan con el metabolismo específico y con la influencia del medio sobre la adquisición y la transmisión de los caracteres adquiridos.

El concepto que se tiene actualmente del papel de los núcleo-protéticos celulares en los fenómenos de la herencia, particularmente los de los ácidos ribonucleínicos (ARN) y desoxiribonucleínicos (ADN); la demostración de que todas las partes de la célula, capaces de autorreproducirse, están constituidas por núcleo-protéticos, entre los que hay, siempre, el ARN o el ADN, o los dos a la vez; el hecho comprobado de que, introduciendo en el cultivo de un microorganismo, genotipo, el ADN de otro cultivo de un genotipo diferente, se pueden conseguir cambios hereditarios dirigidos en el genotipo receptor, que son el resultado de la «información» hereditaria transmitida por el ADN de genotipo donador; el hecho comprobado de que, mediante esta técnica, se pueden conseguir cambios de diferentes caracteres, que son dependientes de la calidad del ADN que se emplee como agente transformador; el hecho de que la penetración en el célula bacteriana del ADN del bacteriófago provoca en la bacteria la síntesis de proteínas específicas con propiedades fagocitarias, lo que prueba que un determinado ADN hace posible la síntesis de una molécula específica de albúmina, son hechos que tienen una gran fuerza demostrativa.

La comprobación de estos y de otros hechos constituye un gran progreso de la biología contemporánea, porque da una orientación más racional y profunda a los investigadores de las bases materiales de la herencia; son puntos de partida para el descubrimiento de hechos más trascendentales. Es muy positivo comprobar que la genética experimental ha evolucionado tan rápidamente que ya no queda casi nada de sus postulados iniciales, aproximándose cada día más a las tesis mitchurinianas.

Pero también es doloroso observar que en el campo del mendelismo-organismo quedan aún algunos, no sólo testarudos partidarios del weismannismo, sino que incluso desarchivan tesis fideístas arrinconadas hace tiempo.

★

En el campo de la tendencia mitchuriniana se ha progresado bastante en la liquidación del sectarismo y del exclusivismo al enfocar y criticar las orientaciones y los trabajos de la nueva escuela cromosómica; se ha enriquecido su trabajo práctico llevado en gran escala en el inmenso territorio de la U.R.S.S., con los estudios de laboratorio cada día más amplios y polifacéticos. En la escuela mitchuriniana se discute profusamente, obstinadamente, con pasión a veces, defendiendo tesis o hipótesis diferentes.

La escuela mitchuriniana se basa en la concepción que del mundo tiene el materialismo dialéctico. Fuertes y seguros de esta concepción del

mundo, se inspiran en ella, construyen sus hipótesis de trabajo y buscan su confirmación aplicándolas a la producción en las condiciones de una agricultura dirigida y organizada científicamente. No se han preocupado bastante de estudiar — aprovechando las posibilidades que les brinda la ciencia, la técnica y la sociedad socialista — los cambios en la estructura celular y los procesos que juegan un papel determinado en la transmisión hereditaria.

Investigando los resultados finales, conseguidos cultivando el organismo en diferentes condiciones de vida y de alimentación, estudiando las reacciones del organismo y los procesos aislados que en él se producen, la genética mitchuriniana ve en ello la esencia de la herencia, y en consecuencia se preocupa de provocar cambios dirigidos, sometiendo al organismo en desarrollo a determinadas condiciones de vida.

Las discrepancias existentes entre los mitchurinianos se fundamentan en las diferencias de interpretación de los resultados obtenidos en la práctica. No tienen carácter ideológico, entre idealismo y materialismo; no discuten la influencia ni el papel del medio en la transformación de las especies. Todos están de acuerdo en unos principios básicos comunes, tales como : que la herencia no tiene como base una materia especial, responsable de las actividades vitales hasta sus últimas manifestaciones; que la evolución no es debida, exclusivamente, al juego de factores intrínsecos, encerrados en la célula; no niegan el papel de los cromosomas ni el de los ácidos nucleínicos, pero consideran que sus estructuras y su papel están determinados por el metabolismo, en el sentido más amplio; que el medio biológico, en general, es un factor decisivo en la evolución. No piensan que cualquier influencia del medio pueda ser transmitida, pues saben, y no lo olvidan, que los organismos — incluso los más elementales — se caracterizan por la especificidad de sus constituyentes bioquímicos y de su metabolismo. No creen tampoco que cualquier modificación en el organismo pueda transmitirse hereditariamente, pues consideran que la herencia es el resultado de un proceso histórico de evolución, adaptación y selección.

Los mitchurinianos no se oponen — como afirman muchos de sus detractores — a los trabajos de laboratorio, ni a investigar los más íntimos procesos intracelulares; están convencidos de que es necesario dedicarles mucha atención, pero continuando en gran escala las experiencias prácticas actuales. Los resultados así obtenidos poseen no menor valor científico que los experimentos con los guisantes y con la mosca del vinagre; pero tienen, además, una enorme importancia práctica para la sociedad. Las experiencias prácticas, en gran escala, planificadas, científicamente conducidas y controladas, constituyen una cantera de material científico semielaborado que ha de contribuir al progreso científico.



Al estudiar — como hemos pretendido hacerlo — los rasgos generales que separan las dos tendencias actuales en genética, se ve que ni la una ni la otra son frutos exóticos en el campo de las ciencias biológicas, que no son cuerpos extraños a la biología, impuestos por concepciones idealistas o materialistas, sino que tienen su origen en inquietudes científicas. Las dos persiguen un fin científico, partiendo de concepciones diferentes.

Los resultados obtenidos por las dos tendencias hasta hoy, en sus líneas generales, coinciden muchas veces. Estas coincidencias deben estimular a unos y otros a encontrar la razón científica del porqué de las mismas; las discrepancias deben impulsar a todos a multiplicar los expe-

rimentos, a extremar la rigurosidad técnica, a observar la máxima objetividad en la interpretación.

La supervivencia del fideísmo en la ciencia y de la vieja teoría de Weisman de la continuidad del plasma germinativo son grandes obstáculos a la reconciliación de las tendencias; sin embargo, las grandes adquisiciones en los dominios de la biología y de la bioquímica celular atraen, diariamente, nuevos investigadores a las concepciones materialistas en la interpretación de sus trabajos.

A través de la experimentación, la genética empírica se va acercando a una concepción dialéctica cada vez más coherente. La fuerza, la presión de los hechos experimentales, llevará al abandono de concepciones rígidas y polarizaciones, ayudará a encontrar, entre la tesis y la antítesis, la síntesis verdadera.

RICARDO PASEYRO, ANTE PABLO NERUDA

por Félix Durán

Quien trate de estudiar hasta dónde alcanza la «capacidad creadora» del régimen de Franco, deberá prestar atención a un fenómeno que viene produciéndose en la letra impresa de la vida española de este tiempo. Por medio de la edición de libros, o por la publicación de artículos en revistas y diarios, el régimen franquista ha dado origen a la aparición de una interesante y paradójica modalidad: la del anónimo con la firma al pie.

Que el empleo de anónimos revela vileza y cobardía es algo que se acepta, generalmente, sin reparar en que el anónimo elogioso, o el que acompaña, por ejemplo, a un donativo, reflejan un espíritu generoso que de antemano renuncia a todo posible agradecimiento. El anónimo, por lo tanto, sólo es condenable cuando su autor se ampara en él para lograr la impunidad. Pero existen circunstancias en que la impunidad está previamente garantizada, y éste es el caso de ciertos escritores en España: si el régimen les garantiza la impunidad, ¿por qué estos escritores no han de arremeter, «gallardamente», contra todo aquello que no resulte grato al pensamiento oficial? Esta impunidad franquista es la que hace posible el anónimo firmado.

Uno de los mejores ejemplos de la especie lo da un uruguayo que ha venido a poner en España su anónimo con firma al pie. (Salvemos la dignidad del Uruguay: es sabido que sujetos de esta calaña pueden nacer en cualquier país). El uruguayo en cuestión se llama Ricardo Paseyro.

Al amparo de la impunidad franquista, Paseyro ha escrito el anti-Neruda que hemos visto publicado en «Índice», de Madrid. Sus motivos habrá tenido Ricardo Paseyro al abandonar el desempeño, cerca de Pablo Neruda, de unas funciones mixtas de secretario, chófer y lustrador de calzado — funciones dignísimas las tres — para convertirse ahora en una especie de juez cuya parcial hostilidad resulta más que sospechosa. Porque es el caso que Ricardo Paseyro ha venido a impugnar, a su manera, la obra del «último» Neruda, en una revista española, cuando esa obra, como antes dijimos, es considerada subversiva por la dictadura franquista. Sus disquisiciones fueron acogidas con verdadero clamor editorial por el director de «Índice», y seguidas después, en el número de la misma revista correspondiente a febrero de 1958, por una transcripción del juicio

sobre Neruda que Juan Ramón Jiménez incluye en su libro « Españoles de tres mundos », con lo cual se intentó dar a los lectores de « Índice » la sensación de que J.R.J. corroboraba las arbitrarias afirmaciones de Paseyro, cuando, en realidad, se trata de dos facetas poéticas de Neruda, completamente distintas. « Españoles de tres mundos » fue publicado en 1943, pero su contenido había visto ya la luz en los cuadernos de hojas sueltas « Unidad », « Sucesión » y « Presente », cuya aparición comienza en 1926, es decir, veintiocho años antes que « Las Uvas y el Viento » y « Odas elementales », libros de Neruda a los que Paseyro dedica la mayor parte de sus iras.

Hemos de reconocer que en el número de « Índice », correspondiente al mes de mayo de 1958, se publica una defensa de Neruda, firmada por Luis López Álvarez. Esto parece desvirtuar la teoría de la impunidad antes formulada, pero, más que desvirtuarla, la confirma :

Y conste que, aunque (el autor) tome la pluma a manera de lanza, ni es admirador de Neruda... Tal vez no esté de más añadir que, políticamente, el autor de estas líneas no se halla en la acera de Neruda, ni se encierra en casa, ni circula por la calle, sino que permanece de pie en la acera de enfrente a la elegida por Neftalí Reyes...

Los poetas no comunistas — como el que esto escribe — lamentan que Neruda milite en el comunismo...

¿Por qué, en la defensa de un poeta, hay que apresurarse a declarar que no se le admira ni se comparten sus opiniones políticas? Luis López Álvarez, en justa y muy legítima defensa, pone la venda antes de la herida, porque sabe muy bien que « tal vez no esté de más añadir que, políticamente, » etc., etc., etc.

El « trabajo » de Ricardo Paseyro ha sido reproducido, en gran parte, en el número 28 de los « Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura », correspondiente a enero-febrero de 1958, publicación que después, en su número 30, de mayo-junio, inserta una réplica del señor Torres Riosco, con una contrarréplica del propio Paseyro, arropado, una vez más, por el texto de Juan Ramón Jiménez, con lo cual los « Cuadernos » no hacen más que repetir, miméticamente, la maniobra que antes había practicado el director de « Índice ».

Ricardo Paseyro arremete contra dos libros de Neruda « Las Uvas y el Viento » y « Odas elementales » — y contra « Los versos del Capitán », libro anónimo que, en efecto, suele atribuirse a Neruda.

Si Paseyro hubiera destruido la obra del « último » Neruda y nosotros tuviéramos que rehabilitarla mostrando todos sus valores, nos veríamos obligados a un estudio cuya extensión rebasaría la capacidad de una revista. (Atendiendo sólo a una faceta nerudiana de menor importancia poética, Amado Alonso escribió un libro de 328 páginas : « Poesía y estilo de Neruda ».) Pero ¿nos encontramos, realmente, en esa necesidad? Basta el hecho de que cualquier orate se lance a opinar, estúpidamente, contra la obra de un poeta, para que sea necesario demostrar las excelencias de la obra atacada? Creemos que no. En buena lógica, bastará demostrar la condición de orate en el sedicente crítico, para que su « crítica » quede desvirtuada y sin efecto.

El diccionario de la Real Academia Española — texto que Paseyro gusta de consultar a veces, pero sólo a veces, según demostraremos — en su tercera acepción del término « orate » registra el siguiente significado : « Persona de poco juicio, moderación y prudencia ».

Demostraremos, pues, que Paseyro anda muy mal de juicio, de moderación y de prudencia según se desprende de sus « andares » en estas

cuestiones anti-Neruda, y para ello discutiremos sólo cuestiones concretas, objetivas, en las que sea posible remitir sus afirmaciones y las nuestras al contraste de unas normas de general aceptación.

Transcribimos del anti-Neruda de Paseyro :

(Parentesis muy necesario : Neruda piensa, cursivamente, que basta el adjetivo « pequeño » — que emplea además de manera incorrecta — para conferir emoción o ternura, lo cual prueba que no la siente, y esparce a troche y moche, « pequeño corazón », « pequeños pies », « pequeña boca », « pequeño sobre », « pequeños dioses harapientos », « pequeños hombres », etc.)

En el número 4 de « Primer acto » (Madrid, octubre 1957), se publica, traducida al español, « La bella del bosque », poética comedia de Jules Supervielle. Y, en esta traducción, el lector encontrará :

« una pobre pequeña cosa », « pobre pequeña prisionera », « su pequeña vida de voz », « pequeña taza », « pequeños peces plateados », « siete pequeñas mujercitas »...

Evidentemente, Neruda se equivoca. Para conferir emoción o ternura, no basta el adjetivo « pequeño ». Se necesita, además, la mano privilegiada y milagrosa del traductor de la comedia de Supervielle. Este traductor es Ricardo Paseyro.



En el postscriptum que figura en la pág. 48 del número 28 de « Cuadernos », Paseyro escribe y transcribe :

Neruda exalta la ignorancia : « El poeta debe ignorar todo lo que se ha escrito antes de él, debe ignorar las bibliotecas, actuar como si nada hubiese sido dicho » (!!). El nivel mental que esto revela no necesita comentarios...

Pero debe de necesitarlos, porque en la pág. 58 del número 30 de « Cuadernos », volviendo a este mismo tema, Paseyro comenta :

Así que olvidarlo todo, ignorarlo todo... La buena teoría nerudiana no explica por qué los mejores poetas han sido siempre, infaliblemente, los más cultos, los menos ignorantes...

Es verdad que la buena teoría nerudiana no lo explica. Por eso, nosotros hemos buscado la posible explicación en otros escritores, en otros poetas, y nos vemos obligados a confesar que lo único que hemos encontrado ha sido un bonito « Auto-retrato » de diez versos, en tres de los cuales un sedicente poeta asegura :

Quiero ganar la muerte con mi muerte,
desfallecer en una larga noche,
no saber, no sentir, no andar conmigo...

Quien esto ha escrito es Ricardo Paseyro. Él se asombra ante las afirmaciones de Neruda, que, de un nivel mental que no necesita comentarios, se levantan hasta las más altas cimas del milagro poético, gracias a que el mágico Ricardo las ha « proferido » muy líricamente, y vestidas las dejó de su hermosura...

(Para información del lector, aclararemos que el « Auto-retrato » de referencia figura en la pág. 67 de « El costado del fuego », ediciones Índice, Madrid, 1957. Y, según nota que aparece al final, este libro de Ricardo Paseyro lo editó « Índice », al cuidado de Gumersindo Montes Agudo, falangista famoso, autor de la no menos famosa « Historia de la Falange ».)



En el anti-Neruda de Paseyro, encontramos una nota que dice :

Me precio de objetividad en la elección de los libros y de los ejemplos (que transcribo incluso con sus numerosas faltas de español). Cada una de estas tres obras, curiosamente compartimentadas para uso de diversos públicos, etc.

Entre las numerosas faltas de español que « comete » Neruda, suponemos que no habrá de contarse ese « compartimentadas », vocablo cuya exquisita belleza abona la exquisita sensibilidad del autor de « El Costado del fuego », a la par que revela su ignorancia del idioma, pues tal vocablo no existe en español, ni creemos que fuera necesario inventarlo, si se considera su más que dudosa eufonía.

Pues bien : las « numerosas faltas de español » se reducen, divertidamente, a una, y sólo una, transcrita así por el propio Paseyro :

Entonckes viene María con su cesto, escoge una alcachofa, no le (sic) teme, etc.

Pero Paseyro no está muy fuerte en cuestiones idiomáticas, y ese « sic » na podido guardarlo para mejor ocasión. Paseyro sabe — y no es poco — que « alcachofa » pertenece al género femenino, y supone que el pronombre que le corresponde es « la » y no « le ». Como quiera que « le » sólo puede emplearse indistintamente para los dos géneros, masculino y femenino, en el caso dativo — complemento indirecto — de los pronombres « él » y « ella » ; y como quiera que Paseyro da por seguro que ese « le » utilizado por Neruda no es dativo, sino acusativo — complemento directo — coloca su « sic ». Pero si tuviera un poco de moderación y prudencia — virtudes de que andan tan faltos los orates —, habría visto que la Academia, en la cuarta acepción del verbo « temer », incluye el significado « intr. sentir temor ». Y como Neruda es dueño de tomar las palabras en la acepción que más le guste, mientras no caiga en la incorrección que Paseyro ignorantemente, quiere atribuirle, puede decir que María no teme, es decir, « no siente temor » a la alcachofa, de donde resulta que « la alcachofa » está en dativo, y, por lo tanto, lo está también el pronombre que va en su lugar, pronombre que, consiguientemente, no sólo puede sino que debe adoptar la forma « le ». Por otra parte, es de primera enseñanza que sólo los verbos transitivos tienen complemento directo — acusativo. Y si Neruda emplea el verbo en su acepción intransitiva, el complemento directo con que Paseyro sueña no es más que eso : sueño.

Si Paseyro no sabe de estas cosas, ¿por qué habla de lo que no sabe ? ¿Por qué no deja de hacer el « enfant terrible » y se dedica a estudiar un poco ? ¿Por qué, en vez de mandar a la escuela, airadamente, a no sabemos qué crítico « isósceles y esdrújulo » (pág. 57 del número 30 de « Cuadernos »), no se decide a ir él, a ver si a fuerza de estudiar aprende algo ?



Escribe Paseyro :

...y así, ni en su mejor época pasó de « gran poeta malo », según dictamen lapidario de Juan Ramón Jiménez...

Este gran devoto de la palabra hace luego mangas y capirotos de las palabras — de las suyas y de las ajenas. Porque en la página 59 del número 30 de « Cuadernos », vemos que J.R.J. dice, exactamente :

Siempre tuve a Pablo Neruda... por un gran poeta, un gran mal poeta, un gran poeta de la desorganización; el poeta dotado que no acaba de comprender ni emplear sus dotes naturales.

No hay razón alguna que justifique por qué Paseyro escribe : « gran poeta malo », donde J.R.J. escribió « un gran mal poeta ». Mucho más fácil es transcribir fielmente, cuando de transcribir se trata. Pero luego veremos que la fidelidad es virtud que Paseyro no practica : él prefiere amañar, adulterar, falsear las citas, descaradamente y con ventaja de tahur. Y ya es tal su costumbre, que falsea incluso aquello de cuyo falseamiento no se le sigue ventaja alguna.

Así, en este caso. Lo que Paseyro transcribe de J.R.J. — y no nos referimos ya a la incorrección literal de la expresión mencionada — no es, realmente, una transcripción, sino la mutilación de un juicio.

Decir de alguien, simplemente, que es « un gran poeta malo » equivale a enunciar un juicio tan contradictorio en sí mismo, que, si algo revela, es la falta de juicio en quien así se expresa. Esto lo ignora Paseyro, porque ése es su oficio : el de ignorante. Pero no lo ignoraba J.R.J., quien, al escribirlo, sabía muy bien que estaba jugando con dos adjetivos que se contradecían, al ser aplicados simultáneamente, a un solo sustantivo, y por eso nos da, en seguida, la clave que hace comprensible el juego : « un gran poeta de la desorganización — añade — : el poeta dotado que no acaba de comprender ni emplear sus dotes naturales ». De donde se desprende que, para J.R.J., Neruda era, ya entonces, un gran poeta al que sólo faltaba « organizarse », « comprender y emplear sus dotes naturales » de gran poeta.

Paseyro nos dice que J.R.J. afirmó, en dictamen lapidario, que Neruda era un « gran poeta malo ». Y dicho así, sin las ulteriores explicaciones inmediatas de J.R.J., no es sólo una falsedad, sino una estúpida mutilación. ¿Y qué pretende Paseyro : que unas consideraciones tan elementales como las que nosotros acabamos de hacer a la vista de lo que él dice y de lo que dice J.R.J., no podrá hacerlas también cualquier lector de « Índice » y de « Cuadernos » ? ¿No están — Paseyro y los directores de esas revistas — haciéndose una autocritica demasiado justa, al creer que escriben para gentes de tan obtusas discurrideras que habrán de caer víctimas de su burda superchería ? Pero en esto, como en tantas otras cosas, Paseyro y sus cómplices se equivocan : los lectores de esas revistas — o, por lo menos, una gran mayoría de ellos — van sabiendo ya a qué atenerse.

Además, si recordamos que esto fué escrito hace unos 30 años, es decir, cuando Neruda era un adolescente y su obra poética estaba apenas iniciada, esos mismos lectores apreciarán qué clase de maniobras utilizan, para la difamación, Paseyro y los directores de « Índice » y « Cuadernos », que han pretendido hacer pasar el juicio de J.R.J., realmente condicionado hacia el futuro, como juicio definitivo y total acerca de la obra de un poeta que ahora — y no entonces — se halla en su plena madurez : los 54 años de Pablo Neruda.

No sabemos si, últimamente, J.R.J. opinó acerca de Neruda, ni, en caso afirmativo, cuál fué esa opinión (por otra parte, nunca inapelable). Pero ese juicio, si existe, será el que « Índice » y « Cuadernos » deben publicar, si su deseo es el de informar con honradez. Lo que han hecho es juego sucio, y mala, pésima, tendenciosa información.



Paseyro afirma :

A voz en cuello, la poesía de Neruda se publica hija y madre del realismo socialista, se ufana de su fin político, rezuma odio por quien no acate, entera, la línea del partido.

El orate vuelve a mentir, con todo descaro. Ni Neruda ni nadie que sepa un poco de qué se trata ha dicho, en ningún momento, que la poesía de Neruda sea la madre del realismo socialista, cuyos principios se encuentran en Marx y Engels.

Que es hija del realismo socialista y que se ufana de su fin político, es cierto, pero no acabamos de comprender por qué Paseyro y otros purísimos poetas se exasperan hasta lo inefable, ante este hecho que tiene en Virgilio un egregio precedente. ¿Por qué no se irritan, de igual modo, contra el « arma virumque cano » del poeta latino? ¿Por qué la poesía de Neruda, puesta a cantar a los hombres que sufren, a los hombres que, de su sufrimiento, hacen arma en la lucha por su redención y por su libertad, es — al decir de Paseyro — « promesa verbal y retórica de solidaridad », afiliada « al nivel mas bajo de los otros »? Tal vez las únicas armas que el poeta debe cantar sean enmohecidas armas de panoplia, y los únicos hombres dignos de ser cantados se llamen Eneas, o Aquiles, o Paris, o Agamenón. Los hombres que canta Neruda se llaman Cristóbal Carrión, Abraham Jesús Brito, Antonio Bernal, Margarita Naranjo, José Cruz Achachalla, Eufrosino Ramírez, Juan Figueras, el Maestro Huerta, Amador Cea, Bernilda Varela, Calero... nombres que, evidentemente, no cuentan con el « nihil obstat » de Paseyro. Pero ¿por qué Paseyro no trata de orientar a Neruda, indicándole cuáles son, exactamente, los hombres y las armas y las hazañas a cuyo canto él, Paseyro, concede el « imprimatur »?

Y Paseyro vuelve a mentir, cuando asegura que la poesía de Neruda « rezuma odio por quien no acate, entera, la línea del partido ». La poesía de Neruda no rezuma odio contra nadie. Por lo menos, no odia a Fray Bartolomé de las Casas, ni a Abraham Lincoln, ni a Sandino, ni a García Lorca, ni a Góngora, ni a Machado, ni a todos esos hombres y mujeres que acabamos de citar, que no saben lo que es el partido ni lo que es la línea, pero que saben, sí, lo que es el dolor y la tortura. Pero tampoco odia a González Videla, ni a Somoza, ni a Trujillo, ni a Franco... Lo que ocurre es que trata a los unos y a los otros « según sus merecimientos ». Y si enaltece a los primeros, y a los segundos no, acaso se deba, más que a odios de ninguna especie, a un profundo sentimiento de generosidad : Neruda deja el enaltecimiento de los Franco, los Trujillo, los Videla, los Somoza, etc., como tarea que corresponde a Paseyro, dulce poeta de páginas impares. (Páginas impares, no por su calidad, sino por su numeración. Los poemitas de « El costado del fuego » están escritos, todos ellos, en las páginas impares. Las páginas pares, es decir, las de la izquierda, no merecen más que el desprecio en blanco de Paseyro. ¿Puede haber alguien de tan a aviesa intención que,

de este simple detalle de profundísima originalidad, vaya a deducir que, incluso en sus recursos tipográficos, Paseyro es un poeta de derechas?)



Hemos afirmado que Paseyro es un orate, y creemos haber demostrado su poco juicio, su poca moderación y su poca prudencia, porque

1°. — Censura a Neruda por el uso del adjetivo « pequeño », tal vez porque lo considera exclusivo suyo — de Paseyro — a juzgar por todas las « pequeñeces » que dejamos reseñadas, y que él emplea en su traducción de « La bella del bosque », de su suegro Supervielle (a quien, dicho sea entre paréntesis, puede que le ocurra lo mismo que al Uruguay : que no es culpable).

2°. — Condena a Neruda por haber dicho que « el poeta debe ignorar todo lo que se ha escrito antes », pero él, en su « Auto-retrato », declara que « quiere... no saber », en absoluto.

3°. — Habla de numerosas faltas de español, y no señala más que una, que ni siquiera lo es. Es decir, habla de faltas de español, y lo único que en realidad demuestra es que de español no sabe nada. (Y añadimos que él, por su parte, escribe « compartimentadas », « desparpajosamente », « explicitaré », « le ruego indicarme », « tenerle confianza », « cuelga a sus pasos », « estoy un poco en retraso », « para justo dentro de un año », « ¿no soy más su amiga?, ¿están siempre allí esperándome? », « sorpresivas », etc.)

4°. — Llama a la palabra « la patria por excelencia del poeta », pero esto no le impide emplear palabras de tal eufonía como las que acabamos de citar, o cambiar, caprichosamente, lo que otros han escrito (hasta ahora hemos estudiado sólo el caso de J.R.J.; luego estudiaremos otros muchos más interesantes para el tema objeto de estas notas), con lo cual él, por sí solo, demuestra : en unos casos, y respecto a sus propias palabras, ignorancia y falta de sensibilidad para apreciar sus posibles valores estéticos (« compartimentadas » y « desparpajosamente » son muestras inequívocas), y, en otros, una total falta de respeto a las palabras ajenas.

5°. — Pretende, en complicidad con los directores de « Índice » y « Cuadernos », hacer pasar gato por liebre, al ofrecer un juicio de J.R.J. como coincidente con sus propios desatentados juicios (?), cuando la verdad es que J.R.J. escribió acerca de Neruda, hace unos 30 años, cuando la obra de Neruda que Paseyro ataca no había sido escrita ni podía ser adivinada.

6°. — Asegura que la poesía de Neruda se publica hija y madre — ¡terrible misterio, esta dualidad! — del realismo socialista. En cuanto a lo de madre, ni Neruda ni nadie que sepa lo que es el realismo socialista ha podido hacer semejante afirmación. Por eso la hace Paseyro : por ignorante y por « desparpajoso ».

7°. — Dice que la poesía de Neruda « rezuma odio por quien no acate, entera, la línea del partido », cuando lo que en realidad quiere decir es que sólo un odio sectario impide a Neruda cantar las altas e indudables glorias de Franco, de Trujillo, de Somoza, de Videla, etc.



Y ahora que ya tenemos el orate, vamos a demostrar que Paseyro es también un bellaco. Bellaco, sinónimo de pícaro. Pícaro : bafo, ruín, doloso, falto de honra y vergüenza. (Véase Diccionario.)

Para ello, mostraremos las adulteraciones y falseamientos a que somete la poesía de Neruda, con el fin de aplicar luego a esta poesía descuartizada unos pretendidos juicios críticos, cuya invalidez demostraremos también.

Paseyro entresaca de un poema de « Odas elementales » la expresión « Jueves, soy tu novio », para atacar, seguidamente, con estas divertidas « razones » :

(Dejemos aparte la trivialidad de la expresión, que no nos mueve estéticamente.) Ninguna probabilidad de verdad, y menos, de convicción ante los otros, en la relación que Neruda pretende establecer con el jueves. ¿Alguien podría representarse plásticamente, idealmente a Neruda (hombre), novio del jueves (masculino), amándole con amor de novio? *No puede ser ésa una relación factible. Nexo gratuito, pues, en absoluto irracional, insustantivo* ».

Pero no dejemos nosotros aparte la frase que hemos subrayado, porque, una vez más, Paseyro demuestra que no sabe español. Los términos « posible », « factible », « realizable », « cambiabile » y todos los de su estructura, significan « lo que puede ser », « lo que puede hacerse », « lo que puede realizarse », « lo que puede cambiarse », etc. ¿Por qué, entonces, no escribir, sencillamente, « esa relación no es factible », con lo cual se eliminaría ese « no puede ser » que ante el « factible » sobra? ¿En qué quedamos : la poesía es palabra exacta o no lo es? Y no se nos responda que, en este momento, Paseyro no « hace » poesía. Escuchémosle :

Soy de esos locos que quedan para quienes la poesía es sagrada — lo más sagrado, incluso, de esta vida —; soy de esos locos devotos de la alta poesía. Cuando hablo de poesía, y aún cuando no hablo de ella, me mueve la poesía...

Después de esto, ¿hay quien se atreva a sostener que Paseyro sólo es poeta a ratos?

Paseyro dice que el verso de Neruda no le mueve estéticamente. Tal vez sea ésta la única verdad de todo su anti-Neruda. Pero es una verdad que merece ser estudiada. Estudiémosla. La emoción estética es uno de los efectos que la obra de arte puede producir en una sensibilidad. Pero la sensibilidad de cada posible gozador de la obra de arte tiene, por decirlo así, un grado mayor o menor de permeabilidad, según los motivos, los temas o las formas expresivas ante las que va a situarse. Cuantan también los prejuicios con que el espectador se dispone a enfrentarse con la obra artística. Y son estos prejuicios, convertidos nada menos que en razones de « crítica objetiva », lo que nos interesa conocer en Paseyro, cuando Paseyro se encara con Neruda.

Según nos dice, el « nexa gratuito » se produce porque Neruda es hombre y el jueves es masculino. Y si el jueves fuese femenino ¿el nexa gratuito ya no se produciría? Nosotros creemos que también. El amor de novio a novia entre un hombre y una fecha — por muy femenina que la fecha sea — resulta siempre una « relación no factible ». Pero, ¿quiere decirnos Paseyro qué nexa lógico — de probabilidad de verdad, como él dice — encuentra en el breve poema de García Lorca, cuyo comienzo copiamos a continuación? :

Ay, qué trabajo me cuesta
quererte como te quiero !

Por tu amor me duele el aire,
el corazón
y el sombrero.

Es admisible que, por causa de un amor, duela el corazón, pues ya se sabe que el corazón es la viscera más indicada para esa clase de dolores aunque parece ser que los últimos descubrimientos prueban que esos dolores donde « pegan de verdad » es en el hígado. Pero ¿ y el aire? ¿ Y el sombrero? ¿ como pueden doler? Sentenciemos con Paseyro : relación no factible.

Con la original teoría de las relaciones factibles y los nexos gratuitos, Paseyro podría inutilizar una buena parte de la poesía universal. ¿ Por qué no lo hace?

Del poema de Neruda « Ahora canta el Danubio » (Las Uvas y el Viento), Paseyro transcribe estos retazos :

...« La dame Charmante »
divagaba en francés por los salones...
En su revista Sur (seguramente)
estudiaban a Lawrence, el espía,
a Heidegger o a « notre petit Drieu »...
¿ Qué haremos, chère Madame?
En otra parte haremos
una revista Sur de ganaderos...

Paseyro afirma que estos versos contienen « injurias de baja estofa » contra Victoria Ocampo ; pero, a fin de que la afirmación no se le derrumbe, tiene buen cuidado de no informar que este poema se refiere a Rumania, y no a la Argentina de Victoria Ocampo. Por otra parte, siempre en uso de su seráfica buena fe y de su correctísima objetividad, la cita se detiene en el momento exacto : si al transcribir a Neruda se le fuera la mano y copiara un solo verso más, descubriría la trama de su bellaquería, porque al verso en que habla de Heidegger y de « notre petit Drieu », sigue, en Neruda, inmediatamente, este otro :

Tout allait bien à Bucarest.

Bucarest no es Buenos Aires. Por eso, Paseyro silencia ese verso, como silencia luego cincuenta más, para seguir, inmediatamente, con

Qué haremos, chère Madame?
En otra parte haremos
una revista Sur de ganaderos...

Y se vuelve a callar. Una revista de ganaderos que se titule « Sur », puede resultar tan normal como una revista de modas que se titule « Vogue ». Lo que confiere ironía a esa revista « Sur » — ¿ o no hay poesía más que en la ternura, insigne Paseyro? — son los dos versos siguientes, silenciados por Paseyro, en los que Neruda califica a esos ganaderos como

profundamente preocupados
de la « métaphysique ».

Pero Paseyro cita como quiere, ignorando los versos que le conviene ignorar, sin el menor respeto a la unidad del poema, a pesar de que, a lo largo de su anti-Neruda, el bellaco inserta afirmaciones como éstas :

en un poema, las palabras son su contenido mismo...
 al modificar la forma del poema, se descabalaría su fondo...
 el poema está pensado así : bloque de mármol, allí queda...
 imposible tocar un acento sin destruir la idea poética...
 la necesidad de todas las palabras hace el contenido del poema,
 y deriva, a la vez, de él. La idea, estricta, ceñida, se clava inamovible,
 en su lugar, con palabras únicas...

¿Qué grado de bellaquería no se necesita para hacer estas afirmaciones, precisamente cuando, con una desvergüenza increíble, se están incumpliendo?

Porque acabamos de ver que Paseyro ofrece al lector la poesía de Neruda, previamente y canallescamente descabalada, y no sólo en « Ahora canta el Danubio », sino también en sus transcripciones de « Las uvas de Europa », de « Regresó la sirena », de « El Pastor perdido », de « Es ancho el nuevo mundo », de « Francia florida, vuelve! » etc., según el lector puede comprobar por sí mismo. Nosotros, por nuestra parte, ofrecemos nuevas muestras de la bellaquería de Paseyro, pero antes tomemos el libro de García Lorca, « Poeta en Nueva York ».

Título de dos poemas que lo componen : « Paisaje de la multitud que « orina ». (¿No percibe aquí Paseyro la « grosería inconmensurable » que condena en los poemas de « Los versos del Capitán »? ¿Por qué no arremete contra Lorca? ¿Tal vez porque el atacar a Neruda es más rentable?) Y del último de los dos poemas citados, transcribamos, a la manera de Paseyro, estos versos :

Todo está roto por la noche.
 abierta de piernas sobre las terrazas...
 ...y para que se quemen estas gentes que
 pueden orinar...

O bien, del mismo libro, citemos del poema « New-York : oficina y denuncia » :

Todos los días se matan en New-York
 cuatro millones de patos,
 cinco millones de cerdos,
 dos mil palomas para el gusto de los agonizantes,
 un millón de vacas,
 un millón de corderos
 y dos millones de gallos...
 Os escupo en la cara.
 La otra mitad me escucha
 devorando, orinando...

Acercas de los siete versos, primeros de los diez que acabamos de transcribir, ¿cree el tal Paseyro que « la enumeración amorfa se vuelve poesía »? (Le planteamos, con sus mismas palabras, la misma pregunta que él plantea a propósito de algunos poemas de Neruda. Y podemos preguntarle también : « ¿Toma a los otros por tontos, García Lorca, que «espera venderles por poesía una masa informe de vocablos? ». Donde Paseyro escribe « Neruda », nosotros hemos escrito « García Lorca ». La respuesta esperamos que la ponga él). Y eso de escupir en la cara, y orinar, ¿no es, de nuevo, una « grosería inconmensurable »?

Estas son las preguntas de Paseyro, a las que él, tratándose de García Lorca, no se atreverá a responder con el mismo tono « desparpajoso » con que responde cuando se trata de Neruda.

« Esa maldita vaca tiene las tetas llenas de leche. »

¿Es esto poesía? Que responda Paseyro, una vez más. Nosotros sólo diremos que es la transcripción exacta y fiel de un verso de García Lorca — del poema « La luna pudo detenerse al fin » — y creemos que para saber si es poesía o no, lo que habrá que hacer será leer el poema entero, o, por lo menos, ese verso juntamente con los que en el poema le son inmediatos.

Esto demuestra que Paseyro no critica, sino que descuartiza la poesía de Neruda, como nosotros hemos descuartizado, a título de prueba, la poesía de García Lorca. Y no arguya Paseyro que tales « éxitos » de descuartizamiento los conseguimos gracias a la intencionada elección previa de unos poemas determinados, pues, en definitiva, es lo mismo que él hace; también él ha elegido, libremente, los poemas de Neruda que luego descuartiza.

Con sus siniestros procedimientos, Paseyro podría destruir una gran parte de la poesía de todos los tiempos. ¿Por qué no lo hace? ¿Acaso porque semejante desaguizado no interesaría a « Índice » ni a « Cuadernos »? Porque ambas revistas han caído en complicidad con este « enfant terrible », orate y bellaco. Si no bastase el hecho, ya denunciado, de la publicación del juicio de J.R.J. ocultando la fecha en que fué escrito, citaremos ahora una prueba más de la bellaquería de uno y de la complicidad de los otros.

Paseyro transcribe a Neruda así :

En la ciudad maldita, hija del cocodrilo Truman, etc.

Y Neruda no ha escrito eso, sino esto :

Es la ciudad maldita, hija de la tortuga Truman
y del desenterrado cocodrilo hitleriano.

Otra vez « se equivoca » Paseyro. ¿Y por qué? ¿Tan difícil es transcribir correctamente? Es incomprensible la desfachatez de este sujeto que, en la famosa nota « compartimentada », tiene el cinismo de declarar :

Me precio de objetividad en la elección de los libros y de los ejemplos...

En cuanto a los ejemplos, habría mina inagotable. No los acecho con mala fe, etc...

¿Qué entiende por no acechar con mala fe este botarate? ¿Qué entiende por objetividad? Una mínima honradez exige que sean correctamente citados los versos que se van a impugnar. ¿Y por qué « Índice » y « Cuadernos » no han comprobado la autenticidad de las citas, antes de dar cabida en sus páginas al « trabajito » de Paseyro?

★

A este revuelto amasijo de arbitrariedades, inexactitudes y falseamientos quedan reducidos los « juicios respecto de Neruda », que Paseyro pretende fundamentar en tres proposiciones — breves y profundas, en su opinión — y que pertenecen, las dos primeras a Heidegger, y la tercera a Huidobro.

Y veamos ahora las dos proposiciones de Heidegger que Paseyro cita :

En el pensar, el Ser viene a lenguaje. El lenguaje es la casa del Ser. En esa vivienda habita el hombre. Los pensadores y los poetas son los guardianes de ese hogar : su guarda realiza la posibilidad de revelarse insita al Ser, en cuanto ellos traen y guardan en el lenguaje, gracias a su decir, la revelación del Ser.

...A causa de este olvido (el del Ser), la verdad del Ser queda sin pensar. El olvido del Ser se denuncia indirectamente en esto : ...no considerar sino el « estar » y no operar sino sobre él.

De estas citas heideggerianas, Paseyro se vale para decir, casi inmediatamente :

Experimentemos qué hace Neruda con las palabras, instrumentos de la revelación...

Y después, al final de su estudio (?) sobre Neruda, se apoya, de nuevo, en estas citas, para concluir :

(Neruda) jamás hace acceder el Ser al lenguaje ; sólo opera sobre el más ínfimo y bajo estar de las cosas.

Como todo el mundo sabe, menos Paseyro, « ínfimo » es el superlativo absoluto de « bajo », como « listísimo » es el de « listo ». También es sabido que el adverbio « más » se usa para la formación del superlativo relativo, pero su empleo exige que el adjetivo figure en grado positivo. Al escribir « el más ínfimo », en vez de « el más bajo », se incurre en la misma falta en que se incurriría escribiendo « el más listísimo », en vez de « el más listo ». Y Paseyro lo escribe, usando, una vez más, desafortunadamente, de las palabras, esos sacratísimos « instrumentos de la revelación ». Además, después de escribir « el más ínfimo », ¿a qué viene el añadir « y bajo estar de las cosas » ? Si el grado de mayor « bajeza » se ha significado con el empleo del superlativo, ¿qué mayor « bajeza » se puede significar con el empleo del mismo adjetivo, pero en grado positivo, es decir, en un grado de « bajeza » menor ? Una vez más, nos vemos obligados a demostrar que Paseyro no conoce el idioma en el que pretende señalar las numerosas faltas cometidas, según él, por Neruda. Anótese esa frase, como otras suyas que anteriormente hemos reseñado, para incluirlas, en su día, en una posible « Antología de la exactitud en el lenguaje », en la que deberá figurar, en páginas de honor, nuestro exactísimo Paseyro. Y sigamos con Heidegger.

No se comprende muy bien la congruencia de un principio de Heidegger, erigido en norma por la que pretende juzgarse una poesía que a sí misma se declara social, o, si se prefiere, nacida de una concepción del arte que se basa en los principios del realismo socialista. Desde el idealismo de Heidegger no se puede estudiar la poesía de Neruda — en este sentido, es elocuente el verso en que el poeta ironiza sobre « Heidegger y notre petit Dricu » — como desde un mal entendido realismo socialista no se podría estudiar la poesía de San Juan de la Cruz, pongamos por ejemplo. Tanto la poesía del realista como la del místico, merecen, en principio, el ser estudiadas de acuerdo con los preconceptos y aún con las predisposiciones en virtud de las cuales el poeta afronta su que hacer artístico.

Es evidente que Neruda no se plantea ni puede plantearse, desde los principios del realismo socialista, ningún problema relativo a la posible o imposible revelación del Ser por medio del lenguaje. Y, sobre esta

evidencia, levantamos la afirmación de que la poesía de Neruda, y, con ella, todo el movimiento estético y filosófico que el realismo socialista preconiza, se halla de acuerdo con aquellas afirmaciones que Hegel expresó así (con lo cual no queremos indicar que el acuerdo del realismo socialista con Hegel sea total) :

La misión del arte es representar, bajo formas sensibles, el despliegue libre de la vida.

El arte no está destinado a una minoría de sabios o eruditos : se dirige a la nación entera.

El artista debe buscar la materia de sus creaciones en los inagotables tesoros de la naturaleza viviente, y no en generalidades abstractas.

Y si hemos de hacernos cuestión de qué cosa sea la poesía, recordemos la poética definición de León Felipe :

La poesía es el derecho del hombre
a empujar una puerta,
a encender una antorcha,
a derribar un muro,
a despertar al capataz con un treno o con una blasfemia.

No sabemos si Hegel y León Felipe serán santos de la devoción de Ricardo Paseyro. Pero, en cualquier caso, negamos a Paseyro su pretensión de que la aceptación de Heidegger sea obligatoria.

Así, pues, el echar mano de un concepto de Heidegger, para comprobar luego en qué medida la poesía de Neruda se aproxima o aparta de ese concepto, acusa tal falta de rigor lógico que, desde luego, se nos revela como excesivo e innecesario, ya que cualquier lector medianamente informado sabe, de antemano, a qué atenerse. Lo correcto, tanto en el terreno lógico como en el estético, sería estudiar hasta qué punto la poesía de Neruda es congruente con sus propios principios, es decir, en qué medida sus valores estéticos están conseguidos o frustrados a partir de los propósitos del poeta. En el caso de que, como resultado de este examen, pudiésemos dictaminar que la poesía de Neruda es una poesía frustrada, el objetivo estaría alcanzado : la obra de Neruda sería desechable, sin necesidad de ulterior juicio. Pero si de este examen resultase que la poesía de Neruda se nos ofrece dotada de una fuerte lógica interna y de una dimensión estética coherente con sus propósitos, habría que aceptar, en principio, que esta poesía cumple los fines propuestos de tal manera que quien pretenda impugnar la obra de Neruda tendrá que pasar ahora a una discusión de panorámica más amplia : es decir, habrá llegado el momento de discutir si los fines propuestos son lícitos o ilícitos dentro del campo de la creación artística. Pero esto, evidentemente, implicaría nada menos que la necesidad de discutir los supuestos del realismo socialista, empeño para el que Paseyro no debe de sentirse preparado, pues lo rehuye. Y lo rehuye de la manera más simple. Simplemente, se pregunta si la poesía de Neruda reúne las condiciones señaladas por Heidegger, y, al contestarse a sí mismo que no, concluye que Neruda no es poeta.

Pero es el caso que, aún siendo incongruente el intentar una estimativa de Neruda desde los criterios de valor heideggerianos, ni siquiera esta tarea aparece realizada por Paseyro, ya que, según hemos demostrado hasta la saciedad, cita a Heidegger, no sabemos para qué, pues inmediatamente se dedica no a estudiar sino a destrozar los poemas de Neruda. Y los

destrozos son de tal alevosía y de tales dimensiones, que hacen totalmente innecesario el referirlos a Heidegger. ¿Para qué? Si la poesía de Neruda fuese, realmente, como Paseyro la transcribe, sería deleznable, vista desde cualquier enfoque: desde Heidegger y desde Marx, desde Platón y desde Engels, desde Aristóteles y desde Arias Salgado.

APOSTILLAS FINALES

1.

En su contestación al señor Torres Rioseco, número 30 de « Cuadernos », dico:

Mientras el señor Torres Rioseco no demuestra (y a qué no) que le adjudico libros o actos que no son suyos o no son ciertos, el vocablo (detractor) no me viene y lo rechazo.

Los libros que adjudica a Neruda son de Neruda, pero le adjudica, en cambio, versos previamente mutilados, trastocados y amañados, de tal modo que le atribuye versos que ya no son de Neruda, sino de Paseyro, con lo cual se demuestra, en efecto, que Paseyro es un detractor de Neruda.

¿Como el hombre que ha cometido tanto desaguisado con los poemas de Neruda tiene el cinismo de retar a alguien — (y a qué no), así, con « qué » acentuado — a que se lo demuestre?

2.

Y en el mismo n° 30 de « Cuadernos », Paseyro increpa:

...éstos que convirtieron el bello ideal del comunismo en una caja de socorros mutuos...

Y no le falta razón. En su purísima categoría de ideal, no cabe duda de que el comunismo era bello y hermoso y, con él, cualquier poeta decadente podía dárselas de niño original, avanzado y « muy de izquierdas » en los salones de buen tono. Pero han surgido unos hombres siniestros, entre los cuales está Neruda, que del bello ideal quieren hacer una auténtica realidad para todos los hombres — también para éstos cuya entrada en los salones no está bien vista — y se ayudan, y se alientan, y se socorren los unos a los otros, y suman ya muchos millones... ¿Adónde vamos a parar? Entre tantos millones, ¿quién puede singularizarse? Porque es a eso a lo que se va a los salones: a lucir un ingenio singular... Pero; resulta tan poco ingenioso y elegante — y mucho menos original — el compartir un « bello ideal » con tantos hombres, tercamente empeñados en crear una realidad mejor, sin cuidarse de la opinión que esta realidad merezca a Ricardo Paseyro, ni al mismísimo Martín Heidegger!

CONCLUSIÓN

La poesía de Neruda sigue, pues, en pie — « los muertos que vos matáis, gozan de buena salud » — porque no bastan a destruirla los turbios delirios bellacos de un orate.

Sigue en pie, cantando lo único que de veras merece ser cantado en este tiempo duro: la lucha de los hombres por su libertad. (Mientras los hombres no sean, realmente, libres, ¿en qué podrá consistir esa

« libertad de la Cultura », objeto de importantísimos Congresos ?) Como dijo Nicolás Guillén : « Vivimos tiempos no de gestación, sino de parto ».

Que los poetas decadentes y sus interesados grupitos alentadores lo falseen todo : la verdad, la poesía... No importa. Novecientos millones de hombres — y Neruda sólo es uno de ellos — cantan y construyen, mientras los culces poetas decadentes « traen y guardan en el lenguaje, gracias a su decir, la revelación del Ser ».

Pero no se trata ya de ningún Ser absoluto y con mayúscula, sino de millones de seres sencillos y concretos que encuentran su revelación, en fuerza de unir palabras y cantos y esfuerzos y esperanzas en la lucha.

Porque ha llegado un tiempo en que la Poesía es, antes que nada, Lucha. Y sólo en este sentido es Creación.

DISCURSO

A LOS INTELLECTUALES HUNGAROS

por Nikita Jruschov

En abril último visitó Hungría una delegación soviética, que el 19 de dicho mes fué recibida en la Academia de Ciencias de la República Popular de Hungría. Después de una alocución de Istvan Ruzsnyak, presidente de la Academia, N. Jruschov pronunció ante los académicos, a los cuales se habían unido escritores y artistas, un discurso que reproducimos aquí íntegramente :

Querido camarada Ruzsnyak, queridos camaradas : Permitidme que os agradezca, a vosotros que representáis a los intelectuales húngaros, vuestra cálida cordialidad y las gratas palabras dirigidas a nosotros, al gobierno y al pueblo soviéticos. Como enviados de la Unión Soviética, nos sentimos conmovidos por tan cordial acogida.

Los soviéticos sienten un gran respeto por la cultura, rica y original, de Hungría ; aprecian en alto grado las realizaciones de la ciencia húngara, conocen y estiman las obras de los mejores representantes de la literatura y del arte húngaros. Y el mundo entero conoce los nombres y el talento de los sabios, escritores y artistas húngaros.

Durante nuestra breve estancia en Hungría, hemos comprobado los grandes éxitos alcanzados por la República Popular de Hungría, en la edificación de la sociedad socialista. En estos éxitos, resultado del considerable trabajo realizado por el pueblo húngaro, se encuentran encarnados la energía y el talento de los mejores representantes de los intelectuales de Hungría — sabios, ingenieros, profesores, médicos, agrónomos, artistas y escritores.

Sin embargo, vosotros también, camaradas, tenéis vuestras dificultades. Nosotros, los soviéticos, vemos de manera particularmente clara las dificultades que conocen ciertos intelectuales húngaros, y las comprendemos bien, teniendo en cuenta la experiencia de los intelectuales de nuestro país.

La Hungría popular construye el socialismo, construye una sociedad nueva. Toda sociedad crea sus intelectuales para resolver con éxito los problemas que se le plantean ; el régimen socialista crea también y debe

crear sus intelectuales. Forma intelectuales ligados al pueblo hasta en sus raíces, indisociables del pueblo, que sirven los intereses vitales del pueblo.

Cuando tuvo lugar la gran Revolución de Octubre, y el pueblo soviético emprendió sus transformaciones revolucionarias, los viejos intelectuales de nuestro país conocieron también las dificultades del período de transición. La inmensa mayoría de los intelectuales del tiempo pasado vencieron sus dudas y vacilaciones, se colocaron al lado del poder de los Soviets y se decidieron a participar activamente, con los recursos de su talento, de sus facultades creadoras, de su trabajo infatigable, en la obra inmensa de la edificación socialista.

Permitid que os muestre con algunos ejemplos 'as dificultades por las cuales pasaron ciertos sabios nuestros, célebres y respetados, y como se efectuó su evolución hacia el socialismo. Creo, en efecto, que existen muchos puntos comunes entre los intelectuales y los sabios de la Unión Soviética y los de Hungría, así como de los demás países del campo socialista.

Los obreros son los que viven más fácilmente el cambio revolucionario: la clase obrera es, en efecto, la propagadora de las ideas revolucionarias y el elemento dirigente, la fuerza principal de esa conmoción social. Los intelectuales, en la sociedad burguesa, constituyen una capa intermedia entre las principales clases. Cuando se producen colisiones revolucionarias violentas y agudas, todos los eslabones del antiguo sistema social comienzan a crujir: unos se quiebran, otros son atraídos por la burguesía, otros, en fin, van hacia la clase obrera. Nosotros nos ponemos en vuestro lugar, que es muy difícil. No todo el mundo consigue encontrar su puesto en seguida, ni decidir a quién debe unirse. Aunque seáis sabios, algunos de vosotros recurren entonces a un medio poco científico, la adivinanza: « ¿Adónde hay que ir, a qué campo hay que adherirse? » Yo no digo que todos los intelectuales piensen así; pero los hay. (*Risas y aplausos.*) Otra parte, sin intentar adivinar, entra resueltamente en las filas de la clase revolucionaria, o en las de los adversarios de la revolución, de los adversarios de la clase obrera.

Nosotros, comunistas, debemos mostrar una tolerancia y una sensibilidad particulares ante los intelectuales de vieja formación. Si a veces sucede que ciertos grupos, incluso grupos importantes de intelectuales, no comprenden las transformaciones revolucionarias, no hay que apresurarse a clasificarlos entre los enemigos de la revolución. La paciencia, el tiempo y un esfuerzo tenaz son necesarios en el trabajo con los intelectuales.

Todos conocéis el nombre de nuestro gran sabio Iván Petrovitch Pavlov. Pero ¿sabíais que, en el Congreso mundial de fisiología celebrado en la Unión Soviética en 1935, a Pavlov le costó mucho trabajo adoptar la fórmula que había que emplear para dirigirse al Gobierno soviético, en la cual debía llamarse a los miembros del Gobierno: camaradas comisarios del pueblo? (*Risas.*)

Cuando Pavlov fué a Riazán, su ciudad natal, fué bien recibido; se le mostro la vida tal como era. Conoció más de cerca a los trabajadores sencillos, vió los grandes cambios que habían realizado bajo la dirección de los comunistas. Para emplear una imagen, digamos que Pavlov, que se había dedicado por entero a la ciencia, se había ocupado sobre todo, de monos y perros de laboratorio. (*Risas.*) No estaba en contacto con la vida social, no conocía la revolución. La Revolución socialista de Octubre había estallado para él como un trueno en plena bonanza. Y he aquí que — sus conciudadanos pudieron observarlo con interés — la concepción del mundo de Pavlov se iba modificando literalmente de un día a otro. Cuando llegó a Riazán, algunos hombres de su generación, con los cuales había hecho

sus estudios en el seminario, que estaban contaminados por los aires del antisovietismo, resolvieron influir en él, excitar en él las fibras antisovieticas para utilizar al gran sabio de notoriedad mundial, y empujarlo contra el poder de los Soviets. Cuando sus conciudadanos hubieron enseñado a Pavlov su ciudad natal, cuando vió, los grandes cambios producidos en Riazán en poco tiempo después de la revolución, comenzó a apreciar los acontecimientos de un modo diferente. Fué a ver los coljoses de las orillas del Okna, visitó a los campesinos y conversó con ellos en su lenguaje de campesinos. Les preguntó qué cosecha obtenían empleando la expresión campesina : « ¿Obtenéis siete simientes ? », es decir « siete veces más de lo que habéis sembrado ». Hablando con un grupo de campesinos, Pavlov les preguntó cuántos de ellos sabían leer y escribir. El presidente pidió a los que habían cursado estudios secundarios que levantaran la mano. Pavlov se quedó literalmente estupefacto al ver que, ya en aquella época, había entre los campesinos un buen número de personas que poseían la instrucción secundaria.

Iván Petrovitch Pavlov era un ferviente patriota. Durante su viaje a los Estados Unidos, ciertas gentes intentaron empujarlo a tomar posición contra el poder de los Soviets. Pavlov rechazó enérgicamente tales pretensiones y declaró que siempre había servido y serviría a su pueblo, a su patria.

Camaradas : los que conocen la carta que Pavlov dirigió a la juventud soviética saben que, aunque no tuviera en el bolsillo el carnet del Partido, murió como comunista convencido : « En la colectividad cuya dirección tengo a mi cargo, escribía Pavlov, la atmósfera lo hace todo. Todos estamos atados a la misma tarea, y cada uno de nosotros la hace progresar con arreglo a sus fuerzas y a sus medios. Muchas veces no sabríamos decir dónde está « lo mío » y « lo tuyo », pero nuestra causa común gana con ello... Nuestra patria abre grandes posibilidades a los sabios y hay que reconocerlo, la ciencia está en nuestro país ampliamente incorporada a la vida. Con extremada amplitud ». Y, como conclusión a su carta, Iván Petrovitch escribía : « Para la juventud, como para nosotros, constituye un honor justificar las grandes esperanzas que nuestra patria funda en la ciencia ».

Así era el gran sabio soviético Pavlov. Había acogido con desconfianza la revolución socialista en nuestro país : poco a poco, fué convirtiéndose en partidario convencido del poder de los Soviets.

Evocaré ahora el ejemplo del académico Eugenio Oscarovitch Paton, a quien conocí personalmente. Era un gran ingeniero, un gran sabio, vicepresidente de la Academia de Ciencias de Ucrania. Su padre había sido cónsul del zar en Niza. Paton era un hombre de carácter brusco. Os expondré el ejemplo siguiente. Un día hubo una reunión en la sección cultural del Comité Central del Partido comunista ucraniano, a la que habían sido invitados numerosos sabios. El académico Paton era uno de los invitados. La reunión fué larga, los discursos que se pronunciaron no tenían nada que ver con Paton, por lo tanto, no le interesaban. Escuchó, escuchó y acabó marchándose sin más explicaciones. Algunos pretendieron interpretar su actitud como una falta de respeto al Comité Central : se le convoca al C.C. para una reunión, y él la abandonaba ostensiblemente... Conociendo a E.O. Paton y su carácter, dije a aquellos camaradas que parecía que Paton había sido invitado a una reunión consagrada a un problema que no le concernía y que, en su calidad de hombre práctico y de sabio, había decidido que no tenía nada que hacer allí, que sus conocimientos no eran útiles en aquella reunión : por eso se había ido a ocuparse de sus asuntos. (Risas y aplausos.)

Paton contribuyó poderosamente al desarrollo de la ciencia y de la técnica en nuestro país. El Instituto de la Soldadura Eléctrica, fundado por él al comenzar la guerra contra la Alemania hitleriana, tuvo un gran papel en la elaboración de los métodos de soldadura en cadena de los chasis de tanques. En diciembre de 1943 recibí una interesantísima carta de Paton que entonces trabajaba en el Ural. Eugenio Oscarovitch Paton escribía : « Cuando el poder de los Soviets tomó la dirección de nuestro país, yo tenía 47 años. Habiendo trabajado cerca de veintiocho años en las condiciones del régimen capitalista, había asimilado su concepción del mundo. Por eso, el poder soviético me consideraba con desconfianza, de lo que tuve más de una ocasión de darme cuenta. Por mi parte, yo consideraba irrealizables las ambiciones del nuevo poder. Pero continuaba trabajando nonradamente, porque veía en el trabajo la razón de la vida. Cuando conocí el plan del primer quinquenio, no creí posible su realización. Pasó el tiempo. Cuando se emprendió la construcción del Dnieprostroi, que el antiguo régimen no había podido realizar, comencé a comprender que me había equivocado. A medida que iban surgiendo las nuevas construcciones de los planes quinquenales, que se efectuaban la reconstrucción de Moscú y los demás grandes trabajos del Partido y del Gobierno, fué modificándose mi concepción del mundo. Comencé a comprender que lo que me acercaba al poder soviético era que el trabajo, que constituye la base de mi existencia, era colocado por el poder de los Soviets por encima de todo. Pude convencerme por los hechos. Yo tenía el sentimiento de haberme regenerado bajo la influencia de la vida nueva. La guerra patriótica es una deslumbradora confirmación del poderío y de la solidez del régimen soviético. Comparándola con las dos guerras anteriores — la guerra contra el Japón y la guerra imperialista — queda uno estupefacto ante el heroísmo y la resistencia de que da prueba el pueblo ruso, combatiendo en el frente y en la retaguardia bajo la firme dirección del Partido Comunista y del Gobierno soviético. Cuando comenzó la guerra, yo mismo encontré el modo de aplicar mis conocimientos y trabajé en las fábricas de la defensa nacional del Ural con el colectivo de mi Instituto. Conseguimos proporcionar una ayuda, en la medida de nuestras fuerzas, a la defensa de nuestra patria. El Partido y el Gobierno me recompensaron muy generosamente por aquel trabajo, haciéndome comprender que confiaban en mí. Esto me da el derecho de hacer, en esta carta, mi petición de ingreso en el Partido. Os ruego que me deis la posibilidad de proseguir y completar mi trabajo bajo la bandera del Partido bolchevique. Firmado : el académico E. Paton, Héroe del Trabajo Socialista. »

Así es cómo, en el ocaso de su vida, Eugenio Oscarovitch se transformó, de adversario del poder de los Soviets, en comunista, en ferviente partidario del socialismo. Fué admitido en el seno del Partido sin tener que pasar por el período de candidato. Yo creo que, entre vosotros, hay también hombres como el académico Paton. ¡ Y seguramente más de uno ! (Animación en la sala, aplausos.)

Ved ahora la historia del gran escritor soviético Alexis Tolstoi. Sin duda sabéis que era conde. Después de la Revolución socialista de Octubre, A.N. Tolstoi, que estaba contra la revolución, abandonó la Rusia soviética. Regresó a su patria en el período del « cambio de orientación », en el momento en que importantes grupos de viejos intelectuales burgueses modificaban su orientación antisoviética para adoptar una orientación pro-soviética. Como es sabido, aquel gran escritor se convirtió en un apasionado combatiente del socialismo. En los últimos años de su vida fué diputado al Soviet Supremo de la U.R.S.S. Y podrían citarse miles de ejemplos de este género.

Si existieran aparatos para ello, podría verse cómo los corazones de algunos de vosotros vienen hacia nosotros, luchando contra sus dudas. Pero hay quien piensa, sin duda: « ¡Ah! esta otra vez Jruschov contándonos sus historias soviéticas! ». (Animación en la sala.) Si os digo todo esto, queridos camaradas, es porque, por mi parte, quisiera hacer cuanto este en mi poder para ayudar a los que aun no han asimilado con su corazón la transformación que ha tenido lugar y que ya ha sido acabada en lo esencial. Cuando hay sabios e intelectuales que todavía no han asimilado o no asimilan lo nuevo, lo socialista, hay que ayudarles para abreviar al máximo el camino del paso al socialismo, para que sus trastornos y sufrimientos se reduzcan al minimum, para que se ponga firmemente en pie el mayor número posible de intelectuales, lo más rápidamente posible. Y para que esos intelectuales se mantengan solidamente sobre la base socialista. Nuestro Partido tiene una gran experiencia del trabajo con los intelectuales. Después de sufrir heridas y chichones, hemos adquirido una justa comprensión de gran número de problemas. Esta experiencia es la que queremos compartir con vosotros, como amigos.

Vuestra situación es mejor que fué la nuestra, en particular durante los primeros años del poder soviético. Recuerdo que, en la época de la guerra civil, teníamos que discutir con ciertos intelectuales que estaban sencillamente horrorizados por todo lo que ocurría. Nos miraban, a los obreros y campesinos, llenos de suciedad, y decían: « ¡ Lo único que necesitáis es pan y patatas! La ciencia, el arte, el ballet, etc... ¿para qué los queréis? Sois como lobos encerrados en el recil: vais a destruirlo todo, ennegrecerlo todo... ». Han pasado cuarenta años. Y si se quiere hablar del ballet precisamente, es dudoso que exista en ninguna parte del mundo un ballet comparable con el soviético. Si se quiere hablar de ciencia, nuestros satélites artificiales de la Tierra han sido los primeros en elevarse en el cosmos. ¡ Y eso no es, como sabéis, sólo física y matemáticas! Para conseguirlo, hay que desarrollar un conjunto de investigaciones científicas en varias direcciones y resolver cierto número de problemas técnicos de los más arduos.

Después de la Revolución de Octubre, los intervencionistas intentaron destruir el poder soviético por la fuerza de las armas. Al fracasar en esta empresa, esperaban que los bolcheviques, que se apoyaban en los obreros y los campesinos iletrados, no lograrían levantar la economía, elevar la cultura, y que se ahogarían en sus propias dificultades.

Han transcurrido cuarenta años. Pues que intenten hoy citar otro país donde se forme tan gran número de especialistas en los establecimientos de enseñanza superior como en la Unión Soviética. En nuestro país se forman todos los años más de 70.000 ingenieros y técnicos; en los Estados Unidos de América 25.000 ó 26.000; y éstos, por otra parte, no tienen mucho que hacer a causa de la depresión económica que se observa en América. Hoy ya se fijan como objetivo en Estado Unidos el alcanzar a la Unión Soviética en el terreno de la ciencia y de la formación de especialistas. Lo mismo que una madre se siente feliz cuando enseña a su hijo a articular su primer vocablo « mamá », nosotros también estamos orgullosos de nuestros éxitos, porque hemos enseñado a cierto americanos envanecidos a articular con toda claridad que es a la Unión Soviética a la que hay que alcanzar, es decir al país del socialismo, precisamente por lo que se refiere al nivel de desarrollo de la ciencia y al nivel de formación de los ingenieros y de los sabios. (Vivos aplausos.)

Pero estamos convencidos que los Estados Unidos de América no nos alcanzarán en este terreno. (Aplausos.) Y explicamos esto, no por las cualidades personales de los dirigentes soviéticos, sino por la forma en

que está organizada la instrucción pública en nuestro país. Hoy, los americanos estudian nuestro sistema de instrucción en los establecimientos de enseñanza secundaria y superior, y lo tienen muy en cuenta. En cuanto a nosotros, dirigentes soviéticos, consideramos que este sistema posee todavía puntos débiles, y trabajamos actualmente con el propósito de mejorar aun más la formación de los especialistas que poseen una instrucción secundaria o superior, con objeto de elevar la calidad de los estudios. Este será nuestro nuevo « sputnik » y lo lanzaremos indefectiblemente. (Aplausos.)

Nuestro país ha obtenido éxitos considerables en el desarrollo de la ciencia y de la cultura, de la enseñanza secundaria y superior. Ahora, todos ven que los comunistas, que la clase obrera sabe apreciar la ciencia y cuidar la instrucción del pueblo. Sin instrucción, sin ciencia, no puede haber marcha hacia adelante. Nosotros, comunistas, apreciamos también a los antiguos intelectuales, porque, sin ellos, no es posible crear una generación de intelectuales nuevos. Por eso, después de la conquista del poder por la clase obrera, hay que hacer todo lo posible por crear, sin pérdidas, conservando los cuadros de los viejos intelectuales, eslabón tras eslabón, de una manera regular y flexible, cuadros de intelectuales jóvenes que, sirvan fielmente a la clase obrera, a su pueblo, a su patria, en la edificación de una vida nueva sobre bases socialistas.

Llegamos al término de nuestra visita a vuestro hermoso país. Los sentimientos de los soviéticos hacia el pueblo húngaro han sido siempre extremadamente amistosos y fraternales. En el transcurso de nuestra visita a vuestro país, hemos visto que el pueblo húngaro abraza los mismos sentimientos hacia el pueblo soviético. Durante estas jornadas, nos hemos penetrado de un respeto aun mayor hacia los trabajadores de Hungría. Hasta temo ahora que, cuando llegemos a la Unión Soviética y allí hablemos de Hungría, esto pueda provocar cierta envidia : hemos venido a Hungría como representantes de la Unión Soviética; temo que regresemos a la Unión Soviética en calidad de representantes del pueblo húngaro. (Aplausos vivos y prolongados). Pero no hay en ello contradicción alguna, puesto que no hay contradicción entre nuestros dos pueblos. Perseguimos un fin único e idéntico : la edificación del socialismo y del comunismo. Sin dejar de ser un patriota de la Unión Soviética, se puede ser también un patriota de la Hungría socialista. Y sin dejar de ser un patriota de la Hungría socialista, se puede ser al mismo tiempo un patriota de la Unión Soviética y de todos los países socialistas. (Aplausos vivos y prolongados.)

¡ Camaradas ! La política exterior pacífica de la Unión Soviética es conocida en el mundo entero : continuaremos esta política en el porvenir. Haremos todo lo que podamos por no permitir una nueva guerra, por asegurar la coexistencia pacífica, por resolver las cuestiones litigiosas, no por medio de la guerra, sino por la negociación. Queremos rivalizar con los países capitalistas, no en la carrera de los armamentos, sino en el plano de la actividad pacífica. Lanzamos audazmente un desafío al universo capitalista : entablemos la emulación para ver quién alcanzará un nivel más alto de desarrollo de las fuerzas productivas, quién producirá más por habitante, quién asegurará al pueblo un nivel de vida material y cultural más elevado, quién creará mejores condiciones para el desarrollo de todas las aptitudes del hombre. ¡ El régimen que asegure mejores condiciones al pueblo alcanzará la victoria !

Estamos convencidos de que vencerá el régimen socialista, más progresista. El porvenir pertenece a nuestro sistema socialista. El capitalismo se halla en su decadencia y marcha hacia su caída. Esto no significa que

ya esté moribundo; aun hay que trabajar mucho par llevarlo a ese estado. Pero ello es inevitable, como es inevitable la muerte de un organismo vivo o de una planta después de un período determinado de desarrollo. Sin embargo, esto no sobrevendrá a consecuencia de una intervención de los países socialistas en los asuntos internos de los países capitalistas; sobrevendrá como resultado de la lucha de los trabajadores de cada país capitalista contra los explotadores. Con su ejemplo, los países socialistas ayudan a los trabajadores de los países capitalistas en esa lucha. Si organizamos mejor nuestras fuerzas, obtendremos mayores éxitos en la edificación económica y cultural, y más evidentes serán para todos las ventajas del sistema socialista. (Vivos aplausos.)

Permitidme que os relate una conversación que tuve con el representante de un Estado, que fué a nuestro país, a la Unión Soviética. Me habló confidencialmente, y por eso no daré su nombre : - Señor Jruschov — me dijo — cuando mis amigos supieron que yo había decidido venir a vuestro país, intentaron disuadirme, diciéndome que la Unión Soviética era un país comunista, que aquí había comunismo y que no era conveniente para mí venir a vuestro país. No escuché esos consejos y he venido a vuestro país, he visitado sus ciudades, he mirado a los hombres y no he notado ningún comunismo : he visto que tenéis casas confortables, que las gentes están bien vestidas ; por consiguiente, en este país no hay comunismo. En nuestro país si que hay comunismo ; en nuestro país, casi todo el mundo está medio desnudo y hambriento... » (Risas en la sala.)

He ahí la idea que han metido en la cabeza de ciertas gentes de los países capitalistas, bajo la influencia de la propaganda burguesa acerca de la Unión Soviética y del comunismo. A pesar de la oleada de mentiras y de calumnias propagadas por los imperialistas y por sus lacayos, la verdad se abrirá camino. Actualmente, nuestro país se acerca a tal nivel de desarrollo que, utilizando los recursos de nuestra economía, podremos crear la abundancia de productos de consumo. Entonces, las ideas del comunismo llegarán hasta la conciencia de numerosas gentes, no sólo por el estudio del marxismo-leninismo, sino también por la virtud de nuestro ejemplo. Entonces, los trabajadores de todos los países verán que sólo el comunismo asegura la abundancia de los bienes materiales y espirituales. Y la victoria estará de nuestro lado. También entonces, las gentes que no pueden pronunciar en la hora actual la palabra « comunismo » sin escepticismo vendrán también con nosotros. Se incorporarán a nuestro camino sin siquiera darse cuenta. Y marcharán con todo el pueblo hacia el objetivo definido por Marx, Engels y Lenin. (Vivos aplausos.)

No abrigamos la intención de imponer nuestro régimen socialista a los demás países por la fuerza de nuestras armas. Estamos contra la ingerencia de ciertos países en los asuntos internos de otros. Pero atacamos al capitalismo de flanco, partiendo de posiciones económicas, partiendo de la superioridad de nuestro sistema. Esto es lo que asegurará la victoria de la clase obrera, la victoria del comunismo.

Os agradezco, queridos camaradas, vuestra invitación y la posibilidad que se me ha ofrecido de tomar la palabra ante una asamblea tan respetable ; y, con vosotros, doy las gracias a vuestro presidente, el camarada Ruzsnyak. (Vivos y prolongados aplausos.)

Discusión

CARTA DE LUIS ARAQUISTAIN

Sr. Director de « Nuestras Ideas »

Bruselas.

En el número 2 de « Nuestras Ideas », uno de sus colaboradores, aludiéndome, comete un error de hecho que me interesa corregir. Me refiero a Antonio López, que en su artículo « Las ideas y los hombres », criticando el trabajo de otro colaborador sobre José Ortega y Gasset, dice que fué pernicioso para la ideología y la política españolas, entre otras cosas, lo siguiente :

« Así, por ejemplo, lo fué el hecho de que el socialismo español, los socialdemócratas españoles, dejaran pasar sin crítica teorías de Ortega como el origen del Estado, la interpretación bélica de la historia, el origen biológico de las ideas, etc. E incluso, a veces, han llegado algunos de sus teóricos, como Araquistáin, hasta más lejos que el propio Ortega. »

El « hecho » que cita su colaborador no es tal hecho en la realidad ; sólo existe en su imaginación. No es verdad que los socialistas españoles pasáramos sin crítica las teorías de Ortega. Y fui precisamente yo uno de los primeros, si no el primero, que combatió con dureza la filosofía de Ortega en general (sin olvidarme del pintoresco origen deportivo del Estado, ni de muchas otras ideas no menos infundadas) y sus opiniones políticas de tipo fascista en particular. En la revista « Leviatán », de Madrid, publiqué dos largos ensayos con el título de « José Ortega y Gasset, profeta del fracaso de las masas », que aparecieron en los números 7 (año de 1934) y 8 (1935).

Es posible que entonces fueran tan pocos los años de Antonio López, que aún no hubiera tenido tiempo de aprender a leer. Esto excusaría su ignorancia de aquellos trabajos míos. Menos excusable es que ignore su existencia después de haber transcrito extensos extractos de ellos el jesuita Joaquín Iriarte en su libro « Ortega y Gasset — su persona y su doctrina », publicado en 1942, fecha algo más próxima a la actual ; libro que no debe desconocer ningún crítico de Ortega, por contener la bibliografía más completa de este escritor hasta aquel año (cita sobre él 107 trabajos) y por los amplios y numerosos extractos de muchos de los textos mencionados.

Menos excusable todavía es que por lo visto ignore también otro ensayo mío donde se hablaba de los publicados en « Leviatán ». Mi nuevo trabajo sobre Ortega, escrito con motivo de su fallecimiento, se titulaba « En defensa de un muerto profanado » y se publicó en 1956 en « El Socialista », de Toulouse, y en la revista « Sur », de Buenos Aires, y aparece

citado también en la copiosísima bibliografía del voluminoso número especial que la revista « La Torre », de la Universidad de Puerto Rico, ha editado en homenaje póstumo a José Ortega y Gasset. Al parecer, su colaborador no lee más publicaciones que las de su partido. Yo siento que no conozca mis escritos sobre Ortega en « Leviatán », no sólo porque ello le hubiera evitado un error y a mí el trabajo de corregirlo, sino también porque entonces sabría lo que un socialista español pensaba de la filosofía de Ortega en 1934-1935, precisamente por los años en que se estaba incubando el falangismo en España, sin que en aquel tiempo, que yo sepa, secundara mi crítica ningún escritor comunista. No creo que lo fuera ninguno de los 107 autores que cita Iriarte en su libro.

Para hablar de « las ideas y los hombres », como Antonio López hace, hay que empezar por conocer los hombres y sus ideas. Y es esto lo que él deja de hacer, quiero suponer que por ignorancia involuntaria, por lo menos al enjuiciar a los socialistas españoles frente a las ideas de José Ortega y Gasset.

Ginebra, 17 de Octubre de 1957.

Luis ARAQUISTAIN.

RESPUESTA DE ANTONIO LOPEZ

En mi comentario al ensayo de Federico Sánchez sobre « La teoría orteguiana de las generaciones », era mi intención presentar una hipótesis de trabajo que pudiera contribuir a una crítica interna, marxista, de la obra de Ortega y Gasset.

Me inspiraba para ello en el método que consiste en afrontar el examen y la crítica de una ideología procurando comprender y evaluar de modo realista lo que hay en la raíz de la obra criticada y prescindir de cuanto pueda menoscabar la objetividad necesaria para formar un juicio lo más científico posible.

Mi propósito era señalar que lo esencial es hallar el leitmotiv de la ideología orteguiana; para ello es ineludible tener en cuenta el período histórico que le fué contemporáneo y no sólo referir esa ideología a las corrientes filosóficas que la inspiraron, sino encontrar las razones de por qué éstas, y no otras, fueron las inspiradoras del pensamiento de Ortega.

Pero esto exige detenerse a estudiar el pensamiento orteguiano sin las antiparras del pseudo erudito, y pasar por alto sus contradicciones de carácter formal, o por lo menos no atrincherarse en ellas, para ahondar en su contradicción fundamental, o sea, en la que hay entre sus ideas y los problemas básicos de su época. Y esto nos explicaría un casi enigma que consiste en que, no obstante la considerable influencia orteguiana — influencia de carácter político — de ella no resultara nada sólidamente constructivo, limitándose a provocar, esporádicamente, efectos revulsivos que no tenían consecuencias prolongadas.

¿Atribuir a Ortega, a su actividad intelectual, un carácter absolutamente negativo? Tal cosa significaría no haber pasado de la superficie de los problemas.

Lo que ocurre es que, por no haber abordado con profundidad la crítica de la ideología de Ortega, se creó la tremenda confusión de que las gentes atribuyeran a esa ideología la orientación que deseaban ver en ella: la entendían a su modo. Pero ello no quiere decir que Ortega cultivara deliberadamente el equívoco. Si a él, liberal, se le tomaba por demócrata, la culpa no era suya, que no sólo no ocultó su liberalismo, sino que éste es la base de toda su obra. La confusión obedece a que nadie se cuidó de señalar esa base ideológica de la filosofía de Ortega y de advertir, con las propias palabras del filósofo, que « se puede ser muy liberal y nada demócrata ».

Y ese equívoco contribuyó no poco al magisterio que ejerció Ortega en las corrientes políticas de izquierda durante los años finales de la monarquía y los dos primeros de la República.

Esa influencia orteguiana es evidente, con sus aspectos negativos y positivos. ¿Como no recordar entre los últimos la enorme participación de Ortega— contradiciendo, en parte, tesis suyas a este respecto — en interesar por la res publica a extensos sectores universitarios, arrancándolos de su apoliticismo, de su pasividad?

Naturalmente que sería disparatado entender de todo ello que existieran masas « orteguistas ». La pequeña burguesía, en su mayoría, no leía las obras de Ortega. Los temas filosóficos no tenían en España la popularidad que en Alemania. No, no era eso además lo que buscaban en Ortega. Iban tras de algo más fundamental, iban buscando la política que hay detrás de toda filosofía. Y a esas masas les llegaba el liberalismo orteguiano a través de los jefes de sus partidos, de sus teóricos políticos. Y tomaban por democracia lo que no era más que liberalismo.

A esa infiltración del liberalismo de Ortega no fué impermeable una parte de la clase obrera. De elemento conductor sirvieron algunos de sus dirigentes, como fué el caso en el Partido Socialista.

En España estaba formándose una democracia, al menos ese era el problema primordial. Por eso, era de primera necesidad aclarar conceptos, orientar y eliminar la confusión que creaba la ideología orteguiana; pero eso no se hizo.

Esa ha sido la realidad, y cuando el Sr. Araquistáin me reprocha haber dicho en mi comentario que las ideas de Ortega no fueron criticadas por la socialdemocracia española y recuerda sus dos artículos publicados en *Leviatán*, tiene razón si se refiere a no haberlos mencionado como dato bibliográfico o a no haberme referido a ellos como demostración de la exactitud de mi afirmación; porque esos artículos no pueden considerarse más que como ejemplo de crítica literaria subjetiva.

No era eso lo que se necesitaba entonces. Y ¡qué ocasión malograda la que presentaban esos dos artículos! Nada menos que la crítica al representante eminente en España del irracionalismo y del idealismo alemán, que permitiría aclarar a su partido y a las masas de otros partidos que las ideas de Ortega ponían ligaduras, eran frenos, que contribuían a entorpecer el desarrollo democrático de España. Hubieran sido además una aportación necesaria a la literatura política y filosófica española.

De ese modo, mediante ese tipo de polémicas, se ha enriquecido el pensamiento filosófico y la ciencia política a través de la historia. Así se desarrolló el materialismo francés; así se ha ido enriqueciendo y se enriquece el marxismo; en esas batallas ideológicas de las épocas de transición y cambio, se pone a prueba la superioridad de unos principios sobre otros. Muy pobre es la literatura ideológica y filosófica de España en el período de cambio de la monarquía semi-feudal a la República. Agrade o no agrade, la casi excepción fué la obra de Ortega, y tuvo el campo libre.

Además, esa polémica ideológica no hubiera excluido la posibilidad de una plataforma común, consciente y clara, entre sectores políticos y sociales diferentes, pero con objetivos comunes inmediatos. Habría evitado el

marchar a ciegas y que el compromiso necesario se convirtiese en una amalgama confusa. La confusión entre democracia y liberalismo se habría aclarado.

Pero quiero advertir que al señalar esa ausencia de crítica a las ideas de Ortega, que hubiese sido crítica a una ideología burguesa, no existe un ingenuo afán de dar constancia de esa falla. No es más que una comprobación que no conviene olvidar hoy.

Sin embargo, había tradición española al respecto. En el período agitado de la última parte del siglo XIX, tuvo lugar en nuestro país un hecho histórico fundamental en el terreno ideológico, que la literatura burguesa silenció o adulteró. Entonces, con la ayuda de Marx y Engels, de la Primera Internacional, y con la participación directa de un colaborador de los fundadores del socialismo científico, Pablo Lafargue, llegó a nuestro país la ciencia más avanzada sobre el desarrollo de la sociedad. En la infancia del socialismo español, esas ideas sirvieron para tratar de eliminar del proletariado la influencia de la ideología confusa del bakuninismo y del prudhonismo. La ideología del socialismo científico dotaba a la clase obrera de una teoría que le permitiría discernir el contenido de clase de las ideas que, en las condiciones de España, pudieran aumentar aún más la confusión entre el proletariado. El socialismo español utilizó el marxismo en sus primeros esfuerzos de esclarecimiento ideológico; pero esa etapa fué breve. Y se creó una confusión ideológica en el proletariado, de la cual debían beneficiarse los ideólogos de la clases dominantes.

No puede decirse que los artículos de Luis Araquistáin en «Leviatán» titulados: *Ortega y Gasset: profeta del fracaso de las masas*, signifiquen la más mínima contribución a la tarea de sacar de una situación ideológica confusa al socialismo español. Resulta difícil comprender las razones de Araquistáin en resucitar esos textos, que son un ejemplo magnífico de lo que no es una crítica marxista.

Claro que, en realidad, no podía ser de otro modo, puesto que Araquistáin, aun diciéndose marxista, partía en su crítica a Ortega del mismo plano ideológico en que se apoyaba el filósofo. Esa crítica pone de relieve que había entre ellos demasiadas coincidencias de fondo.

Clasificación psicológica del filósofo

El lector comprenderá que no nos es posible reproducir los dos largos artículos de Araquistáin en «Leviatán», aunque me atrevería a decir que serían suficientes para demostrar lo que acabo de afirmar; pero como son viejos de más de veinte años y su difusión no fué mucha, resumiré objetivamente sus argumentos, tareas, por otra parte, nada fácil. He aquí los puntos esenciales del primero de ellos:

— las ideas de Ortega no son sino profecías, pronósticos que, además, no son nuevas en él;

— es «escritor de poca sonda y de suficiente amenidad»;

— el vitalismo de Ortega carece de originalidad. Es una idea regresiva, «en último extremo antivital».

(Advirtamos que esos juicios están formulados casi con el mismo esquematismo que se resumen aquí. Sobre ninguno se da el « porqué ».)

— Ortega es inconsecuente en política; en 1914 dijo que « el socialismo es una nueva forma de aristocracia »; años más tarde descubre que el capitalismo es el medio natural y paradisíaco para las minorías selectas : unos fabricantes de papel en todas sus formas y contenidos — papel para imprimir, papel impreso, como periódico y como libro — le nombran mentor de sus varias empresas » (Con esto alude Araquistáin a las actividades editoriales de Ortega);

— bajo un subtítulo : *El filósofo de moda*, se caracteriza a los lectores y seguidores de Ortega de « snobs », ociosos » y « pedantuelos », y al filósofo de « vanidoso » y soberbio »;

— en el subtítulo que sigue : *El filósofo profético*, se diagnostica a Ortega de « profetismo » que « es una de las formas más típicas de mentalidad inmadura y poco informada »;

— siguen citas de filósofos idealistas como el psiquiatra y filósofo Jaspers y el psicólogo Jung, y después de una larga disertación con citas de psiquiatras y psicólogos sobre la « filosofía profética », Araquistáin llega a la siguiente conclusión : « Me he detenido a diseñar un tipo mental al que, en mi opinión, pertenece psicológicamente Ortega y Gasset, para explicar por qué sus ideas y su actuación política no podían tener éxito en España ni en ninguna parte, ni como hierofante o jefe de élite ni como aspirante a conductor de masas. Su pensamiento es anacrónico »... « Es el pensamiento de un pequeño burgués con un complejo de inferioridad social que se compensa y manifiesta en esa división simplista de la historia en masas y minorías selectas. Y cuando anuncia el fracaso de las masas sólo quiere vengar en ellas su propio fracaso »;

— y para mayor justificación, una cita del filósofo del pragmatismo, William James : « la historia de la filosofía es en alta medida un choque de ciertos temperamentos humanos... »;

— toda esta clasificación psicológica se resume así : « si a alguien le parece este personalismo poco leal como crítica objetiva, le diré que precisamente esta reducción de la filosofía y sus sistemas a una topología psicológica de épocas históricas o de temperamentos individuales es el tema que actualmente más interés suscita en el mundo como problema del conocimiento »;

(Araquistáin había dejado transcurrir demasiado tiempo, porque en 1934-35 ya no era ése el tema que más interés suscitaba en el mundo « como problema del conocimiento »; la moda estaba en trance de envejecer.)

— y como último argumento contra Ortega, una cita de Dilthey — (introducido en España por el propio Ortega ! — sobre el hombre y su obra :

— después de declarar que no le preocupa la filosofía de Ortega, Araquistáin termina este artículo con un párrafo enigmático : y « no es que ahora empiece a preocuparme. Nos preocupa porque ahora es extemporánea ». Las razones son porque « el gran proceso histórico que agita al mundo es demasiado dramático para convertirlo en liviano tema de filosofía de salón. Que se tome partido no sólo es lícito, sino obligado.

Lo ilícito es fingir que se ignoran los términos del drama o falsearlos en su esencia, para hacer como que no se toma partido, y presentarse a los contendientes como un severo juez de campo de la Historia, dotado además del poder de leer el futuro de las estrellas. Eso tiene dos nombres: hipocresía y superchería. ¿Por qué es ahora extemporánea la filosofía de Ortega? ¿Qué términos del drama ignora o falsea Ortega? Ni antes ni después de este párrafo nos proporciona Araquistáin ningún elemento para que sepamos a qué atenernos. Ignoramos en qué consisten. En la obra de Ortega aparece con evidente claridad el papel que había asumido de ideólogo de la burguesía española.

En este primer artículo no se procede, pues, a una crítica interna ni de la filosofía de Ortega ni del libro *La rebelión de las masas*. Sobre la idea de Ortega acerca de las masas no se ofrece al lector más que lo siguiente: «A los que profetizan lo que ellos llaman el fracaso de las masas y que a ciencia cierta nadie sabe lo que es, hay que responderles: las masas podrán fracasar o no; lo que el mundo sea dentro de 50 años, de 100 años, de tres siglos, nadie puede saberlo; pero lo que sí sabemos ya es esta verdad absoluta: que los que anuncian el fracaso de las masas son hombres que quieren que fracasen, que les conviene que fracasen; la profecía es un anhelo profundo de su espíritu. Esta verdad está delatada en su carácter, en su temperamento, en toda su vida. Así comprendemos mejor su obra. Y analizando su obra comprendemos mejor su vida».

Este artículo fué publicado en diciembre de 1934, es decir, en un momento en que la realidad política exigía la mayor claridad sobre los conceptos «masas», «Estado», «sociedad». La clase obrera y los sectores sociales más avanzados acababan de sostener una dura lucha contra la reacción española. La problemática era la democratización del Estado, la participación de las masas en esa tarea, y en el terreno ideológico la difusión y el desarrollo del marxismo, lo que exigía, entre otras cosas, la lucha contra la influencia del irracionalismo y del idealismo alemán, que tanto había contribuido a desarmar ideológicamente a una parte del pueblo de Alemania ante la acometida del hitlerismo. ¿Podía conseguirse eso polemizando el intelectual socialista con el representante más eminente en España de ese irracionalismo e idealismo alemán a base de textos diferentes, pero de filósofos de la misma escuela? Pocas consecuencias ideológicas y políticas podía tener en los sectores influidos por la filosofía orteguiana.

Coincidencias de fondo y discrepancias de forma sobre la teoría del Estado

En el segundo de los artículos (enero de 1935), Araquistáin prometía analizar la obra de Ortega y su concepto sobre la sociedad. En él nos encontramos con la siguiente frase que un marxista puede suscribir: «Detrás de la más arcana metafísica hay siempre una actitud ante la vida, una política más o menos programática».

Desgraciadamente esta frase queda sin justificación. Porque Araquistáin no nos descubre la política que se oculta detrás de la metafísica orteguiana.

Pero, en este artículo se aborda el examen de las ideas de Ortega sobre la sociedad. Más concretamente, sobre el origen del Estado. Así, pues, entramos en el problema fundamental que, entonces y hoy, como dijo Lenin, es de « una importancia singular, tanto en el aspecto teórico como en el aspecto político práctico ». (Lenin, *El Estado y la Revolución*.)

Claro que Lenin, eminente teórico sobre el Estado, advertía que « el problema del Estado es uno de los problemas más difíciles y quizá más embrollados por los sabios, los escritores y filósofos burgueses ». (Lenin, *Acerca del Estado*.)

¿Cuál es la teoría de Ortega sobre el origen del Estado? Que el Estado nace de la guerra. No voy a entrar en las múltiples definiciones de Ortega sobre la función del Estado. En ello Ortega no ha hecho más que repetir conceptos del liberalismo. Lo que importa ahora es lo que con palabras de Araquistáin constituye la « entraña del problema » y lo que nos va a dar el elemento decisivo sobre la magnitud de la discrepancia ideológica entre Araquistáin y Ortega.

En *El Origen Deportivo del Estado*, Ortega y Gasset presenta el paso de la endogamia a la exogamia en la tribu primitiva como origen de la guerra y por consecuencia del Estado. Según Ortega el joven de esa tribu « necesita acometer empresas » porque « siente, sin que se sepa por qué, un extraño y misterioso asco hacia las mujeres parientes con quienes vive en la horda y un apetito de imaginación hacia las mujeres otras, las desconocidas »... « deciden robar las mozas de hordas lejanas ». « Pero para robarlas hay que combatir y nace la guerra como medio al servicio del amor. Pero la guerra suscita un jefe y requiere una disciplina; con la guerra que el amor inspiró surge la autoridad, la ley y la estructura social ».

Lo secundario aquí es la caza de hembras del joven rijoso de la tribu. Lo que ha tenido verdaderas consecuencias es la guerra que ese deporte provoca y el que de esa guerra nace el Derecho, y las clases sociales. Fijémonos bien : el origen del Estado y de las clases sociales en la teoría de Ortega es la guerra. Las causas de esa guerra las conocemos.

En su segundo artículo de « *Leviatán* », Araquistáin expone su tesis frente a Ortega, mejor dicho, la de una escuela de la sociología burguesa sobre el origen del Estado, que él hace suya. Y resulta que según esa tesis, que Araquistáin sostendrá en adelante con entusiasmo delirante, « el Estado nace de la guerra y de la conquista ». El proceso es el siguiente : sobre una comunidad primitiva cae otra comunidad agresora (debe ser también primitiva, aunque Araquistáin se lo calla, pues de lo contrario ya habría nacido el Estado) y la comunidad agresora conquista y sojuzga a la primitiva : ha nacido la sociedad y con ella el Estado ».

Ortega daba como móvil de la agresión el impulso amoroso. Araquistáin prescinde de ese ropaje romántico y, al parecer, limita la agresión al puro instinto de sojuzgar para que nazca el Estado.

En lo que es « la entraña del problema » hay coincidencia fundamental entre Ortega y Araquistáin, puesto que para los dos el origen del Estado es la guerra. Y es natural; las fuentes de ambos son las mismas : la sociología burguesa. No hay más que diferencias literarias. ¿Puede aceptarse como crítica a la teoría de Ortega sobre el origen del Estado el bizantinismo de decir lo mismo con otras palabras? No creo que sea posible; por consiguiente, es lícito lamentarse de esa ausencia.

Pero en mi comentario afirmaba algo más, y era que Araquistáin ha ido incluso más lejos que el propio Ortega. Aludía a que la teoría de la escuela sociológica liberal burguesa sobre el Estado la utiliza años después para desfigurar el marxismo ante sus lectores socialistas al propagar esa ideología burguesa, con las consecuencias que más adelante verá el lector.

En Ortega el origen guerrero del Estado servía para justificar su liberalismo. Era lógico que se apoyara en una tesis liberal sobre el Estado. Sería ingenuo pretender avergonzar al intelectual burgués por el carácter burgués de su ideología. La actitud ideológica de Ortega era en eso comprensible: difundía entre la burguesía una ideología burguesa. Estaba en su derecho y era lógico consigo mismo. No tan lógica se halla la posición de Araquistáin que no se dirige a un público burgués, sino a los socialistas españoles, a quienes presenta ideas de la burguesía, precisamente para combatir la ideología del proletariado, es decir, el marxismo.

La idea sociológica del Estado

En enero de 1953 se publicó en cuatro números del periódico « El Socialista » un extenso ensayo de Luis Araquistáin titulado *España ante la idea sociológica del Estado*. En esta obra — pues tiene las proporciones de un libro — se presenta en forma más desarrollada la tesis que el autor expuso, sobre el origen del Estado, en el segundo de los artículos de crítica al libro *La Rebelión de las Masas*.

El propósito del ensayo de Araquistáin es aplicar esa teoría al problema español, « comprender mejor lo que es el régimen hoy imperante en España », y llegar, a través de su tesis acerca del origen del Estado, a consecuencias prácticas, es decir, políticas.

La teoría de la escuela sociológica liberal sobre el Estado consiste, como hemos visto, en que éste nace de la guerra. Araquistáin dice en su ensayo que « el nómada y el pirata son los que hacen la historia, es decir, los creadores del Estado ».

Pero esos sociólogos liberales sostienen, y Araquistáin lo repite, que las guerras de conquista entre tribus primitivas tenían por objeto sojuzgar a las comunidades agrícolas, hacerles trabajar para el conquistador, esclavizarlas, es decir, crear el Estado esclavista.

La « debilidad » de esa « teoría » es que hace caso omiso de las bases económicas que dieron origen a la aparición de las clases, y transforma la violencia, la conquista, en una fuerza independiente sin relación con el desarrollo económico. Es una « teoría » idealista y metafísica que no responde a la cuestión de cómo en la tribu ganadera y guerrera se opera el proceso de ir a la conquista de esclavos, de crear el Estado, o si se quiere de crear un instrumento — el Estado — encargado de someter a una parte de la población para que trabaje en beneficio de la otra. Es una teoría parecida a las que sostienen el origen divino del Estado.

Que las tribus primitivas en su período preestatal luchaban unas con otras es evidente. Pero, como el desarrollo de las fuerzas productivas en esas tribus estaba al mismo nivel entre vencedores y vencidos, al prisionero se le mataba, se le sacrificaba en ritos o la tribu le asimilaba en

un plano de igualdad. Es decir, no se planteaba el problema, porque no podía plantearse, de ir a la conquista de prisioneros para convertirlos en esclavos o sojuzgar a otra comunidad para « explotar su trabajo ». Para eso era preciso alcanzar una fase más desarrollada en la evolución económica, que fue resultado del perfeccionamiento de los rudimentarios instrumentos primitivos, lo que permitió al trabajo individual producir algo más de lo estrictamente necesario para la supervivencia del trabajador. Así se creó la posibilidad objetiva de apropiarse ese excedente. Comenzó a ser provechoso no matar a los prisioneros sino obligarles a trabajar para los vencedores, convertirlos en esclavos. Tal fue el punto de partida de la primera forma de explotación del hombre por el hombre, de las primeras clases de explotadores y explotados. Como se vé, el factor determinante fue esencialmente económico. La guerra jugó un papel importante, pero subordinado.

El marxismo no niega el papel de la violencia en el desarrollo histórico; pero la violencia está condicionada por una base económica concreta, y desempeña una importante función en el desarrollo de la sociedad, que puede ser revolucionario o reaccionario. Pero lo determinante del desarrollo de la sociedad es la base económica. « La violencia, decía Carlos Marx, es la comadrona de toda vieja sociedad que lleva en sus entrañas otra nueva ».

Esa « teoría » del origen bélico del Estado, como diría Ortega, no es nueva. Hasta que el marxismo descubrió las leyes objetivas del desarrollo de la sociedad, los hombres daban explicaciones idealistas y metafísicas al surgimiento de la propiedad privada, de las clases y del Estado. Las explicaciones sobre el origen de la propiedad privada, de las clases y del Estado, las de carácter teológico como racionalista, en lo esencial tenían la misma raíz, y no podía ser de otro modo.

Pero al aplicar Marx y Engels el materialismo dialéctico a la Historia, pudieron descubrir que el desarrollo de la sociedad obedece, lo mismo que los fenómenos en la naturaleza, a causas materiales, en aquella de carácter económico, y que tanto los fenómenos naturales como los sociales están regidos por leyes objetivas que el hombre puede conocer.

Y el conocimiento de esas leyes objetivas permite a los hombres utilizarlas en su provecho, es decir, hacer historia conscientemente y dejar de ser juguete de fuerzas ciegas inexplicables, porque « la necesidad es ciega mientras no se tiene conciencia de la necesidad ». (Engels, *Anti-Dühring*.)

El materialismo histórico permitió descubrir que las instituciones políticas, las ideologías y el desarrollo cultural surgen de la base material de la sociedad, pero que, al mismo tiempo, esas instituciones e ideas desempeñan un papel activo influyendo en la vida material de aquélla.

Fué ésta una gran conquista del pensamiento científico.

Como todos los grandes descubrimientos, el materialismo histórico ha debido abrirse camino a través de una dura lucha contra los ideólogos de la burguesía que le combatieron y combaten tenazmente por interés de clase o víctimas de sus prejuicios intelectuales.

En la segunda mitad del siglo pasado, uno de esos ideólogos, el sociólogo liberal Dühring, emprendió la tarea de refutar el marxismo. En la esfera del materialismo histórico, Dühring empleaba parecidos argumentos

a los de los sociólogos liberales de hoy y decía que en el desarrollo histórico «el elemento primordial es la violencia». Si Dühring y su teoría pasaron a la historia, no fué por méritos propios, sino porque las teorías de Dühring dieron ocasión a que Federico Engels escribiera uno de los libros más fundamentales de la filosofía y la ciencia política moderna: el *Anti-Dühring*. En él respondía a Dühring: «la violencia podrá, indudablemente, transformar el Estado posesorio, pero nunca engendrar la institución de la propiedad como tal».

A principios de este siglo, en la escuela sociológica liberal, surgió una tendencia cuyo propósito, según sus autores, era explicar el Estado como «entidad sociológica». Su desarrollo fué la teoría del origen bélico del Estado que ya hemos expuesto anteriormente.

Su primer exponente fué el sociólogo liberal burgués, Ludwig Gumplowicz; a esta escuela se unieron otros sociólogos liberales como Franz Oppenheimer y algunos revisionistas del marxismo, de los «ortodoxos» alemanes como Kautsky y de los del llamado austromarxismo.

Así se creó la «idea sociológica del Estado» que Araquistáin propaga con algun retraso en el ensayo que comentamos. Y en su entusiasmo de neófito dice que es «mucho más que una teoría o hipótesis, es un hecho incontrovertible, una verdad demostrada, científica, y, si no la única, una de las pocas leyes positivas que elevan al rango de ciencia la historia y la sociología». Pero que no obstante todas esas virtudes que ensalza Araquistáin, la «idea sociológica del Estado» no ha tenido la difusión que merece; «parecerá extraño, dice, que si es una teoría y una realidad tan bien fundadas como yo pretendo, hasta ahora no haya tenido plena aceptación en el mundo de la ciencia oficial, ni en la propia doctrina del socialismo oficial, por así decirlo».

En esto, Araquistáin peca de pesimista. La sociología del Estado o «idea sociológica del Estado» es, como hemos dicho, una de las tendencias oficiales de la sociología liberal burguesa. Su bibliografía es abundante. Ha sido expuesta en cátedras universitarias y en revistas académicas. Ha sostenida polémicas con otra tendencia sociológica burguesa sobre el Estado, con el normativismo o concepción jurídica del Estado de Kelsen. Y a través del revisionismo, del austromarxismo y de los «ortodoxos» alemanes, ha gozado y goza de predicamento en sectores socialistas. Fué propagada antes de la primera guerra mundial en Alemania imperial y en Austria imperial, pero su apogeo se sitúa a partir de 1918. Ha sido uno de los elementos «teóricos» del revisionismo y de la sociología liberal contra el marxismo. En este sentido rebasó las fronteras de los dos antiguos imperios de Europa Central. Un especialista en ciencias políticas japonés, el Dr. Masamicho Royama, en su estudio *Political Science in Japan*, dice que «la literatura acerca de la teoría sociológica del Estado sirvió para contrarrestar la popularidad que alcanzaba el materialismo dialéctico en las universidades, como consecuencia del interés despertado por la revolución rusa». Como se ve, en los tres imperios más recacionarios la idea sociológica del Estado desempeñaba su papel.

En Alemania y Austria se produjo con la literatura de la sociología del Estado un fenómeno en cierto sentido análogo al que en España provocaron algunas obras de Ortega, especialmente *La Rebelión de las Masas*. En el caso de Ortega no se puede afirmar seriamente que éste se propusiera escribir un breviario que alimentara las ideas del fascismo en una parte

de la juventud. Pero independientemente de su voluntad, el individualismo intelectual nitzchiano que lo inspiró, nada extrañó al liberalismo de Ortega, tuvo esa consecuencia o por lo menos ese efecto en algunos de sus lectores.

La teoría de que el desenvolvimiento de la sociedad tiene por origen la violencia y que el Estado nace de la guerra y de la conquista eran ideas nada ajenas a la esencia de la ideología del pangermanismo y del hitlerismo y, como veremos más adelante, llevó el agua al molino de estas ideologías reaccionarias.

El estilo revisionista de crítica del marxismo

Entre el segundo artículo de « Leviatán », de crítica a Ortega, y su ensayo publicado en « El Socialista », Araquistáin amplió la constelación de teóricos de la idea sociológica del Estado. Al sociólogo liberal Franz Oppenheimer añade revisionistas del marxismo. La autoridad que más invoca es Enrique Cunow « por ser él mismo un marxista ». Esto puede servir de garantía a los lectores de « El Socialista ». ¿Como no recordar a este propósito lo que escribió Lenin en *Vicisitudes del Marxismo*? : « La dialéctica de la historia hace que el triunfo teórico del marxismo obligue a sus enemigos a disfrazarse de marxistas ».

Pero los revisionistas de entonces hilaban más fino. Ni los llamados ortodoxos alemanes ni los austromarxistas hubieran incurrido en la ingenuidad de emprender la demolición de lo que Araquistáin llama la idea marxista del Estado, asegurando que Marx no elaboró « una teoría sistemática propia sobre el origen de la sociedad y del Estado », porque « acaso no le interesaba bastante o no la veía con suficiente claridad ». Para demostrarlo cita la siguiente frase del *Manifiesto Comunista* : « La historia (escrita añadió Engels, lo que Araquistáin no menciona) de toda sociedad que ha existido hasta ahora es la historia de las luchas de clases ». Pero Marx « no nos explica — dice Araquistáin — en ninguna de sus obras cómo y por qué hacen su aparición las clases sociales en la historia... Su fuerte, el valor permanente de su obra, era la historia del capitalismo y la agitación revolucionaria del proletariado para instaurar el socialismo ». Esto constituye « una laguna en la sociología marxista ».

Esta última caracterización de Marx, lo que Araquistáin llama « su fuerte », es ya clásica. Es la interpretación vulgar, superficial y demagógica que han dado de *El Capital* los sociólogos clericales y los « teóricos » falangistas cuando les era permitido hacer demagogia. Con ello tratan de ocultar la finalidad del análisis histórico que hizo Marx del desarrollo de la sociedad capitalista, que le permitió descubrir las leyes económicas del capitalismo y de cuyo descubrimiento dedujo la inevitabilidad del paso de la sociedad capitalista a la sociedad socialista. Esto es, « su fuerte ». « La finalidad fundamental de esta obra — escribió Marx en el prólogo a *El Capital* — es descubrir la ley económica que mueve a la sociedad moderna. »

Pero vayamos a la « laguna » en la sociología marxista.

Cuando Araquistáin afirma que « Marx no explica en ninguna de sus obras cómo y por qué hacen su aparición las clases en la historia », porque « acaso no le interesaba bastante », y que « Engels se encargó

de llenar esa laguna con su definición del Estado », cabe pensar que Araquistain ignora las obras del marxismo, y sigue ciegamente, deslumbrado por la idea sociológica del Estado, a los falsificadores del marxismo. Pero cuando se pretende criticar seriamente el marxismo, es obligado conocer que Marx comenzó a escribir en 1844 su *Crítica a la Filosofía del Derecho de Hegel*, en la que aborda la cuestión del Estado, las relaciones de interdependencia entre el Estado y las condiciones materiales de la vida social. « En 1845 — escribe Engels — Marx había completado ya, en sus líneas generales, su teoría materialista de la historia y nos pusimos a elaborar detalladamente en diferentes campos estas nuevas concepciones ». De ese trabajo fué producto la *Ideología Alemana*, en la que se formulan las tesis esenciales del materialismo histórico. En esta obra se presenta por primera vez la idea de la sucesión lógica de las formaciones económicas sociales y se plantea el problema de los diversos aspectos que presentaban las primeras comunidades humanas. Marx y Engels señalaban en *La Ideología Alemana* que en el alba de la civilización existía una propiedad común y que la sociedad se basaba esencialmente en relaciones consanguíneas.

La « laguna » se iba cubriendo. Y en 1848, el *Manifiesto Comunista* anunció al mundo el nacimiento del socialismo científico, presentando la teoría de lucha de clases como fuerza motriz de la historia.

Con palabras de Marx, podría explicarse este proceso. En el prólogo a su obra *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, publicada en 1859, escribía : « El primer trabajo que emprendí para resolver las dudas que me asaltaban fué una revisión crítica de la *Filosofía del Derecho de Hegel*... Mis investigaciones condujeron a este resultado : que las relaciones jurídicas — así como las formas de Estado — no pueden comprenderse ni por sí mismas, ni por la pretendida evolución del espíritu humano, sino que, por el contrario, su raíz está en las condiciones materiales de existencia ».

« El resultado general a que llegué y que, una vez adquirido, sirvió de hilo conductor a mis estudios, puede formularse así, brevemente : en la producción social de su existencia, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a un grado de desarrollo determinado de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base concreta sobre la que se eleva una superestructura jurídica y política... »

Ese hilo conductor de que habla Marx hizo posible, mediante la aplicación de un riguroso método científico, descubrir que el desarrollo de la sociedad está determinado por el desarrollo de las fuerzas productivas y los consiguientes cambios que se operan en las relaciones de producción : que el progreso de los medios de producción, y en general de las fuerzas productivas, condujo a la división social del trabajo e incrementó la productividad del hombre. Esto originó en la sociedad primitiva la posibilidad de crear un producto suplementario ; es decir, la fuerza de trabajo del hombre podía producir mayor cantidad de productos de los necesarios para su uso personal. Se inició un intercambio de productos, al principio casual y esporádico, y que después es permanente, con otras comunidades. « Los productos de la comunidad — dice Engels — adquieren la forma de mercancías ». (*Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*.) Todo esto, en su conjunto, condujo a la desigualdad de bienes, a la aparición de la propiedad privada sobre los medios de producción.

Así se formaron las bases objetivas de carácter económico y social para la aparición de las clases y, como consecuencia, del Estado. ¿Quién puede ingorar, si conoce directamente las obras de Marx y de Engels, y no las falsificaciones de éstas, que los fundadores del socialismo científico explicaron y demostraron — basándose en el estudio de la historia de la antigüedad y de los pueblos de Asia, Oceanía y América que aun vivían en estado primitivo, en los descubrimientos de la etnografía — este desarrollo de la sociedad, la aparición de las clases y del Estado? Naturalmente que la división de la sociedad en clases fué acompañada de la violencia, de la rapiña de los bienes sociales; pero lo determinante en la disolución de la sociedad primitiva fué el desarrollo de los medios de producción y los consiguientes cambios en las relaciones de producción.

Pero Araquistáin no refuta ninguna de las tesis del marxismo; las declara inexistentes y dice a sus lectores que en la sociología marxista hay una laguna. Ocurre, a veces, que el prejuicio intelectual impide a ciertas gentes enterarse de la ideología que quieren combatir y que sólo la conozcan de segunda mano, a través de versiones falsificadas o mutiladas de los teóricos de la ideología más afín. No otra explicación puede darse al método de crítica del marxismo que emplea Araquistáin. Su método no es nuevo; es un viejo método revisionista que consiste en negar u ocultar las tesis marxistas, en mutilarlas o falsearlas. El dejarse conducir por los Cunow trae estas consecuencias.

¿Error deliberado?

El modo de citar a Engels en el ensayo publicado en « El Socialista » es un ejemplo del estilo revisionista.

Araquistáin escribe que Federico Engels intentó llenar la « laguna sociológica marxista » con su obra *Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado* (1884), es decir, más de cuarenta años después de escribirse la *Crítica a la Filosofía del derecho de Hegel*, después de la *Contribución al Estudio de la Economía Política*, de *El Capital* y el *Anti-Dühring*, las obras que llenaron esa laguna que Araquistáin continúa viendo vacía en 1953.

El *Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, afirma Araquistáin que no es una obra original. Es algo así como lo que él hace con Cunow, o sea, un resumen de divulgación del libro *Ancient Society*, del sociólogo norteamericano Lewis H. Morgan. « Engels — dice Araquistáin — no corrige los errores de Morgan y añade otros de su propia cosecha ». ¿Cuáles son los errores de Engels? Araquistáin los señala sin titubear. En la definición del origen y de la función del Estado, Araquistáin atribuye a Engels la siguiente frase: « es necesario, al parecer, que sobre la sociedad se alce un poder que amortigüe el conflicto y lo mantenga dentro de los límites del orden; y este poder, surgido de la sociedad pero situado sobre ella, cada vez mas extraño a ella, es el Estado ».

Ahora bien, Engels no habla de que sea « necesario, al parecer, que sobre la sociedad se alce un poder ». Lo que dice Engels es, y en ello va todo el contenido de la concepción marxista del Estado, que ese poder « aparentemente está sobre la sociedad ». O sea, Engels formula, con precisión, la tesis marxista que niega el carácter que los sociólogos bur-

gueses y los revisionistas atribuyen al Estado de instrumento imparcial, situado por encima de las clases, que sirve de equilibrio jurídico entre las clases. Por eso Engels dice aparentemente. Porque es siempre instrumento de la clase dominante.

La "idea apriorística" del desarrollo de la sociedad

Araquistáin acude también a otra autoridad, al revisionista Max Adler, del que cita un libro, naturalmente « marxista », sobre la concepción marxista del Estado.

Adler sigue, como todos los revisionistas, las huellas del Dr. Dühring. Según ellos, la doctrina marxista sobre la sociedad es consecuencia de una idea apriorística, que Marx y Engels habían recibido de Hegel y que es la clave de toda su « filosofía social : la dialéctica de la historia ».

Araquistáin va a seguir con entusiasmo esta idea vieja, pero que a él le parece nueva. Sin embargo, hace mucho quedó claro que la dialéctica materialista aplicada a la historia es lo contrario de la dialéctica idealista de Hegel. « Mi método dialéctico, escribe Marx en el primer tomo de *El Capital*, no sólo es fundamentalmente distinto del método de Hegel, sino que es directamente su reverso. Para Hegel, el proceso del pensamiento, al que él convierte incluso, bajo el nombre de idea, en sujeto con vida propia, es el demiurgo de lo real, y lo real su simple forma externa. Para mí, por el contrario, lo ideal no es más que lo material transpuesto y traducido en la cabeza del hombre ».

Pero, los revisionistas del marxismo y los ideólogos de la burguesía, para desfigurar el marxismo, presentan la teoría del desarrollo de la sociedad como una aplicación mecánica de la dialéctica hegeliana de la Historia. Como un esquema formado por la triada de Hegel : tesis, antítesis y síntesis. Dühring lo llamaba juego de palabras y Araquistáin juego filosófico. Pero Dühring murió hace muchos años y Araquistáin escribe ensayos en « *El Socialista* » con todos los retazos que dejaron los Dühring y revisionistas del marxismo que en el mundo han sido.

Por eso es necesario recordar que, cuando Marx demuestra la inevitabilidad del socialismo, los ideólogos de la burguesía se apresuran siempre a calmar los nervios de los capitalistas y gritan : « Pero esa inevitabilidad es una idea apriorística, idealista ; las leyes del marxismo no son más que un esquema al que se quiere adaptar la realidad ; la realidad burguesa puede ser eterna ; basta oponer un esquema a otro ». Es la actitud del avefetrus. Pero un socialista no debería temer el examinar serenamente esas leyes del desarrollo histórico ; debería evitar caer en la grosera trampa antimarxista.

Es exacto que la triada es un esquema al que Hegel adaptaba la realidad ; pero Hegel era idealista. Marx era materialista y, cuando Marx abordó la demostración del inexorable proceso hacia el socialismo, no partió de un esquema al cual iba a adaptar la realidad, sino que procedió al examen concreto de la evolución social. Es decir, empleó un método científico y no mediante un proceso especulativo de la idea, como es el caso en Hegel, sino que al estudiar el desenvolvimiento de la sociedad observó que ésta se desarrolla mediante un proceso dialéctico, mediante la lucha de los contrarios, mediante la negación de la negación, mediante el paso de

lo inferior a lo superior. Ese es el proceso de la historia de la humanidad, y ése es el de la naturaleza. Los hechos demuestran que la sociedad y la naturaleza evolucionan dialécticamente, a través de la acción de las leyes de la dialéctica. Esto es hoy evidente para todo investigador, aunque se halle políticamente muy alejado del marxismo. Pero los ideólogos de la burguesía a quienes aterran los cambios, las transformaciones inevitables, sostienen desde posiciones anticientíficas, para frenar la marcha de la historia, que la inexorabilidad del socialismo no es más que producto de un esquema de Marx y Engels.

Los conquistadores de ojos azules y los explotados de tipo ibérico

La idea sociológica del Estado niega que la fuerza motriz de la historia sea la lucha de clases. Pero ¿cómo explicar el movimiento de la historia? Su fórmula es simple, vieja como el mundo; para ello se sustituye la lucha de clases por la lucha entre razas, y las distintas clases de la sociedad con el resultado de luchas entre razas fuertes y razas débiles, y en las que las primeras vencieron. Así la lucha de clases, la « diferencia » entre las clases, no es otra cosa que diferencias entre individuos fuertes y débiles, de distintas razas, no entre explotados y explotadores incluso de la misma raza. Poco importa que los sociólogos del Estado afirmen y reafirmen, como hace Araquistáin, que ello no obedece a causas biológicas, a maldición divina. Ellos quieren dar una explicación « científica », porque son « marxistas » sus propagadores, y es que « la diferenciación de clases fué un producto de un tipo de economía, la pastoril, más apta para la conquista y el dominio que las otras, y también del azar personal del nacimiento en las posteriores ». Y Araquistáin, con los teóricos de la idea sociológica del Estado, llega a la conclusión en su ensayo publicado en « El Socialista », de que « la historia del Estado sociológico nos demuestra que las clases sociales no nacieron por automatismo económico en el seno de cada grupo humano, sino de la lucha de razas y pueblos ».

Esto dió lugar a una raza inferior, víctima de la conquista o del « azar personal del nacimiento ». Por eso, he aquí sus palabras : « el proletariado moderno en su mayor parte, desciende de razas vencidas y sosjuzgadas ». Y a continuación la demostración : « En los países europeos donde he vivido, muy rara vez he visto un obrero alto, rubio y de ojos azules, es decir, el tipo corriente de la última raza, la germánica, que conquistó y dominó este continente. Casi siempre, los obreros que yo he conocido eran de tipo ibérico, pequeño, dolicocefalo, moreno, asténico, de ojos y pelo negros, probablemente de origen africano, que se extendió por una gran parte de Europa, incluso por las islas británicas... o eran braquicefalos, cabezas anchas, corpulentos, pelo y ojos castaños, que también se derramó por Europa en mayor escala que la ibérica ». « Iberos y celtas son las razas vencidas ».

Después de lo anterior es inútil que Araquistáin rechace, acto seguido « el orgullo racial teórico » de Gobineau. La realidad es que la idea sociológica del Estado conduce a la superioridad racial de « casta ». Y como agudamente señala el profesor Juan Comas en *The race question in modern science*, el racismo de Gobineau no es un concepto nacionalista, sino un concepto aristocrático de clase cuya finalidad es defender la situación de

Esta contra un proletariado bastardo. Es el concepto de minoría privilegiada y seleccionada, para gobernar y dirigir en cualquier nación los destinos de las masas mestizas « inferiores ». Es el viejo concepto racista del latino degenerado racialmente. Ortega y Gasset, a pesar de su individualismo intelectual nietzscheano, no llegó a tanto.

Esta es una idea básica de la idea sociológica del Estado, que Araquistáin utilizó ya, en el segundo artículo sobre la Rebelión de las Masas, en el que, refiriéndose a la Revolución rusa, decía que, « aparte de su finalidad específica, es el dique mayor a una invasión de Europa por la raza amarilla, sobre todo por el pujante pueblo japonés ».

Un viejo tema con viejas variaciones :

La integración de explotados y explotadores o de "conquistados y conquistadores"

Araquistáin presenta también una dialéctica, la dialéctica de la idea sociológica del Estado. Pero es una dialéctica cuyo desarrollo llega un momento que se detiene que no tiene razón de ser; porque el Estado nacido de la guerra, « Estado de clases », es decir, de razas vencedoras y vencidas, se convierte en Estado en el que se integran esos vencedores y vencidos.

Pero será mejor exponer esa dialéctica con palabras del propio Araquistáin, que dice así en su ensayo de « El Socialista » : « tesis : conquista y dominación de un pueblo por otro ; ha nacido un Estado de clases, unos los dominadores y otros los dominados (la idea sociológica del Estado huye de la terminología socialista de explotados y explotadores) ; antítesis : reconquista del territorio nacional, de los bienes y la plenitud de derechos de los vencidos de ayer vencedores de hoy ; el medio puede ser la guerra como la de los cristianos contra los musulmanes de España, o una gran revolución como las de Inglaterra y Francia : cabe también que la reconquista sea pacífica, por mezcla de clases a lo largo del tiempo, por infiltración recíproca, por compenetración, por amalgama. Síntesis : los primeros reconquistadores y reconquistados, si han permanecido en el mismo territorio, forman una nueva comunidad y un Estado que gradualmente modifica su carácter primitivo de instrumento de opresión de unas clases por otras ». « Es lo que está ocurriendo en las naciones modernas de la civilización occidental... ». « El egoísmo colectivo nacional se superpone al egoísmo individual y al egoísmo de las clases sociales. »

« El alto capitalismo descubre que su interés no es pagar lo menos posible al obrero ». « Puede decirse que las clases están desapareciendo a ojos vistas. ». « A ello contribuyen en gran escala los impuestos con que los gobiernos gravan toda propiedad... ». « La gran burguesía está pasando a la historia. La riqueza, la propiedad, se democratiza, se nivela. Todavía no es el socialismo, pero sí la mayor revolución social de todos los tiempos. »

A estas conclusiones llegaba Araquistáin en su ensayo sobre la idea sociológica del Estado publicado en « El Socialista ».

Posteriormente, Araquistáin vuelve a desarrollar el mismo tema para los lectores de « El Socialista », en un artículo publicado el 8 de septiembre de 1955, en el que escribe :

« Puede ocurrir que la realización del socialismo por el Estado se retrase en una etapa previa que Marx y Engels no previeron... la asociación de los obreros a las empresas capitalistas. Pero en cierto modo también esto puede considerarse como una forma de socialismo, en cuanto que desvincula la riqueza de la burguesía, la sustrae a su monopolio y en parte por lo menos la socializa al hacer partícipe de ella a la clase trabajadora... »
 « Todos los Estados, hasta los más retrógrados, están haciendo socialismo sin saberlo, como el burgués gentilhomme de Molière que hablaba en prosa sin saberlo. Lo está haciendo la propia España teocrática, militar y falangista... »

Luego veremos lo del « socialismo » en « la España teocrática, militar y falangista ». De momento examinemos de dónde saca Araquistáin, y con qué fines, la idea de un proceso de integración de las clases en el Estado. Lo primero que llama la atención es la coincidencia de esas tesis con ciertos documentos de propaganda que difunden las Embajadas de los Estados Unidos, a base de la literatura de los sociólogos y economistas de los monopolistas norteamericanos. Por ejemplo, en un folleto del economista norteamericano F. L. Allen, distribuido por la Embajada Americana, se dice :
 « En doce años, los americanos han realizado una de las grandes revoluciones sociales de la historia, igual que el Sr. Jourdain (el personaje de Molière que cita Araquistáin) que hablaba en prosa sin saberlo... El sistema que ha producido este cambio extraordinario tiene algo de extraordinariamente nuevo...; no es el capitalismo en el sentido que tenía en otro tiempo, pero tampoco es el socialismo... Tal vez se le pudiera presentar diciendo que es un capitalismo revisado, democratizado y ayudado por la acción del Gobierno... » (*L'Amérique du demi-siècle*, Frederik Lewis Allen).

Eso es lo que los ideólogos de la gran burguesía norteamericana llaman *people's capitalism* ; o sea, capitalismo popular. Araquistáin lo presenta a sus lectores socialistas, con la envoltura de una terminología socialista, hablando de Marx, Engels, las clases, teocracia, etc.; pero son las ideas que presenta el capitalismo monopolista norteamericano y británico, para combatir el marxismo, para desarmar y dividir a la clase obrera. Hasta tal punto que el capitalismo trata de justificarse, presentándose como la negación... del capitalismo, y sus ideólogos dicen : « la economía americana está más allá del capitalismo y más allá del socialismo ».

Como es lógico, los servicios oficiales americanos propagan estas ideas en España por los medios de que disponen. Así en la revista « *Jornal* », órgano de « difusión sindicalista » (Enero de 1958, Madrid), se dice :
 « La experiencia demuestra que el ideal de la sociedad sin clases, la conquista de la dignidad y prosperidad para todos, puede realizarse dentro del marco de una economía capitalista ».

Es patente la semejanza entre esta literatura de los altos jerarcas del sindicalismo vertical y la que Araquistáin escribe en las columnas de « *El Socialista* ». Ambas dimanar de una fuente común.

Es una campaña oficial del imperialismo americano que Araquistáin recoge en su ensayo acerca de la idea sociológica del Estado y en otros artículos de « *El Socialista* ». Campaña que no sólo tiene por objeto desviar a la clase obrera del marxismo, de la lucha revolucionaria, sino, además, servir los fines imperialistas de los monopolios norteamericanos. John Foster Dulles echaba de menos en 1950 ese arma ideológica como complemento a su política imperialista. En su libro *War or Peace* escribía :

« Nuestras instituciones no atraen los espíritus fieles necesarios para su defensa ». Y el presidente de la Inland Steel manifestaba también sus temores : « Nuestro modo de vida está amenazado por lo que piensan las gentes... se está desarrollando una batalla de ideas que podemos perder si permanecemos inactivos ». (*Creed for Free Enterprise*, Boston 1932).

Pero esas tesis no son nuevas. Todo cuanto dicen Araquistáin y los sociólogos, economistas y propagandistas de la ideología del capitalismo americano fué dicho ya hace más de treinta años, en el período anterior a la gran crisis por que atravesaron los Estados Unidos de 1929 a 1933. En el año 1928, el profesor Calver de la Universidad de Harvard pretendía también que se había operado una transformación revolucionaria en la distribución de los ingresos en los Estados Unidos, y que los obreros, mediante la compra de acciones, podían convertirse en capitalistas. « La única revolución económica que se realiza actualmente — escribía ese profesor — tiene lugar en los Estados Unidos. Es una revolución que debe eliminar la diferencia entre obreros y capitalistas, haciendo de los obreros sus propios capitalistas y obligando a la mayoría de los capitalistas a convertirse en obreros bajo una u otra forma, porque pocos de entre ellos podrán vivir únicamente de los ingresos de su capital. » (Thomas N. Calver, *The present economic Revolution in the United States*, Boston, 1928).

La historia ha demostrado la falsedad de la afirmación del profesor Calver. En 1929, a los tres años de haber proclamado en su libro esa « revolución », comenzó la crisis más grave de los Estados Unidos, con repercusiones en todo el mundo capitalista. En 1933 había en los Estados Unidos cerca de quince millones de trabajadores parados; fué la ruina para muchos agricultores, industriales y comerciantes modestos. Los ideólogos del gran capital no habían podido eliminar las contradicciones del modo de producción capitalista hablando de « revolución » y « desaparición de las clases ». Ya a comienzos de 1938 había en los Estados Unidos, según cifras oficiales, cinco millones doscientos mil parados. Ahora, Araquistáin habla de « la asociación de los obreros a las empresas capitalistas », « que se desvincula la riqueza de la burguesía », « la sustrae a su monopolio y en parte por lo menos la socializa al hacer partícipe a la clase obrera » (« El Socialista », 8-9-1955), que la « riqueza, la propiedad se democratiza ». (*España ante la idea sociológica del Estado*.)

Claro que Araquistáin no presenta la menor prueba de lo que afirma. Pretende llevar a sus lectores a conclusiones políticas a base de una teoría cuya validez no sostiene con datos. Sin embargo, en favor de una revolución deben hablar más los hechos que las palabras. Y en este caso los hechos son elocuentes : las cifras de los bancos, de la bolsa, las estadísticas, incluso oficiales, desmienten rotundamente que se democratice la riqueza. Veamos los datos, no de la democratización y nivelación de la riqueza, sino de su enorme concentración en los Estados Unidos :

EVALUACIÓN DE LA RIQUEZA GLOBAL DE ALGUNAS FAMILIAS

En millones de dólares

	1937	1956
Du Pont de Nemours	574	4.660
Mellon	321	3.769
Rockefeller	397	3.515

(Datos tomados del artículo de V. Perlo, consejero económico del Gobierno de los Estados Unidos durante el New Deal, publicado en *Aspects du*

capitalisme contemporain, Collection « Recherches Internationales à la lumière du marxisme »).

« Estas cifras, comenta Perlo, no incluyen centenares de millones, por lo menos de bienes personales y de títulos disimulados ». Tres familias poseen más capital productivo que todos los obreros de los Estados Unidos, o que toda la población de países en los que esas familias realizan inversiones ».

No hay por consiguiente merma del monopolio de la riqueza. Araquistáin tampoco ofrece a sus lectores datos sobre « la asociación de los obreros a las empresas capitalistas ».

En realidad, la participación de los asalariados en las empresas, es decir, los que poseen acciones, según el « Bulletin Office Federal de Reserves », de mayo de 1955, es del 3 %. Araquistáin oculta esto a sus lectores. Y tal vez lo ignore, porque los folletos de propaganda de las embajadas americanas silencian estos hechos, que cuando la Ford y la General Motors propusieron a sus obreros, en 1955, sustituir un aumento de salarios por la compra de acciones para « participar en la empresa », los propios dirigentes del sindicato, que no pueden ser tachados de « rojos », rechazaron la propuesta. La realidad es — y la idea sociológica del Estado no lo puede ocultar — que el Estado capitalista es una organización de la clase capitalista cuya misión es proteger las condiciones generales de la producción capitalista y que, para que desaparezcan las clases y la explotación del hombre por el hombre, para llegar a una sociedad socialista, es necesario que la clase obrera instaure su propio poder político.

La idea sociológica del Estado hace milagros, y por eso, para Araquistáin, ya no es sólo en EE.UU. o en Inglaterra donde está desapareciendo el capitalismo, sino también en la España « teocrática, militar y falangista »; y bajo la dictadura del general Franco « se hace socialismo » sin saberlo, como el personaje de Molière — citado por el economista americano Allen (y por el propio Araquistáin) — cuando hablaba en prosa.

Araquistáin, como otros revisionistas, ve en el capitalismo monopolista de Estado, tal como existe hoy en España, una especie de socialismo, « gérmenes de socialismo ». ... A este respecto el artículo de Juan Gómez, publicado en el número anterior de NUESTRAS IDEAS demuestra suficientemente cómo el capital monopolista utiliza el Estado a su servicio; cómo la oligarquía financiera es la que se beneficia del capitalismo monopolista de Estado, en detrimento de la clase obrera, de los campesinos y de las capas medias en general, e incluso de la burguesía no monopolista. Por eso, contra la dictadura franquista, contra la dominación de la oligarquía financiera, se levanta hoy en España un movimiento de extraordinaria amplitud política y social.

¿A qué conclusiones políticas llega Araquistáin con la idea sociológica del Estado, y su tesis de la integración de la diversas clases de la sociedad en un Estado situado por encima de las clases? No sólo a negar la lucha por el socialismo, sino incluso la lucha por la democracia. Y como los « gérmenes de socialismo » del franquismo pueden justificarlo todo, a enmascarar de realismo político una capitulación ante la reacción monárquica, en el fondo ante el franquismo.

La posición política que Araquistáin ha propugnado recientemente en el VIIº Congreso del Partido Socialista Obrero Español, celebrado en Toulouse

en agosto de 1958, es el resultado lógico, en el terreno político, de sus posiciones ideológicas a que nos venimos refiriendo.

Como, según Araquistáin, las clases están desapareciendo « a ojos vista ». ¿para qué la lucha de la clase obrera?

Como, según Araquistáin, la oligarquía financiera que domina en España está haciendo brotar gérmenes de socialismo, ¿para qué la lucha contra la dominación de esa oligarquía financiera, para qué la lucha contra la dictadura?

En su ensayo acerca de la idea sociológica del Estado, Araquistáin designaba a los sectores dominantes en la sociedad española como los descendientes de los godos. Era una pintoresca adaptación nacional de la teoría de las razas. Pues bien, en su discurso en el VII Congreso del P.S. O.F., llega ya a conclusiones prácticas : la integración de « godos » e « indígenas » en un Estado monárquico.

La dialéctica de la idea sociológica del Estado lleva a esa extraña conclusión.

Crítica de libros

UNA NOVELA DE JESUS FERNANDEZ SANTOS : « EN LA HOGUERA »

Un pueblo español. Como en « Los Bravos ». Este, segoviano.

Fernandez Santos nos da otro lienzo patético de la vida española. Detenido, todavía, ante ciertos trasfondos, pero expresivo y sugeridor.

Viejo tema el de los pueblos en la literatura española. Mas ya se sabe que no hay tema viejo si se mira con ojos nuevos, diríamos, simplemente realistas. Pues siempre hay algo nuevo en lo real.

No pocos novelistas de las dos generaciones anteriores se enfrentaron a esos pueblos — concretamente a los de Castilla — con un espíritu metafísico y colorista. De preferencia, sentían en ellos el tiempo; el tiempo vertido hacia atrás. Y, trastocando la categoría de elementos constitutivos, veían en sus pobladores no primordialmente seres que vivían en un instante nacional determinado, sino, ante todo, descendientes que continuaban... Nos daban de esos pueblos una visión inmutable, fatal y, en el fondo, enamorada. Y enamorada no sólo de lo que en ellos inspira amor, sino de lo otro...

Fernández Santos, por el contrario, no tiende a reconciliarnos con una realidad ingrata. Sin decirnoslo, nos invita a rechazarla.

Esos autores referidos trataban el tema de los pueblos de una manera no exclusiva pero sí esencialmente descriptivista e historicista: pasado, ni-dra y paisaje. Y frecuentemente veían al hombre en una sola dimensión: en la que le entronca con todo eso. Para ellos lo substantivo era el continente geográfico e histórico detenido. Para Fernández Santos lo más importante es el contenido humano en movimiento. Va a los pueblos en busca de las vidas que en ellos se asfixian y se frustran.

Aquella era una literatura de fin de algo. (Lo cual no significa requearle categoría estética, en el caso de Azorín altísima, ni desconocer el sitio que ocupa en la historia literaria española).

Esta es, por el contrario, una literatura de comienzo de algo...

Se advierte en Fernández Santos una inclinación crítica que aun no ha llegado a su expansión, una vocación a erigirse en crítico de la vida que contempla, de la vida con la cual se ha encontrado. Que la cultive, que la aguce, pues si esa vocación — ni ninguna — no basta para hacer por sí sola a un novelista, todos los grandes novelistas fueron poseídos por ella.

Este autor obra cuerdamente al huir de sobrecargas y convencionalismos en la descripción de sus pueblos. En realidad no los describe. Los vemos, vemos su paisaje, a través de los hombres. Es la vieja tradición de la novela castellana. En ella, el protagonista es el hombre. El paisaje, como protagonista o sujeto literario primordial, vino mucho después: de una manera acusada y apasionada es difícil encontrarlo antes de los finales del XIX.

No quiero decir con esto que el paisaje sobre en la novela, ni que no deba ser pintado detallada y amorosamente por quien, como Azorín, Miró y, en otro sentido, Valle Inclán y Clarín, tenga retina y vocación para ello. Opino simplemente que en la novela lo esencial son los tipos y su conflicto. Sin asomo de recetas, claro, que en arte no las hay.



« En la hoguera » tiene varios tipos que atraen nuestra atención. Miguel, igual que el médico de « Los bravos », es un hombre — un joven — en oposición a una realidad que le desplace y le aprisiona. (Es interesante observar como se repite este tipo, con distintas variantes, en la novela y en algunas películas de la España actual. Es un tipo de joven todavía indeciso, sin norte definido o, en todo caso, inexpresado, pero en íntima colisión con esa realidad.)

El Miguel de « En la hoguera » y el médico de « Los bravos » son dos jóvenes dolorosos, torturados. Y tal vez su dolor no provenga tanto de su inconformidad, de su inadaptación, como de su soledad.

« En la hoguera » nos da el bosquejo de un gran tipo de mujer : el de doña Constanza, la viuda. Explorado, profundizado, sería capaz, por sí solo, de llenar una novela. Tras haber dejado a esa mujer atrás, enterrada en el nicho de un estante, de ella perviven en nuestra memoria su oración carnal al marido muerto, sus noches de rezos y lujuria, esa campana vetitoria que donó a la iglesia del pueblo...

Los hermanos Roja — los Rojos, como los llama Fernández Santos a lo popular — son dos trazos duros y actuales en el lienzo patético. Ambos trabajan en la mina del pueblo. El pequeño está tísico. « Si conociéramos a alguien en Madrid — se lamenta el mayor — podrías entrar en un sanatorio. Ahora todo se hace por recomendación ». Miguel pide a Madrid esa recomendación-abrete-sésamo. La respuesta no llega. El hermano mayor se impacienta. Y con la trémula ayuda del chico acaba escalando la casa de la viuda en busca del dinero que hace falta para el sanatorio... cuando la recomendación — sin que ellos lo sepan — ha surtido efecto ya. Y huyen a Madrid y todo acaba en una cárcel cualquiera...

En esta novela de Fernández Santos hay varios tipos secundarios que tienen fuerza y tienen línea : don Luis, el cura desengañado de los de arriba y temeroso de los de abajo ; Elena, la casada estéril que acecha el hijo que la soltera lleva en el vientre, que no se atreve a pedirselo y que, abortado, lo lleva a enterrar...



Me parece que « En la hoguera » acusa una creciente preocupación de su autor por los caracteres, por bucear en ellos. Ese es el rumbo seguro, pues lo que, ante todo, define a un novelista es su capacidad para tejer caracteres, para crear tipos. Lograrlo plenamente me parece difícil, si no imposible, si el escritor ve a los hombres obligatoriamente desde fuera — como cierta técnica parece aconsejar ahora — y no principalmente desde dentro. En su dimensión total, precisemos ; es decir, en sus particularidades íntimas y en el variado contexto social que de una u otra forma las condiciona. Todo ello forma el delicado complejo de la personalidad.

Al Miguel de « En la hoguera » y al médico de « Los bravos » se los ve incómodos en el marco social que los encuadra y se siente cómo ese marco influye en su carácter y en sus actos. Esa sensación está bien dada. Pero uno se pregunta : ¿ qué piensan ? Me parece que hubieran ganado como tipos literarios si el autor los hubiera visto, o nos les hubiera

enseñado — en el grado en que eso es hoy posible — más por dentro. Pese a su interés, sus silencios, y la insuficiencia del trazado psicológico, los hacen, a ratos, un tanto fantomáticos. En proporción a su importancia — y esa relatividad entre los distintos personajes no creo que sea cosa baladí — yo los he encontrado menos definidos, en algunos aspectos, que doña Constanza, que los Rojos. Lo mismo creo que les ocurre — y el autor verá qué es lo que valen estas opiniones mías — a los tipos femeninos principales de las dos novelas: Socorro e Inés. ¿Qué siente, qué piensa Socorro en su situación tan especial? Cómo ha llegado a la alcoba del viejo rico? Son cosas esenciales y el lector lamenta que el novelista se las escamotee.

Un personaje de novela se define por sus actos, pero no exclusivamente por sus actos. Necesitamos conocer sus sentimientos, sus sensaciones, sus ideas. ¿En qué se hubiera quedado Roskolnikov si Dostoyewski se hubiera limitado a mostrárnoslo a través de la acción, a través de su acto? Seguramente, en un criminal vulgar que no habría llegado hasta nosotros.

Naturalmente, no propongo, ni por lo más remoto, que el novelista establezca un inventario psicológico de sus personajes ni que discurree acerca de ellos. Eso es antiartístico. El novelista ha de sugerir tanto como ha de decir y, por otra parte, sólo los rasgos esenciales, que son los que diferencian, dibujan a los personajes. Pero a éstos hay que desnudarles el alma y hay que esclarecer su circunstancia. En lenguaje artístico, claro está. Creo que el tipo de personaje novelístico más logrado será siempre aquel que, por estar cabalmente dibujado en lo psicológico y en lo físico, le dé al lector la sensación de que puede tocarle con las manos. Como Alonso Quijano, como Julián Sorel, como Fortunata.

Buena parte de esto que digo, claro es, no se refiere directamente a « Los bravos » ni a « En la hoguera ». Ocurre que la lectura de estas dos novelas — ése es su impacto — ha suscitado en mí ciertas reflexiones de índole general. Prosiguiéndolas, añadiré que el plano de superficie simplifica siempre, que vistos por fuera, exclusivamente a través de tantos y tantos de sus actos cotidianos, los hombres — por lo menos los de condición pareja — se parecen bastante. Su diferencia, su originalidad, empieza tras esos primeros planos, en los repliegues, no fácilmente perceptibles, de la personalidad. Descubrir éstos, hacerlos inteligibles, es la misión del novelista.

Vistos así, en sus hondones íntimos y en sus condicionamientos exteriores, es decir, en su completa existencia, no hay personajes sencillos. Porque la verdad es que en la vida no los hay. Abundan, sí, los que ignoran su propia complejidad y eso es otra cosa.

Un objetivismo sistemático en la narración puede resultar, a veces, literariamente bello: novelísticamente creo que, en no pocos casos, resultará insuficiente. No es que Fernández Santos sea un andador constante de esos caminos; antes bien, se puede advertir que su decidido temperamento de novelista tiende a buscar formas de expresión variadas y anchas. Sin embargo, me parece que, en ocasiones, se recrea demasiado en ellos, con perjuicio de la profundidad que, cuando se lo propone, sabe dar a los caracteres.

Sensible y sagaz, Machado dijo más de una vez que el diálogo teatral le parecía insuficiente, que los apartes de la vieja comedia no eran ninguna tontería y que, de antiguo, le cosquilleaba la tentación de escribir una en la cual, al lado de lo que los personajes decían, apareciese lo que verdaderamente pensaban y sentían al decirlo, pues así podría dar una idea más cabal de ellos. Esa totalidad es la que con los vastos recursos de la narración nos dan todos los grandes de la novela.

Ya sé, ya sé que estamos hablando de España, de la concreta España de hoy. Y que a los buceadores les aguarda a la orilla un monstruo de secano que se llama censura. Pero una cosa es una necesidad y otra una estética, aunque aquella influya en ésta. Stendhal braceaba también en zarzales parecidos — no tan crueles, cierto — y para no dejarse en ellos la piel recurría, en los terrenos más comprometidos, a no pocos escamoteos, pero entraba en las almas de sus personajes con siete linternas.



La lectura de una buena novela — y « En la hoguera » lo es — aviva apetencias. Las apetencias de que aquellos jóvenes novelistas españoles que se nos aparecen, no como hijastros, sino como hijos de su tiempo, rayan, en el grado que las circunstancias hagan posible, cada vez más lejos, cada vez más hondo.

Es España la que empuja. La España real de nuestros días, reflejada aun tan parcialmente, en su literatura vigilada, agarratada. Nuestro pueblo y esos pueblos perdidos de su geografía crean, infatigablemente, valores nuevos; muchos más de aquellos que los escritores dominamos; muchos más, en todo caso, de los que en estas circunstancias podemos expresar. Nunca, tal vez, hubo tanta diferencia entre lo que existe y lo que se refleja. Ni tantos obstáculos para hacerlo.

Creo que Fernández Santos es uno de los novelistas convocados a levantar acta de esa España en movimiento. Ya hoy es uno de los hombres que anuncian ese renacimiento de la novela española que, tan difícil y dolorosamente, se está gestando...

J. IZCARAY.

« ANTOLOGIA POETICA », DE GABRIEL CELAYA

« Hay poetas que logran expresarse plenamente en una obra de reducida extensión. Pero hay otros cuyo transcurso cuenta más que tal a cual obra dada, porque no están ni aquí ni allí, sino siempre en su flujo. Como creo que soy de estos últimos, en lugar de seleccionar para esta pequeña antología « mis mejores poemas », he preferido dar, por orden cronológico, una muestra de cada uno de mis libros, sacrificando muchas veces, ante poemas que sólo son señales de un camino, otros de más calidad. »

Tal nota de Gabriel Celaya indica previamente los límites y la significación de esta breve selección de 25 poemas. Sigamos, pues, el camino por el cual quiso el mismo autor que nos internemos en su obra poética.

Se nos ofrecen en un principio, entresacados de varios libros, unos poemas en los cuales, prisionero de su propio « Yo » hipertrofiado, ya se debate el poeta contra su « soledad cerrada », ya se goza, como de un privilegio exquisito de la unicidad de su refinada sensibilidad.

Frente a frente, tensando la obsesión del enigma,
tendíamos, tú y yo, los hilos de la trampa.
Era ese silencio del que ya no se sale,
un silencio dulcísimo : La muerte.

(El espejo.)

Unos problemas interiores se encienden al nivel de la conciencia individual :

Dios sobre todo fué una obsesión terrible,
costó mucha inocencia perdida descubrirlo.

Pero los reales acontecimientos de la vida material :

Tiempos de agitación. Ya los poetas
gritaban en las plazas locamente
verdades y mentiras que también eran verdades.
(La música y la sangre, 1934-1936.)

He aquí todo el eco despertado en tal consciencia solitaria por el gran mensaje de un tiempo de lucha social que llegó a cuajar en unos poemas de tan alto valor como los de Alberti, por ejemplo, en el mismo año 36, del libro « El poeta en la calle » o los de Miguel Hernández, que estaban entonces en gestación y salieron a luz en marzo del 37 formando el libro titulado « Viento del pueblo ».

Del libro « Objetos poéticos », escritos en 1940-1941 (publicado en 1948), el poema « La clara soledad » muestra todo el abismo seductor de un sueño idealista de felicidad absoluta, en la total soledad. Con esas fechas que duelen, lo que expresa es la huida del ser en sí mismo, revolcado todo en su propia vida, las delicias del Yo, tranquilo y feliz, desligado de las cosas de los hombres

¡ oh estar solo, ser por fin
la soledad que se basta,
hombre con límites fijos,
con palabras y no gritos !

¿ Inconsciencia ? No sirve ningún juicio moral para dar cuenta de lo, aquí, sinceramente expresado y en unas frases todas en presente, terribles con esa dimensión temporal que es eternidad. Apenas si llega un rumor y como un presentimiento del mundo exterior, magmático y confuso, nada más que cosas, separadas del hombre.

Por este camino siguen otros poemas de « protopoesía » (1939-1944), la subjetividad raya en vacío, ya, destructora del Yo que alentó una esperanza en su refugio. Los sueños que anima se hacen ya formas huecas, puros espejismos esteticistas :

¡ oh voz innumerable ! — corazón, corazón —
dentro de midesatas las olas sin destino ;
la nada pura y libre,
el aire limpio y vivo,
la alegría terrible de unos dioses marinos.

Con unos intentos para salir fuera de sí, en busca de la necesaria alegría, no llega el poeta a descubrir más horizontes que las grandes y lejanas bellezas de la naturaleza que le confortan y le hablan de Dios. El texto más significativo de este momento psicológico es « deriva ».

Se desprende ya de este poema una aspiración, con la que, superando en sí mismo las últimas complacencias de introvertido, se le impone al poeta la necesidad de hacer de su obra un vínculo con los hombres, y esa comunicación es amor. Así la estremecida confidencia adquiere categoría universal en este momento en que llega a expresar el fundamental motivo de la actividad creadora poética: ser poeta entre los hombres. Pero es amor a ciegas (amor ¿de quién?), que no pasa de ser aspiración generosa.

Aletean tímidos anhelos de libertad en los «Avisos de Juan de Leceta» (1944-1946), anhelos de gozar de toda su propia vida al pormenor:

No sé de qué estoy ebrio,
de sentir disponible
mi corazón, el mundo,
las mil pequeñas cosas que hasta ayer me encerraban

Libertad es ésta todavía de poco alcance, que termina en su mismo gozo, limitado y estéril, para chocar de nuevo con ese implacable «desesperar a fondo». No escapa el poeta del peso y ahogo de la vida cotidiana en España. Su tristeza es la del hombre echado al mundo entre cosas extrañas y absurdas.

A solas soy alguien,
valgo lo que valgo.
En la calle nadie
vale lo que vale...
En la calle, todos
nos sentimos solos,
nos sentimos nadie,
nos sentimos locos.

«¡A solas soy alguien!» última ilusión. Pensemos en otras obras literarias de aquellos entonces, por ejemplo en la novela «Nada» de Carmen Laforet. Ya sabemos que ¡ni siquiera a solas! Diversos empujes para extralimitarse tienen su poco más o menos de acierto y de fracaso. Hay cierto estoicismo, en plan sencillamente humano y cotidiano en esta experiencia de sinceridad:

Hoy, por ejemplo, estoy más bien contento.
No sé bien las razones, mas por si acaso anoto:
Mi estómago funciona,
mis pulmones respiran,
mi sangre apresurada me empuja a crear problemas.
(solamente — ¡qué pena! — no sé medir mis versos).

(Tranquilamente hablando — 1955-1956.)

Otro de esos intentos consiste en buscar solución individual en el amor como en otra borrachera, al fin y al cabo inútil

o me duermo en sus brazos, o me muero en su espasmo,
y en aniquillarme hallo cierto descanso.

(Se parece al amor — 1947)

Entonces sin embargo, los pasos adelante del poeta, al analizar y realzar el hastio de su condición, se hacen más decisivos. En el poema «Fin de semana en el campo», por primera vez en este libro, lo absurdo

del mundo aparece ligado a la injusticia social, sentida todavía como fatalidad sin remedio. El poeta sencillamente participa del común destino de los pobres :

Mas a los que nacimos pequeños y callados
nos queda la materia común de los fracasos...

« Las cosas como son » — 1948 : Sigue adelante la demistificación de los propios sentires :

« He vuelto a creer en Dios; ayer cené con Carmen »;
cuando estoy hundido
no llamo profundo mi hediondo vacío,
digo amablemente : « buenas tardes », « gracias »,
y si no resisto,
me encierro en mi cuarto, babeo y escribo
lo que no publico.

Pero el gran paso adelante se da con la poesía APN (a Pablo Neruda). Y la selección precisamente de este poema para representar « Las cartas boca arriba » (1949-1950) ilustra muy claramente la intención a la que responde esta « Pequeña antología ». Celaya renuncia de una vez a la contemplación de sí mismo, con cierto heroísmo sin apariencias exteriores, porque la conciencia moral se lo impone, ya, como un deber.

Te impones la alegría como un deber heroico.
¡Por las madres que esperan, por los hombres que aún rien,
debemos de ponernos más allá del que somos,
sirviéndonos, matarnos!

Su voz encuentra, ahora sí, su eco universal, arraigando en la realidad española, salvándose a sí mismo de la soledad destructora... Expresa una esperanza palpitante, frágil que se resguarda de sí misma y de sus propias ilusiones, la esperanza de toda España, gravemente herida pero que está tomando conciencia de sus fuerzas, bastantes ya para entrar en lucha y darle al régimen, en el año siguiente, 1951, una buena sacudida. Como si nada, y sin que lo haya expresamente buscado, se columbra ya en estos versos la solución de esos problemas individuales tan larga y vanamente debatidos.

Lo que cuaja en este poema es tan importante que ya no volverá atrás, nunca, la conciencia que descubrió esta solidaridad social. Y se le abre al poeta, como un cauce amplio de poesía, el mundo de los hombres. Veamos los libros siguientes : « Lo demás es silencio » — 1951 —, « Paz y concierto » — 1952-1953. Claros poemas. Se le ensancha el alma al poeta al sentir en su yo ¡ tan mimadito antes ! a todos los hombres :

¡ Ay ! quisiera simplemente ser hombre,
cantar, contar su pena, latido por latido,
sus pequeñas costumbres, sus únicos caminos...
saber qué significan sus días incambiables...

Así se vencen los individuales límites y la imposibilidad de encontrar en sí mismo la contestación a la gran interrogante del sentido de la vida — de su propia vida —

como si uno pudiera deshacer su maraña
con dar un grito a gritos.

Gebriel Celaya busca al pueblo, como quien es, hombre de una clase que lo ignoró y lo descubre, tomando conciencia de los lazos que unen sus respectivos destinos. El pueblo es, concretamente, gente que Celaya llama por sus nombres y apellidos, reseñándoles la vida, con sus defectos y virtudes :

Le daban lo que le daban
y él lo aceptaba por bueno...
Pero Pedro no se queja
por hombre de cuerpo entero
y cuanto más le apalean,
más se mete en su silencio.

Realidad española y dignidad individual con los consabidos engaños de esa moral rediviva. Trasciende de esos poemas, al descubrir frente al pueblo la pequeñez de sus preciosas intimidades, tan entrañable sinceridad como la que inspira los primeros poemas de la soledad « clara » o « cerrada ».

Con « Paz y concierto » (¡ cuán difícil escoger para tan reducida antología lo más significativo de este libro !) se puede medir el camino recorrido ya.

He aquí una muestra muy fragmentaria del mensaje de 1952-1953 :

Da miedo ser poeta ; da miedo ser un hombre
consciente del lamento que exhala cuanto existe.
Da miedo decir alto lo que el mundo silencia.
Mas ¡ ay ! es necesario, mas ¡ ay ! soy responsable
de todo lo que siento y en mí se hace palabra,
gemido articulado, temblor que se pronuncia.

Se terminó, ya, el período de soledad desesperante, y de desorientación ; se terminó el período del descubrimiento de la injusticia social, del pueblo y de sí mismo en el pueblo. Ahora se abre el de la participación activa a la vida y lucha del pueblo .

Me avergüenza pensar cuánto he mimado
mis penas personales, mi vida de fantasma,
mi terco corazón sobresaltado,
cuando miro esta gloria breve y pura, presente.
Hoy quiero ser un canto
un canto levantado más allá de mí mismo.

(« Entreacto » , 1953-1954.)

Con el libro « Cantos iberos » están resueltos, ya, los problemas personales más agudos. Se expresa, sin posible equivocación o reticencia, el amor al pueblo y un hondo sentir sus raíces españolas, en la carne y el hueso, y en la idea. Aquí, el sentimiento de clase se hace conciencia de clase con la consabida responsabilidad individual en la lucha colectiva. La poesía es acto del poeta en esta lucha. Este recibe del pueblo la parte que le toca de la común herencia, fruto del trabajo humano :

Hablando en castellano,
decir tinaja, ceniza, carro, pozo, junco, llanto,
es decir algo tremendo, ya sin adornos, logrado,
es decir algo sencillo y es mascar como un regalo
frutos de un largo trabajo.

Hablando en castellano,
no hay poeta que no sienta que pronuncia de prestado.

Le devuelve al pueblo su palabra útil y eficaz, palabra que se hace arenga, expresión de unas verdades en que se evidencian la certidumbre y la clara conciencia del movimiento histórico :

Sancho-vulgo, Sancho-ibero,
porque tú existes, existen aun mi patria y mi esperanza :
Porque hay patria y esperanza vas a existir tú de veras
con menos sueños y más tierra.

Recibir y dar, sencilla significación de las relaciones del poeta con el pueblo, 1955 : « Las resistencias del diamante ». Señalado apenas en la antología, el libro último de Celaya merece algo más que un corto saludo al pasar. Hoy ha salido este libro (Libro luciérnaga, México). Entrañable es el tema, nueva e imponente la imprevista forma en que cuaja el poema. El largo poema que relata, sin más, ni menos, la salida clandestina, de España de cuatro camaradas de lucha, para quienes el deber revolucionario llegó a tomar este aspecto : la necesidad de huir de la tierra donde para ellos

« lo entrañable se enraiza ».

Los versos brotan, preñados de emoción, de tres en fondo, en unos largos movimientos mayores, calando el corazón de los cuatro hombres, durante la espera, de noche, en el sótano, donde se están escondiendo cerca de la frontera. Todo lo que agita su sobresaltado ánimo, el asco, el cansancio de luchar, la tentación del abandono, la sencilla amistad, el heroísmo cotidiano, tan grande de tanto ignorarse, su personal amor de cada uno, y el amor algo más alto de los unos y los otros : todo el teatro interior que grita por lo bajo en cada pecho callado para burlar el peligro de la muerte se adensa en los largos tercetos. Y es un golpear terco, preñado de verbos, de rupturas de frase, volutas, incidentes, interrogantes, « sí que sí », todo corazón. Mientras tanto los camaradas están arreglándoles la salida a los cuatro. Aquí también, en un bar cualquiera, late otra espera. Pero, además, se está realizando un trabajo concreto en el que se anudan los hilos de la aventura burlando a la policía. Entonces el poeta se hace juglar a lo antiguo, y fluye el romance sus claras tintas narrativas (no lo olvidemos, este poema es todo un cuento a lo real) — o bien iriza sus brillos descriptivos más ácidos y canta, canta, se emborracha de movimiento y saltos sintácticos, bullendo vida cruda — o pincha el humor, barajando la emoción en una sonrisa : ¡esos disparates de guiñol en el bar, que Mirari, graciosa, les hace a los carabineros !

Muy poderoso es el arte de Gabriel Celaya y se merece hoy el más serio estudio. Se le tachó de prosaísmo ; pensamos que se trataba más bien de la elaboración, bastante audaz, de un instrumento de expresión de muy resistente acero. Aquí está la obra limpia. A juzgar el resultado, parece muy alto, todo un arte, sí, digno del mensaje que lo anima. Sin concesión alguna a lo chabacano o fácil ; arte que habla muy claro y alto, por y para el pueblo.

Marthe CHARLET.

Notas

SOBRE EL ORIGEN DE LA VIDA EN NUESTRO PLANETA

En agosto de 1957 se celebró en Moscú una Conferencia Internacional, en la que tomaron parte naturalistas de 17 países, con el fin de conocer y discutir los progresos de la ciencia en el descubrimiento de la verdad sobre la aparición del mundo orgánico y el origen de la vida en la Tierra. Por la índole de los temas tratados, no ha disminuido el interés de esta reunión, pese a haber transcurrido un año desde su celebración. Las 55 comunicaciones presentadas versaron sobre cinco temas fundamentales: formación de los primeros cuerpos orgánicos elementales; evolución ulterior de los mismos; aparición de las albúminas, de los fermentos y de los nucleoprotéicos; aparición de las estructuras y del metabolismo; evolución ulterior del metabolismo.

Los trabajos presentados confirmaron muchas tesis teóricas, que de hipótesis científicas se han convertido en verdades científicas demostradas experimentalmente.



El problema de la aparición de la vida en la Tierra constituye, desde hace siglos, una de las grandes preocupaciones del pensamiento humano y ha dado origen a muchas teorías. Los acelerados progresos de la ciencia y de la técnica han creado y crean condiciones cada día más favorables al descubrimiento de esta verdad transcendental.

Los idealistas de todos los tiempos, apoyándose en la religión, llegan a la conclusión, más o menos disimulada, de que toda la materia viva es obra divina y que desde su creación permanece inmutable. Las teorías idealistas predominaron durante siglos, debido, fundamentalmente, al escaso desarrollo de las ciencias naturales.

El primer golpe serio asestado a la teoría idealista sobre el origen de la vida fué obra de Carlos Darwin y otros sabios materialistas del siglo XIX, al demostrar que el mundo orgánico, en sus variadísimas formas y manifestaciones, es el resultado de un proceso de desarrollo a lo largo de miles de millones de siglos; proceso escalonado, que va desde la materia orgánica más elemental hasta las más complejas estructuras.

Ante los biólogos materialistas del siglo XIX se levantaba una incógnita que no se podía descifrar aún y que llevó a algunos de ellos a aceptar la existencia de un « principio vital » incognoscible.

Responder científicamente a la pregunta ¿cómo aparecieron en la Tierra las primeras manifestaciones de la vida? no fué posible hasta que los progresos científicos fundamentaron la concepción materialista dialéctica del mundo.

El materialismo dialéctico afirma que la vida, por su naturaleza, es material, que es una forma especial de la materia en constante movimiento, que la vida apareció sobre la Tierra en una etapa determinada de su desarrollo histórico. En consecuencia, para poder comprender el origen de

la vida en la Tierra, es necesario conocer la historia del desarrollo de la materia en general, antes ya de la aparición de la vida.

Después de haber discutido extensamente las teorías sobre la formación de nuestro planeta, la reunión de Moscú pasó a tratar dos cuestiones fundamentales: Condiciones indispensables a la aparición de la vida, y formación de la primera materia orgánica.

Sobre la primera cuestión, todos los trabajos presentados coinciden en que, para la aparición de la vida, fueron indispensables: la radiación solar, un medio hídrico favorable y una gran abundancia y variedad de elementos químicos capaces de entrar en múltiples combinaciones.

En cuanto a la segunda pregunta, es oportuno recordar que hasta fines del siglo pasado, e incluso a comienzos del presente, dominó la creencia de que los seres vivientes podían surgir, directamente, de los materiales del mundo orgánico. Investigaciones experimentales posteriores demostraron que aquellas afirmaciones eran equivocadas. La «generación espontánea» de la vida no se ha confirmado. La única orientación justa en la investigación de esta cuestión es la que se basa en la teoría de la evolución de la materia, la cual demuestra que en el proceso evolutivo se pasa insensiblemente del mundo inorgánico al mundo orgánico, siguiendo una gradación progresiva que va de lo más simple a lo más complejo, gracias a la acumulación de cambios cuantitativos y a su transformación, al alcanzar momentos críticos, en cambios cualitativos.

El académico Oparin cree que el primer estadio, preparatorio de la aparición de la vida, se remonta a los primeros tiempos de la existencia de la Tierra, cuando se formaron combinaciones inorgánicas de hidrógeno, de materias orgánicas elementales, tales como los hidratos de carbono y sus derivados. Hasta hace poco esta opinión no se admitía, por cuanto, en las condiciones naturales, la transformación de las combinaciones de hidrógeno inorgánicas en orgánicas se observaba, únicamente, en los organismos vivos. Actualmente, la astronomía ha demostrado que en los cuerpos estelares de casi todos planetas que conocemos hay hidratos de carbono y sus derivados, a pesar de que las temperaturas supramaximales e inframínimas existentes en ellos son incompatibles con la vida. Se ha demostrado que en la atmósfera de muchas estrellas y del sol, donde la temperatura alcanza varios miles de grados, hay compuestos hidrocarbonados. En Júpiter y en Saturno, con temperaturas de 130 grados bajo cero, hay grandes cantidades de metano. En los meteoritos se han encontrado combinaciones elementales de hidrógeno y derivados sulfurosos de hidrocarburos, sin que haya la menor manifestación de vida. Todo ello habla en favor de la formación de hidratos de carbono independientemente de los organismos vivos; permite afirmar que, ya en los primeros tiempos de la existencia de la Tierra, se formaron, por vía abiogénica, materias orgánicas elementales. Más adelante, en la superficie de la Tierra, en el agua y en la atmósfera, se fueron combinando derivados más complejos. Por otro lado, la química moderna ha demostrado que entre la materia orgánica y la inorgánica no hay ninguna frontera infranqueable. Desde que, en 1833, Wöhler demostró que la urea podía ser sintetizada a partir de elementos minerales, se han reproducido miles y miles de sustancias orgánicas, azúcares, grasas, esencias, ácidos aminados, etc.; se han creado infinidad de compuestos no hallados aún en la naturaleza. La química orgánica ha perdido el carácter misterioso de antaño, siendo hoy, simplemente, la química de los compuestos del carbono.

En la Conferencia que comentamos se presentaron trabajos experimentales de gran valor científico. El profesor Müller, sometiendo a descargas eléctricas una mezcla de metano, hidrógeno, amoníaco y vapor de

agua, obtuvo ácidos aminados que son los componentes básicos de la molécula de albumina; otros los obtuvieron con la acción de la radiación solar, y se llegó a resultados idénticos con los rayos ultra-violeta y descargas eléctricas.



Investigando sobre la síntesis de albuminas, fermentos y nucleo-protéicos, el biólogo Akabori ha observado también que, de los cuerpos orgánicos elementales, de la unión de ácidos aminados y sus próximos predecesores, se forman combinaciones más complejas similares a las albuminas, las cuales — según opinión del biólogo — pueden constituir el fundamento de la materia viva. Utilizando como « catalizador » la arcilla japonesa, ha podido obtener la « prealbumina », de la cual es posible formar una molécula simple de albumina. El virusólogo Stanley ha conseguido la forma cristalizada del virus de la poliomielitis; otro biólogo ha podido sintetizar el ácido nucleico.

Actualmente, se trabaja intensamente en comprobar que los ácidos nucleicos de los sistemas vivos son capaces de autorreproducirse, de hacer su copia sintetizando simples materiales de construcción; que son capaces de adquirir nuevas configuraciones químicas sin perder la capacidad de autorreproducirse. Los conocimientos acumulados ya están acordes en atribuir tales propiedades a los ácidos ribonucleico (ARN) y desoxiribonucleico (ADN). Como estas dos propiedades son características de los seres vivos, no parece aventurado suponer que la primera molécula « viva » pudo ser el ácido nucleico combinado con una simple albumina. Tienen gran interés también los trabajos presentados acerca del papel de los ácidos nucleicos en la herencia, en el proceso de las transformaciones de las bacterias mediante la introducción del ADN de una bacteria donadora en otra cepa de la bacteria.

En cuanto al papel biológico de los ácidos nucleicos, se ha demostrado que basta una fracción del ARN del virus del mosaico del tabaco para mantener la actividad del virus, es decir, que inoculando sólo una fracción a la planta del tabaco, se provoca la formación completa de todas las partes integrantes del virus, de la albúmina específica y del ARN. Otros experimentos han demostrado que basta una parte del ácido nucleico para la transmisión de las propiedades hereditarias.



El descubrimiento de los virus plantea de una forma nueva la representación sobre la esencia de la vida, por cuanto los virus reproducen su propia estructura en el interior de la célula del huésped; tienen la propiedad fundamental que se exige a la materia viva: capacidad de reproducción, de crear una ordenación específica en un ambiente desordenado.

Ciertos descubrimientos de la química moderna permiten llegar a la conclusión del carácter específico del ADN para cada especie bacteriana, es decir, que cada especie bacteriana se caracteriza por su nucleótido específico, como también se llega a la conclusión de que las moléculas proteínicas no son estáticas, sino que están sometidas a movimiento continuo. La miosina de las fibrillas musculares es una macromolécula de forma alargada que se contrae y se dilata cambiando de forma y dimensiones a la par que cambia la estructura interna de la molécula.

Los adelantos científicos en el conocimiento de las enzimas constituyen una preciosa aportación al problema. Un carácter esencial de las enzimas es que no se destruyen en su acción; como los catalizadores utilizados en la química mineral, llenan la función de activadores de las reacciones

químicas, y son específicas para una reacción determinada. Se ha aislado, purificado y cristalizado un cierto número de ellas y su análisis ha demostrado que se trata de proteínas simples, como la tripsina, o proteínas combinadas con otros cuerpos como ciertas oxidasas. Su actividad depende estrictamente de la constitución química de su molécula. Un cambio mínimo en la estructura de la molécula puede determinar que una proteína sea activa como encima, que no lo sea o que tenga tal o cual acción. Las encimas son muy sensibles a la acción de la temperatura y a las condiciones ambientales, particularmente al pH.

En resumen, la gran facilidad de cambio de las moléculas proteicas hace que no sea posible establecer fronteras precisas entre las proteínas inactivas y las encimas. Salta a la vista la importancia de estas observaciones para comprender los fenómenos de la vida, cuando, como hemos visto, variaciones mínimas pueden hacer surgir encimas donde no las había y hacer desaparecer o modificar las preexistentes. Hemos llegado a un punto en el cual se esfuman las fronteras entre las albuminas inactivas y las encimas, entre encimas y virus, entre virus y bacterias.



« La vida — dijo Engels — es una forma especial de existencia de los cuerpos albuminóideos, caracterizada, substancialmente, por el constante intercambio de substancias con el medio exterior »... « Si la química llega algún día a producir artificialmente la albúmina, esta albúmina manifestará, necesariamente, fenómenos vitales, por elementales que ellos sean ».

Estas geniales previsiones de Engels, hechas hace 100 años y demostradas científicamente casi en su totalidad, confirman la concepción materialista dialéctica del mundo.

Las comunicaciones científicas del Simposium de Moscú constituyen una nueva confirmación de que la naturaleza es la piedra de toque de la dialéctica. El tesoro científico acumulado por las ciencias naturales demuestra, irrefutablemente, que la naturaleza se produce dialécticamente y no metafísicamente.

La existencia, desde hace 40 años, de una gran colectividad humana que vive y trabaja según las leyes del materialismo dialéctico y del materialismo histórico, ha criado y educado una numerosa y brillante generación de naturalistas que, gracias a su concepción científica del mundo y de la sociedad, impulsan las ciencias a un ritmo desconocido hasta ahora.

Por otro lado, el mismo nivel actual de desarrollo de las ciencias y de la técnica hace que la biología empírica, basada en la experimentación, se vaya acercando cada vez más a una concepción dialéctica más coherente.

La concepción materialista dialéctica del mundo constituye la esencia de los descubrimientos de las ciencias naturales; es su fuerza motriz, porque el materialismo dialéctico no pone fronteras al conocimiento humano; la « cosa en sí » de Kant, considerada como incognoscible, es para el materialismo dialéctico algo perfectamente cognoscible y transformable en « cosa para sí », es decir, en cosa conocida y útil al hombre. El actual ritmo acelerado de los descubrimientos científicos y técnicos es debido en gran parte a la influencia que en la investigación científica ejerce el materialismo dialéctico, lo mismo que los progresos científicos enriquecen, amplían y consolidan aquél. En la medida que el materialismo dialéctico gana terreno en el campo de la ciencia, lo van perdiendo el materialismo mecanicista, el espiritualismo y el agnosticismo. Si la ciencia no ha podido aun sintetizar la molécula viviente, podemos decir ya que está hoy en el umbral del templo que guarda el secreto.

« La verdad — dice Lenin — es un proceso. De la idea subjetiva el hombre llega, gracias a la práctica y a la técnica, a la verdad objetiva »... « El conocimiento es el acercamiento continuo y sin fin del pensamiento hacia el objeto. La reproducción de la naturaleza en el pensamiento humano no es ni muerta ni abstracta; no carece de movimiento ni de contradicciones, sino que debe comprenderse como un proceso continuo de movimiento, de contradicciones planteadas y resueltas ». Estas verdades de la dialéctica han sido, una vez más, confirmadas en el Symposium internacional de Moscú sobre el origen de la vida en la Tierra.

LAS « POETICAS » DE JUAN RAMON JIMENEZ

Muy en vísperas de la guerra civil española, Juan Ramón Jiménez fijaba su posición personal ante lo que iba a ser inmediata hecatombe de vidas y libertades. Fué en la conferencia por él leída en el Auditorium de la Residencia de Estudiantes, de Madrid, el 15 de junio de 1936, y editada a renglón seguido por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. La misma fecha indica que había cierta prisa en sus palabras, qué querían ser — y lo eran — muy actuales, y que empezaban con una especie de pasma de poeta ya horrorizado :

« Ya no sé cómo decir si el estado normal del mundo, del mundo del hombre, de nuestro mundo, es la guerra o la paz. »

Pocas líneas después, se pronunciaba decididamente :

« ... creo seguramente que es la paz y que es necesario que sea la paz : el empleo del éstasis dinámico, del hallazgo hermoso, el empleo del amor, el empleo de la vida en favor de la única libertad posible. »

Y precisaba más, con admirable entonación humana :

« ... quiero advertir que no me estoy refiriendo sólo a la paz interior, metafísica, sensual, mística, sino a la ambiente, objetiva y propicia a todos los seres. »

En esta conferencia, titulada « Política Poética », fué donde Juan Ramón expuso su un poco llamativa adoración de un « comunismo ideal », utilizando la expresión « comunismo poético ».

No pensamos utilizar estos últimos conceptos de Juan Ramón para hacer ver una identidad ideológica con nosotros, que no existió, y más cuando el propio logismo « comunismo ideal » habla por sí solo. Juan Ramón Jiménez perteneció inequívocamente al mundo liberal, a un mundo que quizás, en su elipsis, rozase la zona de gravedad de Francisco Giner de los Ríos, de Manuel B. Cossío, de Rafael Altamira, ya que, por lo menos, hay un parentesco espiritual entre ellos.

Aquella conferencia fué el testamento político y seguramente también las últimas y definitivas palabras públicas de Juan Ramón en España, ya puesto el pie sobre el estribo, camino del destierro, espantado por el inmenso alud de aberraciones que no hacía más que desencadenar el franquismo. Después erró por el mundo, añoró y esperó con dignidad y con consecuencia, entregándose al fatalismo. Y vino la muerte de Zenobia y confió en la suya propia con tesón de insabornable.

Es enorme la fuerza moral de este poeta, poeta lírico por excelencia, creador de esencias líricas, renovador cada vez y mil veces de imágenes y conceptos para auroras y crepúsculos, azules y nácores, paisajista, animista, intemporal. Es inmensa la energía que este poeta, del que con lenguaje aristotélico podría decirse que su poesía estaba en la zona incorrupta, que este poeta, tan frágil en su forma y de salud tan delicada, puso a contribución de la repugnancia que le inspiraba un régimen. Morir en las barricadas, morir en el campo a tiros de la guardia civil, morir en la cárcel o en la clandestinidad, es grandioso. Esperar la muerte, vate coronado, sólo, seneo, añorándolo todo, mujer y patria, es admirable.

Por eso, porque está el hecho fehaciente de su renuncia al regreso durante veinte años, es más incalificable toda especulación sobre la supuesta « próxima » vuelta voluntaria de Juan Ramón.

Ahora ha tenido lugar, una vez más, lo que en el franquismo es propia especialización: la exaltación del muerto. Obedecerá a un afán de venganza, y en este caso habría que escribir « vendetta », para recordar el macabro sentido siciliano de siglos pretéritos; o se tratará de un complejo de necrolatría, muy metido en la mala tradición española. Lo cierto es que el gobierno franquista echa mano de los cadáveres de los hombres ilustres que de una forma u otra no le fueron afectos, y los pasea a hombros por el ruedo ibérico en flagrante contradicción con la falta de avocaciones previas. Lo que en vida fué silencio de la prensa censurada, apartamiento u olvido prefabricado, disminución o anulación total de méritos, es pequeña adoración al producirse el óbito. Falla, Ortega y Gasset, Pío Baroja, Juan Ramón Jiménez se han ausentado de entre los vivos a espaldas de la nación, porque el gobierno franquista (con el fin de acallar el deseo popular de rendirles un tributo póstumo de admiración y de duelo, que además y como consecuencia encerraba la repulsa de las masas hacia el organismo estatal), mientras con una mano contenía a la muchedumbre, con la otra ordenaba a las plañideras de la prensa y de la radio que vertiesen unas lágrimas hipócritas.

Para ir soslayando las consecuencias de su cerrazón frente a las exigencias de la cultura y también haciendo frente a las necesidades y demandas de los grupos culturales del país, el franquismo se ha visto obligado a otras pequeñas reivindicaciones, pequeñas arreglos para que Ramón y Cajal, borrado su nombre durante años de todas las ciudades y pueblos de España, vaya siendo reintegrado al azulejo, convencional y tardamente; y para que se haya autorizado una extensa conferencia sobre Blasco Ibáñez, cuya casa natalicia fué deslapidada y está en trance de ruina; y para editar a García Lorca; y para poder escribir, poco pero de vez en cuando, sobre Miguel Hernández; y para que se pueda elogiar a Antonio Machado y pensar, también, en traerse sus restos mortales. Convencional culto a los muertos que viene a ser como si, al morir, surgiese, frente a la personalidad nefanda, otra personalidad más estimable, a modo de un desdoblamiento del alma, como en el mito egipcio de la época de los faraones. O especie de necrofagia política, forma de destruir la carroña, porque acercando estos muertos en la medida posible al régimen, se mata un poco más a lo que ellos fueron en vida.

Y, finalmente, otra forma de especulación del gobierno franquista: él abre sus brazos para estrechar contra sí a los muertos ilustres de la oposición. Es el gran gesto de coexistencia que nos ofrece el régimen. Extraña « coexistencia », que sólo se pone en práctica cuando la parte oponente ya no existe; que no se pone en práctica sobre la totalidad de los españoles que, por lo demás, lo está deseando. De ser ciertas las forzadas divagaciones que en torno a la coexistencia ha formulado el

general Franco, ahí están, en el extranjero como en el interior, una importante cantidad de poetas, escritores, artistas y científicos, para poner manos a la obra, en un gesto de verdadera hermandad y convivencia españolas. Ahí están Casals, Navarro Tomás, Américo Castro, León Felipe, Alberti, Bergamín, Casona y tantos otros. Todos ellos deben venir, pero no para meterse, mudos y vigilados, en sus alcobas, sino para que brillen con su ciencia o con su arte. La medida habría de ser urgente, en primer lugar para no dar ocasión a que vayan falleciendo y tener que verse, de nuevo, limitados a la captura, cueste lo que cueste, del cadáver. En segundo lugar, porque lo necesita la cultura española.

Para ello, haría falta descolgar la espada de Damocles que pende sobre el cuello de cada español. Sería necesario, no sólo dar consenso y visado al que desee volver, sino también crearle al exilado la atracción suficiente para que vuelva. Haría falta, en suma, entrar resueltamente y de pleno en la verdadera coexistencia de los españoles. Es verdad que éste es, precisamente, el nudo gordiano de la política franquista, al que debe su permanencia en el poder. Pero también es cierto que el problema que el general Franco tiene planteado con la cultura española no se resuelve limitándose a la recuperación de despojos humanos.

De otra forma, tendremos en cada caso lo ocurrido con el poeta de Moguer. Juan Ramón soportó estoicamente las visitas de que fué objeto por parte de los enviados especiales del franquismo, que trataban de traerle, así como de los familiares que ahora han permitido el rescate, con el poeta muerto, de sus « inestimables » muebles personales. Juan Ramón renunció siempre al regreso a la patria, no por falta de vehementes deseos de hacerlo, sino porque, si bien se daba franquicia a su entrada física no se le daba en la moral, en lo social, en lo político de su « Política Poética ». No vino, porque las condiciones de represalia y virulencia del régimen permanecían, a lo largo de los años, casi intocadas. Persistía la situación de vencedores y vencidos, el botín de guerra sobre cargos, empleos y puestos. Subsistía la represión, la guerra civil, en suma. Una guerra civil sorda, agazapada, sin otros fusiles que los de la opresión. Una extraña guerra civil alimentada y fomentada por una sola parte, la de los vencedores, y odiada por toda la nación, por todo un pueblo, que, en cada ocasión, en cada oportunidad, se afana por encontrar la forma pacífica de recuperar sus libertades. Por eso no vino Juan Ramón : porque la paz « ambiente, objetiva y propicia a todos los seres » aún no había triunfado.

MAURO NONELL.

Madrid, 1958.

SOBRE UN COMENTARIO DE « YA »

La polémica es siempre saludable. Constituye para una doctrina algo así como el aire libre para el cuerpo humano o como el cincel que va tallando facetas más sutiles en el bloque granítico de la obra de arte. Por eso saludamos las respuestas polémicas a nuestra revista, aunque algunos de los polemistas prefieran blandir contra nosotros armas cuyo rigor intelectual es más que dudoso.

Esta ligera digresión viene a propósito del artículo publicado en « Ya » de Madrid el 23 de junio de 1958 por José María García Escudero, diatriba contra NUESTRAS IDEAS en jerga y con método bastante desiguales, donde conviven la pretensión intelectual y el alegato socz.

Y sin embargo no nos negamos a dialogar con nuestro polemista, no sólo por las razones más arriba apuntadas, sino también porque la prosa impresa de « Ya » acredita la imposibilidad de combatirnos por el procedimiento más cómodo del silencio. Artículos como el de García Escudero son una demostración más de la acción ejercida por NUESTRAS IDEAS en los medios de la intelectualidad española.

Ya no basta el silencio. Felicitémonos. Pero no sin añadir que el modo de polemizar esta vez empleado no es lícito ni completo y, para decirlo todo, dista de ser leal. A García Escudero le resulta fácil presentar el contenido y carácter de nuestra revista como más le conviene, puesto que el Estado y sus resortes impiden la libre difusión de NUESTRAS IDEAS en España y que la censura no nos permite contestarle de la misma forma que él nos critica.

Para arremeter contra NUESTRAS IDEAS, García Escudero ha escogido un solo artículo de ésta, que se refiere al realismo socialista. Partiendo de esta base, harto exigua, el autor nos acusa de dogmatismo de repetición mecánica de fórmulas, llegando a decir que antes de leer cualquier artículo « uno se sabe capaz, si le dan la primera palabra, de terminarlo de igual manera que lo hace el autor. » Y naturalmente, el audaz articulista concluye tan « sólidos » razonamientos afirmando « la incompatibilidad del comunismo con el arte » y... « con el pensamiento especulativo ». Para terminar, el señor García Escudero pone el grito en el cielo por el « peligro » que representan los intercambios culturales e incluso deportivos de la Unión Soviética con los países capitalistas.

Si el señor García Escudero no ha dado sólidos puntales a su argumentación, tiene en cambio la ambición de afiorar una multitud de temas. Como no vamos a escribir páginas y páginas para responder a exabruptos, preferimos ceñirnos a aquellas cuestiones donde parece esbozarse un criterio polémico.

Lo primero que resulta peregrino es la acusación de dogmatismo en boca — o pluma — de alguien que postula la sujeción de la vida, individual y privada, de su vida, la de los otros y la de las instituciones, a un dogma. Que García Escudero diga que llevamos « todo al dogma » no significa sólo ignorancia de la esencia del marxismo-leninismo (que deja de existir en cuanto aparece la interpretación o aplicación dogmática) sino también actualización del pasaje evangélico de aquel que veía la paja en el ojo ajeno. Y cuando su desenvoltura le lleva a afirmar la « uniformidad » del pensamiento marxista, concretamente en nuestra revista, cabe pensar que no ha leído ésta. Precisamente, uno de los rasgos característicos de NUESTRAS IDEAS es la apertura de un amplio debate sobre multiplicidad de cuestiones de nuestra cultura patria que están aun lejos de haber sido dilucidadas. ¿Ha leído García Escudero los diferentes puntos de vista expresados en nuestras páginas sobre la teoría de las generaciones de Ortega? ¿Ha leído el estudio sobre los pasos de Laín Entralgo en el camino de España? ¿Y aquel otro que suscita nuevos problemas de interpretación del período liberal de 1820-1823 partiendo de nuevas investigaciones históricas? Espero que su finura receptiva le haga distinguir las diferencias existentes entre el artículo sobre realismo socialista — víctima de su cruel alanceamiento — y aquel otro que estudia la poesía de Lorca. Y no digamos de las notas críticas de literatura, cine, etc., donde ya se han manifestado las más dispares opiniones. Si el señor García

Escudero se atuviese a los hechos, tendría que decir a sus lectores que desde su primer número NUESTRAS IDEAS ha insistido sobre la incompatibilidad entre nuestros principios filosóficos y toda concepción dogmática, y ha declarado que la aparición de un trabajo en sus páginas no significa necesariamente que la redacción se identifique con todos los puntos de vista en él expuestos. No podría por menos de ser así, cuando se trata de ahondar, poniendo rigor en la tarea intelectual pero liberándola de cualquier género de trabas, en el ámbito de la economía, de la historia, de la crítica literaria, de las ciencias de la naturaleza, etc., penetrando acaso en terrenos vírgenes o desaliñadamente cultivados.

Es bien posible que García Escudero tenga conciencia de la endeblez de sus argumentos. Por eso se cree obligado a apostillar sus críticas con el trueno gordo de lo que yo llamaría « la coletilla de Hungría », repuesto socorrido para todo publicista anticomunista que encuentra parvo su caudal de argumentos. Si hace esto para identificar comunismo, dogmatismo y terror, debiera haber reflexionado: 1º sobre quiénes desencadenaron el terror y los linchamientos en Hungría, aplaudidos frenéticamente por la prensa, en que escribe García Escudero, en cuyas columnas declaró el « ministro » de Horthy en España que se trataba pura y simplemente de la contrarrevolución; 2º en que los errores cometidos en Hungría antes de noviembre de 1956 eran precisamente, no la expresión del marxismo-leninismo, sino de su deformación grosera y dogmática. Durante los últimos años se ha comprobado cómo los sistemas basados en el marxismo-leninismo son los únicos que pueden declarar sin temor sus errores de aplicación y superarlos, porque dichos errores no son consustanciales a su doctrina, sino desviaciones de la misma. Y decimos esto porque nos parece superfluo echar mano de un argumento más elemental: que no se puede mentar la zoga en casa del ahorcado.

Los topicazos sobre el « mundo libre », etc., no pueden interesarnos, porque no interesan ya a nadie que ejercite la facultad de pensar en cualquier lugar del mundo. Cuando se recurre a este cañamazo basto para tejer ideas es porque falta la fuerza para proseguir la discusión en el plano y el tono iniciados. ¿Por qué no hablamos un poco de la libertad de creación? ¿Donde encuentra abiertos el hombre los caminos de su vocación, en los países socialistas o en el « mundo libre », del que forma parte la dictadura del general Franco? García Escudero debiera no confundir la libertad metafísica (engarzada con la cuestión teológica del libre albedrío) y la libertad dialéctica, real, que se conquista a través de luchas y acontecimientos históricos por las clases sociales ascendentes. No podemos ahondar en este debate en el espacio de una breve nota, pero tampoco podemos dejar pasar en silencio la mistificación — nada original en el señor García Escudero — de hablar de una libertad que en puridad está mutilada por los imperativos de la necesidad determinados esencialmente por los intereses de la clase dominante.

Pero como García Escudero — que nos acusa de asfixiar el pensamiento especulativo — parece poco dado a internarse por los vericuetos de la Filosofía, acudamos a los hechos. ¿Cree sinceramente que si comunismo y pensamiento fueran incompatibles habría hoy « Sputniks » girando en torno a nuestro planeta, aprovechamiento de la energía solar, automatización, parto sin dolor y tantas otras conquistas que la humanidad debe a los científicos soviéticos? ¿Tiene el señor García Escudero la más leve idea de las condiciones de libertad en que trabajan dichos científicos para alcanzar tales realizaciones? Y los creadores que parten del marxismo como concepción del mundo no se limitan a la Unión Soviética. Para citar

sólo un ejemplo, ahí está el de Joliot-Curie, cuya memoria ha sido saludada respetuosamente por el propio « Ya ». ¿Y la de Einstein? ¿Y la de Oppenheimer? No nos referimos a España para evitar que se crea que estamos de chirigota.

Y si pasamos a otro plano de la creación cultural, tal vez el señor García Escudero haya oído hablar del primer premio en el festival Cinematográfico de Cannes, aunque el « libre » régimen de que disfrutamos no le permita contemplar « Cuando pasan las Cigüeñas » en un cine de la Gran Vía. De lo que sí le debe haber llegado algún rumorcillo es de los Ballets soviéticos, cuando tanto le asusta que se presenten en el mundo « libre ». Porque — y ésta sí que es una acusación nuestra — el sistema polémico del señor García Escudero, tan empeñado en defender la libertad, parece consistir en disfrutar él de esa libertad para polemizar y negársela al adversario, lo que explica su desazón ante la posibilidad de que los países socialistas puedan utilizar el argumento pacífico de presentar sus realizaciones en los países capitalistas. Lo que explica también que falsee o ignore el contenido de NUESTRAS IDEAS al escribir en las columnas de « Ya ».

Francamente ¿cree el señor García Escudero que es muy caballeroso y que responde a la hidalguía española discutir en forma tal que el adversario amordazado no pueda responder en igualdad de condiciones? Si ésta es la libertad que defiende el señor García Escudero, sobra toda discusión, puesto que él mismo ha invalidado sus argumentos.

J. M. OSUNA.

« NUESTRAS IDEAS »

está a la venta en las siguientes librerías :

BELGICA :

Librairie « Du Monde Entier »,
Place St-Jean, Bruxelles.

MÉXICO :

« Librería Madero », Avda.
Madero, 12. México. D. F.

« El Gusano de Luz », Ham-
burgo, 22, México. D. F.

« Librería Juárez », Avda Jua-
rez, 102. México D. F.

« Editorial Popular Fondo de
Cultura », Avda. Hidalgo, 75.
Deps. 107. México D. F.

« Librería Zaplana », Av. San
Juan de Letran, 41-1, México
D. F.

ITALIA :

« Libreria Rinascita », 2-3, Via
Botteghe Oscure, Roma.

SUIZA :

« Librairie Rousseau », 36, rue
Rousseau, Genève.



Suscripciones a « NUESTRAS IDEAS »

Suscripción para un año (4 números) :

Para España : Pesetas	90
Para Bélgica : Francos belgas	90
Para Francia : Francos franceses... ..	870
América Latina : Dólares... ..	2,40
Para Suiza : Francos suizos	9

Para suscribirse puede Vd. enviar la suma correspondiente a :
« Compte Chèques Postaux » : n° 5744.90 François Claessens. Compte
spécial. — Bruxelles. — O sencillamente por Giro Postal Internacional
a F. Claessens, 45, rue Sylvain Denayer, Anderlecht, Bruxelles.

Se reciben también suscripciones :

En Ginebra : « Librairie Rousseau »,
36, rue Rousseau, Genève.

El cambio de precio en francos franceses se debe a las medidas
financieras tomadas en ese país.

Edit. resp. : M. F. Claessens, 45, rue Sylvain Denayer, Bruxelles.
Imprimé par C. E. P. I., 82, rue Bodeghem, Bruxelles.

1- 14 precio 240
1- 15



Precio del ejemplar :

Pesetas	...	...	...	...	25	Francos franceses	...	...	...	240
Francos belgas	...	...	...	...	25	Dólares	...	...	...	0,70
Francos suizo	...	...	...	...	2,50	Chelines	...	...	...	4/6